

PROSA POPULAR MONTENEGRINA

LEYENDAS, CUENTOS DE HADAS, FÁBULAS, RELATOS

BIBLIOTECA

Literatura Popular Montenegrina

EDITORIAL

Matica crnogorska

DIRECTOR

Ivan Jovović

EDITOR

Ivan Ivanović

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL

Ivana Kovač Barett

TRADUCCIÓN REVISADA Y CORREGIDA POR

Edward J. Barett

TÍTULO ORIGINAL

***Crnogorska narodna proza
legende, bajke, basne, priče***

Selección y adaptación literaria

Milovan Radojević

Matica crnogorska, 2025.

PROSA POPULAR MONTENEGRINA

LEYENDAS, CUENTOS DE HADAS, FÁBULAS, RELATOS

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL

Ivana Kovač Barett



MATICA
crnogorska

PODGORICA

2025

PREFACIO

Querido lector,

El libro que tienes ante ti está impregnado del espíritu de un pueblo mediterráneo del sureste de Europa: el pueblo montenegrino. Creada sobre la tierra que heredó parte de una civilización antiquísima, la prosa popular montenegrina lleva dentro profundas capas de la tradición esloveno-iliria, imbuida de influencias griegas y romanas. Sobre esta base, y posteriormente en la frontera entre el Occidente y el Oriente cristianos, se construyeron una cultura y espiritualidad montenegrinas particulares que llegan hasta nuestros días. Aquí podrás leer cuentos – incluyendo cuentos de hadas, – leyendas, fábulas y relatos que han sido seleccionadas y adaptadas para el lector moderno, que han sido recordadas y transmitidas de generación en generación y que contienen la imaginación del narrador popular. Encontrarás criaturas míticas y legendarias en las leyendas: hadas, dragones, gigantes y héroes que arden en la incierta batalla del bien y del mal; en las fábulas, todo lo animado e inanimado hablará en lenguaje humano; y los cuentos, en los que se representan con humor los defectos y virtudes de la gente común, pueden incluso hacerte reír... Las expresiones en prosa del pueblo montenegrino fueron escritas por investigadores de la creatividad oral durante los siglos XIX y XX, mientras la tradición oral todavía

estaba viva. La fuente de este libro son cuatro antologías de prosa popular montenegrina (*Vatra samotvora*, *Vilina gora*, *Kad sve je zborilo* y *Potopno vrijeme*) que fueron editadas hace medio siglo por los hermanos filólogos Radoje y Danilo Radojević. Esperamos, querido lector, que al sumergirte en este mundo fantástico, te diviertas, descubras mensajes sabios y te familiarices con parte de la rica creatividad popular montenegrina.

M. R.



LEYENDAS POPULARES MONTENEGRINAS



El rey Dukljan

Los ancianos, que recuerdan las palabras de sus antepasados, dicen que desde los tiempos más lejanos, un Armagedón había irrumpido sobre el lago de Labeatis. No ha cesado jamás, salvo al amanecer de la festividad de la Santísima Trinidad, cuando el rayo de sol baña la cima del monte Rumija y la luz divina ilumina los templos cristianos, disipando la oscuridad que surge de las montañas de Prokletije. Y en esa montaña habitan los gigantes de la noche, y quien se aventure allí solo, no regresa.

Estos gigantes, en tiempos pasados, habitaban entre los hombres y no les causaban daño. Eran tres hermanos, y tenían una hermana de belleza excepcional, de estatura similar a la de ellos. Al principio, eran de la misma mente y corazón, pero al contemplar a su hermana mientras se bañaba y peinaba sus ondulantes cabellos, poco a poco, el deseo de tomarla por esposa surgió en cada uno de ellos. De todas las mujeres, ninguna excepto ella les parecía digna. Un día, se enteraron de las intenciones que tenía cada uno de ellos y surgió una feroz disputa.

La hermana escuchó a todos, y al percibir el mal augurio, sabiendo que sus hermanos pronto se enzarzarían en una lucha por ella, ideó una astuta estratagema para sofocarlos y desviarlos de su propósito. Pues no soportaba la idea de convertirse en la esposa de uno de sus propios hermanos. Les invitó a competir en la construcción

de grandes obras, prometiendo que quien primero completara su tarea la reclamaría como su esposa. Uno de los gigantes, llamado Dukljan, se dedicó a tallar imponentes bloques de piedra construyendo de ellos una ciudad en la desembocadura del río Zeta, donde se encuentra con el río Morača. El segundo tomó su pico y comenzó a cavar una zanja, llevando agua del río Cijevna al Morača, y el tercero se embarcó en la construcción de un muro de piedra seca alrededor del terreno. La hermana, en su corazón, esperaba que tan enormes esfuerzos superaran las fuerzas de sus hermanos y que no completaran sus labores. Sin embargo, para su asombro, los tres concluyeron rápidamente sus tareas. Dukljan, superando a los demás, colocó la última piedra de la ciudad, mientras que la trinchera y la muralla estaban a punto de terminarse.

Al ver lo sucedido, la hermana, desesperada, huyó. Pero Dukljan la alcanzó rápidamente y la agarró por el cabello. Ella gritó tan fuerte que las colinas temblaron, y se liberó, saltando a un profundo remolino. Dukljan no pudo sacarla viva de las aguas, y en ese momento perdió la razón. Enloqueció de furia, y en su ira, se llenó de orgullo y se autoproclamó rey. Entonces reunió un ejército contra sus hermanos, arrojándolos a las tierras de Prokletije. Como tirano, gobernó con crueldad, atormentando al pueblo, pues no creía en la existencia de un dios en los cielos. En una ocasión, el viento impidió la lluvia y prevaleció una gran sequía, pues tal era la voluntad de Dios. Cuando su jardín se marchitó, Dukljan ordenó a sus súbditos que trajeran trescientos bueyes de su reino y los sacrificaran, despojándolos de sus pieles. Luego ordenó que se clavaran grandes estacas en la tierra dondequiera que se extendiera su jardín, y sobre estas estacas les ordenó que estiraran las pieles, perforadas con agujas tan finas que solo dejaran pasar una gota de agua. Después, obligó al pueblo a sacar agua del Morača y llevarla al desván de las pieles, donde debían verterla con la esperanza de

que la lluvia cayera sobre su jardín. Incluso ordenó que los jóvenes, con martillos, golpearan las pieles para provocar truenos. Así, el rey Dukljan intentó crear los cielos para sí mismo, para que la lluvia cayera sobre su jardín cuando él lo deseara, y no como el Señor decretara. – ¡Miren, puedo obrar tan bien como su dios! – declaró con desafío.

El rey Dukljan cometió muchos males y persiguió a los cristianos, burlándose de su fe. El Señor, que presencié todos estos hechos, no pudo soportar más tal maldad, y ordenó a San Elías que descendiera del cielo y azotara con un trueno al rey, quien se había engañado creyéndose un dios. Elías hizo lo que se le ordenó, pero no pudo dañar a Dukljan ni con los rayos. En cambio, lo afligió, azotando sus cultivos con truenos y arrancando piedras de los muros. El rey Dukljan, en su ira, amenazó a San Elías, proclamando que si le impusiera las manos, lo sometería a tormentos indecibles, como nadie jamás había conocido. Finalmente, cansado de las ordalías, el rey tomó un martillo y forjó una cadena de hierro para atar al tronador. Esto no pasó inadvertido para San Elías, quien se disfrazó de vagabundo y se acercó a Dukljan. Con palabras más astutas que las del rey, se enteró de su perverso plan.

– ¡Gran rey, debes castigar a este villano que te hace daño! Aunque no sé si estos relucientes grilletes que has forjado con tanta habilidad le servirán.

– Los he hecho así, pues lo vi de lejos.

– Eso digo, pero he oído que es de tu misma estatura. Para evitar equivocarte, sería prudente que primero probaras el collar en tu propio cuello. Si te queda bien, también le quedará bien a él.

El rey Dukljan, sumido en profundas reflexiones, se colocó el collar de hierro alrededor del cuello, tras lo cual San Elías cruzó su

bastón y derritió el grillete. Luego, de un fuerte empujón, arrojó al rey al río Morača, que lo arrastraba desde sus palacios hasta el puente de los pretores, donde quedó atrapado entre las rocas. Unos pastores, al ver al rey en el río, susurraron la historia al pueblo, quien, indignado por sus fechorías, aprovechó la oportunidad y, en ese mismo lugar, lo clavaron firmemente al arco de una cueva. Se cuenta que el rey Dukljan permanece allí atado hasta el día de hoy, sufriendo, royendo su cadena. Cada mañana, el día del nacimiento de Cristo, la habría roto, pero para evitarlo, los herreros, cada año, antes del amanecer de la Nochebuena, golpean el yunque tres veces, y la cadena recupera su grosor. Si lograba soltarse y levantarse, el pueblo volvería a sufrir sus antiguos tormentos.

Cómo surgió Nikšić

Cuando Ban Ugren, un poderoso y rico señor, dominó las tierras que rodean lo que hoy es Nikšić, decidió fundar una ciudad junto al curso superior del río Zeta. Así que reunió hombres y preparó todo lo necesario para la construcción. En la víspera del día en que debían comenzar los cimientos, una mujer adornada con oro de la cabeza a los pies se le apareció en sueños y le dijo: “Si quieres que la ciudad se construya sobre un terreno más firme y que lleve tu nombre para siempre, que quien primero toque la tierra mañana la golpee tres veces con su azadón y pronuncie estas palabras tres veces: ‘¡Dios ayude a Ugren y a su descendencia!’”. Así la ciudad pertenecerá para siempre a tu linaje y llevará tu nombre por los siglos”.

Ban Ugren hizo todo lo que le había sido revelado en el sueño. Llevó consigo a su fiel sirviente, Nikša, al lugar donde se fundaría la ciudad y le ordenó que golpeará la tierra tres veces con el azadón y pronunciara estas palabras: “¡Dios ayude a Ugren y a su descendencia!”. Nikša tomó el azadón, golpeó la tierra y dijo:

– ¡Dios ayude a Nikša y a su descendencia!

– ¡No, mal te sucederá! –tronó el ban. – ¡Di: “¡Ugren y su descendencia!”

Sin embargo, Nikša golpeó la tierra una segunda vez y volvió a decir:

– ¡Dios ayude a Nikša y a su descendencia!

Entonces el ban Ugren se enfureció, le arrancó el arado de las manos a Nikša y lo clavó profundamente en la tierra. Por desgracia, en su furia, en lugar de decir lo que debía, repitió: “¡Dios ayude a Nikša y a su descendencia!” Al ver lo que había hecho – cómo, sin querer, había confirmado lo que Nikša había dicho – y sabiendo que un nombre pronunciado tres veces ya no podía deshacerse, dejó el arado a un lado y le dijo a Nikša:

– Mira, aquí tienes la ciudad y su nombre: ¡que se llame Nikšić en tu honor!

Y así quedó.

Cómo se conquistó Bar

Cuando los turcos asediaron Bar con la intención de capturarla, la ciudad estaba rodeada de fuertes y altas murallas, que aún se mantienen en pie. Con la tecnología militar de la época, la ciudad era un botín difícil de conquistar. Así, el asedio turco se prolongó, y quién sabe cuánto más habría durado si las puertas de la ciudad no se hubieran abierto, permitiendo al ejército turco entrar sin luchar y tomar la ciudad. Así sucedió.

El ejército veneciano, estacionado en la ciudad fortificada para defenderla, estaba al mando del gobernador del Duque¹. El gobernador tenía una hija joven y hermosa. En los días soleados, cuando la lucha se detenía, solía pasear por las murallas de la ciudad. En una de esas ocasiones, vio a un joven y apuesto oficial turco que, junto con sus soldados, estaba de guardia bajo las murallas. Y el oficial turco también se fijó en la bella veneciana. Este encuentro se volvió frecuente, hasta que entre las dos jóvenes almas surgió un anhelo irresistible que se apoderó de sus corazones, de modo que no vieron ni desearon nada más que encontrarse.

Una noche, cuando la luz de la luna brilló y disipó la oscuridad, y mientras los soldados de ambos ejércitos – tanto los de dentro como los de fuera de la ciudad, sitiados y sitiadores – dormían profundamente, las dos jóvenes almas aún mantenían su secreta

¹ *Doge* en veneciano, del latín *Dux* = Jefe, líder. (Nota del traductor)

“vigilia de amor”. Mediante señas, se comunicaban, enviándose besos.

En un impulso, la bella veneciana, de debajo de su largo vestido, sacó una gran llave de la puerta de hierro por la que se accedía a la ciudad y se la arrojó al turco. Este abrió la puerta, y los amantes se encontraron y se abrazaron. Pero el guardia turco oyó el crujido de las pesadas y oxidadas puertas de hierro e hizo una señal al resto de su ejército, que entró silenciosamente en la ciudad y sorprendió a los venecianos mientras dormían.

Así, los turcos capturaron Bar.

Iván-Beg y Stanisav

Al este del pueblo de Grac, en el distrito de Lješanska, sobre una colina llamada Krivi Vrh, se encuentran unas ruinas. Se dice que aquí, Iván Crnojević planeó construir una ciudad tras retirarse de las llanuras de Zeta y abandonar su capital, Žabljak, ante la invasión turca. La colina es bastante alta y escarpada, y solo se puede acceder a su cima por un lado, por un estrecho sendero. En la cima, hay una pequeña llanura, donde se pueden distinguir los cimientos de una antigua muralla, rodeada de grandes montones de piedra labrada y sin labrar. Cuando Iván-Beg¹ se dispuso a construir los cimientos de la ciudad, se dice que observó los campos cercanos del pueblo, llamado Rupeš, y vio que una espiga de trigo sobresalía del resto. Preguntó el motivo, y un lugareño que estaba a su lado le respondió:

– Mi señor, al arar, cayó estiércol en ese lugar, y de él creció ese tallo.

– Pues bien – dijo Iván-Beg –, si el trigo no puede crecer aquí sin estiércol, ¿este no es lugar para una ciudad! – y detuvo la construcción.

Se dice que poco después, un tal Stanisav de ese pueblo, que era uno de los sirvientes de Iván-Beg, le pidió a su amo un pequeño terreno en las afueras del pueblo de Grac.

¹ *Beg* (también traducido como *bey*) era un título nobiliario de origen turco, utilizado en los Balcanes durante la época otomana. Aunque Montenegro era independiente en la época de esta leyenda, estos títulos se conservaban a veces por razones culturales o diplomáticas.

– ¿Cuánto quiere? – preguntó Iván-Beg.

– Mi señor, solo necesito la tierra que cubra la piel de un toro – respondió Stanisav.

– Tómelo – respondió Iván-Beg, y sonrió al campesino. Esa noche, Stanisav cortó la piel en tiras muy finas y, con sus correas, rodeó una gran extensión de tierra, donde posteriormente se asentaron los habitantes de Grac, bautizándolo como Stanisavići.

Cuando Iván-Beg contempló lo que el astuto campesino había obrado al día siguiente, se quedó atónito, pero no se retractó de su palabra. Sin embargo, maldijo a quien lo había engañado, diciendo:

– Ahora estás perdonado, pero que Dios te conceda que no crezcas ni prosperes; que tu casa nunca tenga más de siete casas, y entre ellas, que nunca haya más de una, dispuesta a recibir a un huésped sin impedimentos y a pagar al sacerdote lo que le corresponde.

Así, se cuenta que hasta el día de hoy, los descendientes de Stanisav han tenido la suerte que Iván-Beg predijo.

La construcción del Monasterio de Ostrog

Cuando San Basilio de Ostrog quiso erigir un monasterio sagrado, comenzó su construcción en la margen derecha del río Zeta, en la cima de la colina que se alza sobre el pueblo de Drenovštica. Convocó a maestros y obreros, quienes comenzaron a cavar los cimientos del sagrado edificio. Al ponerse el sol, los obreros terminaron su labor y regresaron a casa, dejando sus herramientas en el lugar. Sin embargo, al día siguiente, cuando regresaron, no quedaba ni rastro de ellas.

Se maravillaron de la causa, pues sabían que nadie se atrevería a robar las herramientas y no se encontraba rastro de su desaparición. Así, reunieron nuevas herramientas y reanudaron su trabajo, pero esta vez las ocultaron bien, colocándolas en un lugar diferente. Por desgracia, al amanecer, las herramientas habían desaparecido una vez más, sin que se supiera nada de su paso. Al tercer día, el mismo extraño suceso les sobrevino. No encontraron herramientas por ninguna parte, por lo que los maestros se vieron obligados a detener su obra.

Al cuarto día, uno de los maestros, en la quietud del sueño, recibió la visita de un monje desconocido, quien le dijo: “Una fuerza invisible ha traído las herramientas a la cueva entre los acantilados de Ostrog, la que se alza al otro lado del río Zeta. Allí debe erigirse tu monasterio, junto a esa cueva, y la cueva misma debe convertirse en

una iglesia sagrada. ¡Aquí, donde habéis comenzado, ni en ningún otro lugar, vuestro trabajo no será posible!”.

Al despertar, el maestro, con gran asombro, relató su sueño a los demás trabajadores. Todos se quedaron atónitos, pues no podían creer que las herramientas realmente hubieran volado dentro de la cueva.

– ¡Cómo, por Dios, pudieron haber volado! ¡No puede ser! – exclamaron, meneando la cabeza con incredulidad.

– ¡Así es! ¡Vengan, viajemos allí y lo verán con sus propios ojos! – insistió el maestro, firme en su fe en que la visión se había cumplido.

Tras mucha persuasión, los trabajadores, aunque con cierto escepticismo, lo siguieron a la cueva para investigar. Por el camino, algunos bromearon, pensando que se burlarían del maestro y de su sueño al no encontrar herramientas allí. Pero cuando subieron la colina y entraron en la cueva, quedaron atónitos ante la visión que les esperaba: todas las herramientas reunidas en un solo lugar, ¡como si las hubieran colocado manos invisibles! Cayeron de rodillas, pues se les reveló que habían llegado a un lugar sagrado. Sin demora, informaron a Basilio, quien, al enterarse de esta maravilla, ordenó que se reanudaran las obras en la cueva. Así fue como se erigió rápidamente el monasterio donde San Basilio había elegido morar.

Cómo llegó San Trifón de Campsada a Kotor

En un pasado remoto, unos comerciantes venecianos, viajando a los confines de Oriente, llegaron a un lugar llamado Campsada, en la pequeña tierra de Frigia¹. Allí, según muchos, supieron que la preciosa reliquia de San Trifón yacía en allí. Con todas sus fuerzas y por la gracia de Dios, se esforzaron por rescatar el cuerpo sagrado. Una vez asegurado, lo llevaron a la orilla y, con gran honor, lo depositaron en una barca. Entonces desplegaron sus velas y se hicieron a la mar, con la intención de traer a San Trifón a su patria, tal como habían llevado el cuerpo de San Marcos Evangelista. Pero por decreto de Aquel a quien ni vientos ni mares pueden resistir, pronto perdieron la noción de las tierras que pasaban. Finalmente, creyendo haber llegado a Venecia, atracaron su barco en el puerto y lo anclaron. Entonces se les reveló que lo que habían creído que era Venecia era, en realidad, la ciudad de Kotor. Confundidos, regresaron a su embarcación, levaron el ancla y izaron velas de nuevo. Por desgracia, a pesar de sus repetidos esfuerzos, el barco no pudo zarpar.

– ¡Es un milagro maravilloso de Dios que el barco se detenga! ¡El mártir no desea ir a ningún lado, sino quedarse aquí! – así dijeron los marineros.

Tras consultar entre ellos, resolvieron orar con todo su corazón al Todopoderoso, y así lo hicieron, pronunciando estas palabras:

.....
¹ En la Anatolia, actualmente parte de Turquía.

– Creador Todopoderoso, te suplicamos que permitas a tus humildes siervos llevar a este santo por mar a nuestra patria, para que nuestra ciudad sea bendecida con sus santas reliquias. Convencidos de que el Todopoderoso escucharía su plegaria, se animaron, levaron anclas una vez más y con todas sus fuerzas se esforzaron por zarpar. ¡Pero qué fuerza tiene un hombre cuando el barco no se movía ni un ápice! Así, gracias a este milagro manifiesto, comprendieron que, con el santo mártir a bordo, ninguna plegaria podría moverlos de allí.

Entonces convocaron a los nobles y estimados ciudadanos de la ciudad de Kotor y les relataron el extraño suceso:

– Gloriosos, nobles y amados señores, les revelamos un secreto que hemos guardado hasta ahora. Desde Oriente, hemos traído el sagrado cuerpo de San Trifón. Y cuando intentamos zarpar, luchamos con todas nuestras fuerzas, pues él no nos permitía partir, ni el barco se movía ni un ápice. Reflexionen y aconséjennos: ¿qué debemos hacer con el mártir de Cristo? Preferiríamos encontrar la muerte, con todas nuestras riquezas, que atrevernos a desafiar a este santo mártir. Al oír estas palabras, los nobles y ciudadanos antes mencionados se retiraron a deliberar y poco después respondieron así:

– Amados vecinos, tanto por el lugar como por el amor que claramente hemos percibido y del que a menudo hemos participado, si la fuerza humana los obliga a permanecer aquí, sepan que les ofreceremos consejo y ayuda. Sin embargo, ante la voluntad suprema y el poder divino, nadie se atreve a oponerse. El camino que nos parece correcto es el siguiente: si el santo no quiere partir de esta ciudad, que permanezca aquí y sea honrado eternamente, para que ante el Todopoderoso se encuentre nuestra intercesión y la de ustedes.

Los venecianos, tranquilizados por el sabio consejo, sacaron con cuidado al santo del barco. En ese mismo momento, todo el clero de Kotor, los nobles y los ciudadanos se reunieron, con corazones unidos en reverencia. Con fervientes alabanzas a la infinita bondad de Cristo, junto a los venecianos, llevaron con alegría al bendito mártir, San Trifón, al lugar que habían decretado para él. Sin embargo, el santo no quiso descansar allí, pues, mediante un prodigioso milagro, reveló el lugar donde deseaba ser enterrado. Mientras lo llevaban con reverencia, con solemnes ritos eclesiásticos, llegó un momento en que detuvo a los porteadores, y a pesar de muchos intentos, incluso de los más fuertes, no pudieron moverlo. Entonces, el mayor de los marineros venecianos, abrumado por la frustración, se dirigió al santo en tono de reproche:

– ¿Así me pagas, Trifón, después de haberte traído aquí desde las lejanas tierras del otro lado de Rumanía? ¿No quisiste viajar a mi patria, ni nos permitirás colocarte donde la buena gente de Kotor desea sepultarte?.

Y he aquí que, mientras el marinero pronunciaba esas palabras, deshonrando al santo mártir, su boca se torció y se le pegó a los oídos. Cediendo después a las fervientes súplicas y las solemnes promesas del pueblo, que juró reverenciar su virtud y le rogó que revelara una vez más su gran poder y perdonase al pecador, el santo, por su voluntad, hizo que la boca del marinero volviera a su lugar. Así, a todos los que lo contemplaban, el santo manifestó su propósito divino, demostrando que había venido a ellos para la salvación de las almas.

Al ocurrir este milagro, y tras las amables palabras de agradecimiento, un hombre de noble sangre y gran riqueza, llamado Andrea Saracenis, alma de gran mérito, otorgó a los marineros venecianos tesoros de gran valor, y zarparon rumbo a su patria con honor y

alegría. Posteriormente, este mismo noble, en el mismo lugar donde el santo se había detenido, a sus expensas y a las de otros nobles ciudadanos de la ciudad, erigió, como pudo, una iglesia en honor del bienaventurado mártir Trifón, un santuario adornado con numerosos dones preciosos. Así, el Todopoderoso, con la ayuda de desconocidos, trajo a este santo mártir a la ciudad de Kotor para que fuera su protector.

Cómo surgió el topo

En Pješivci¹, en tiempos antiguos – tan antiguos que el recuerdo se desvanece –, vivían dos hermanos juntos bajo el mismo techo. Pero llegó un día en que ya no se soportaban, pues el hermano mayor siempre trataba injustamente al menor, y este finalmente pidió que dividieran lo que les pertenecía. El mayor accedió, pero siempre buscaba tergiversar la situación para su propio beneficio, perjudicando a su hermano constantemente. Trató de que las parcelas más grandes y hermosas le correspondieran: campos más amplios, más cercanos y más aptos para el arado.

Cuando todo estuvo dividido, aún quedaba la porción de tierra llamada el “Valle Montículo”, y el hermano menor pensó que había llegado el momento de repartirlo también. Pero el hermano mayor lo aprovechó rápidamente y declaró:

– Mira, todo está separado como corresponde a verdaderos hermanos. ¡Por mi alma, no te he hecho ningún mal en la división!

– ¿Y qué hay del Valle Montículo? – preguntó el menor, asombrado.

– ¿Qué pasa con el Valle Montículo? ¡Ya me corresponde, y ahora me corresponde por derecho! – exclamó el mayor, poniéndose en pie de un salto.

¹ Región histórica de Montenegro, cerca del lugar que actualmente ocupa Podgorica, la capital de la nación.

– ¡Si hasta este preciso instante no se ha dicho ni una palabra! – jadeó el menor, consternado.

El hermano mayor ni siquiera quiso escuchar: “La tierra está dividida, y así está dividida”, repetía. “La peor parte ya le ha tocado”, como decía, “y ahora su propio hermano se la arrebatará toda, ¡incluso el Valle Montículo!”. Así discutieron, demostraron sus argumentos y se pelearon, pues era demasiado para el hermano menor soportar esta injusticia. Finalmente, el mayor propuso:

– Muy bien, hermano – no, forastero –, hagamos esto: el domingo santo, antes de que salga el sol, le preguntaremos a la tierra misma, y ella nos dirá de quién es. Llamaremos a doce testigos, y ante ellos suplicaré a la tierra que solo ella dicte sentencia. Si dice que es tuya, que lo sea, ¡y que te traiga fortuna! Pero si dice que es mía, ¡entonces se habrá hecho justicia!

– ¿De verdad estás loco? ¿Cómo hablará la tierra? – exclamó el menor.

– Si no habla, que se haga lo que quieras, ¡y seguirá siendo tuya! – respondió el mayor.

El hermano menor, seguro de que tal cosa jamás sucedería, accedió, y así resolvieron el asunto.

La víspera del domingo, el hermano mayor fue al Valle del Montículo a medianoche, llevando consigo a su hijo, un muchacho de diez años. Allí, en medio del valle, cavó un hoyo, metió a su hijo dentro y le dio estas instrucciones: “Cuando me oigas jurar y le pidas a la tierra que declare de quién es, deberás responder: Tuyo, ¿de quién más sería?”. Te lo preguntaré tres veces, y cada vez deberás decir lo mismo. Luego colocó vigas sobre el niño, lo cubrió con tierra y la apisonó cuidadosamente. Dejó solo un pequeño agujero discreto por donde el aire pudiera llegar a su hijo. Después, retiró la tierra

restante, limpió el lugar y lo dispuso de modo que no se viera ningún rastro de cambio en el prado.

Al día siguiente, los hermanos fueron juntos al Valle Montículo, acompañados por doce testigos. El hermano mayor se arrodilló sobre la tierra y juró:

– Oh Tierra, te suplico por el Dios que te creó, por el sol que te calienta y por el cielo que te envía la lluvia, dinos: ¿de quién eres? Y desde debajo de la tierra, su hijo respondió:

– Tuyo, ¿de quién más sería?

– ¿Has oído, hermano? ¿Todos lo habéis oído? – exclamó el mayor.

– ¡Sí, hemos oído! – respondieron, aunque no al unísono, con la voz mezclada de asombro ante el gran milagro que habían presenciado.

Cuando las palabras se repitieron dos veces más, todos le declararon al hermano mayor que, en efecto, habían oído hablar de la tierra, y que sin duda era suya por derecho. Después, se separaron y regresaron a casa, mientras el niño permaneció bajo tierra a la espera de la noche, cuando su padre vendría a sacarlo, cubriendo el agujero una vez más.

Con la primera oscuridad, el hermano mayor fue al Valle del Montículo, se acercó al lugar donde su hijo había estado escondido bajo tierra, removiéndole la tierra y levantó las vigas. Pero he aquí que el agujero estaba vacío. Un gran temor se apoderó de él y comenzó a llamar a su hijo. ¡El niño respondió desde algún lugar lejano, bajo tierra! Corrió en esa dirección, llamando de nuevo, cuando una vez más el niño respondió desde el otro lado, aún bajo tierra. Y así, durante toda la noche, llamó y corrió de un lado a otro por el Valle Montículo, pero el niño siempre respondía desde otro lugar. Al amanecer, cansado y agotado, vio que por todo el Valle Montículo

se habían alzado montículos de tierra, montículos que nunca antes había visto. En ese momento, el niño dejó de responder, transformándose en un topo. A partir de entonces, cada noche, el hermano mayor volvía a buscar a su hijo. Así nació el topo.

Los manantiales de Lukavica

Los habitantes del Monte Lukavica jamás pudieron calcular el número de manantiales que había en él, pues a veces brotaban, a veces desaparecían, apareciendo en lugares siempre diferentes. Sin embargo, una vez, por casualidad, supieron el número verdadero. No muy lejos del pueblo de Ljuta se encuentra el monte Tali, donde, dentro de una cueva, vivían dos hadas hermanas. Habían capturado un cabrito salvaje, al que llamaron Štikoje, y lo domesticaron. El cabrito vivía con ellas y les causaba mucha alegría, y le tomaron cariño. Pero al crecer, empezó a bajar al pueblo de noche, arrasando con las coles y otros cultivos. Los aldeanos se dieron cuenta y comenzaron a cazarlo, intentando matarlo, pero siempre los eludía y regresaba con las hadas. Finalmente, los cazadores lo atraparon al pie del monte Tali, se acercaron sigilosamente para que el cabrito no los percibiera y lo mataron en un lugar llamado Katli. Allí los sorprendió la noche, y no se atrevieron a buscar el camino de regreso a través del bosque negro por miedo a las hadas. Así que decidieron pasar la noche en un claro, tumbados de tal manera que cada uno metía los pies en los pantalones del otro, formando un solo cuerpo con dos cabezas.

Como Štikoje no regresaba, las hadas lo llamaron y descendieron de la montaña en su búsqueda. Allí, en el claro, se encontraron con los cazadores, sumidos en el sueño. Entonces, un hada dijo:

– ¡Por los setenta y siete manantiales de Lukavica, nunca he visto semejante maravilla! ¡Huyamos! – y las hadas desaparecieron en el bosque.

Por la mañana, los cazadores regresaron sanos y salvos a la aldea y contaron a la gente que el hada les había contado cuántos manantiales había en el monte Lukavica.

Historia de los amigos de la cueva

En una cueva vivían tres extraños compañeros. Uno se llamaba Caminante Largo, el segundo Doblador y el tercero Aplastador. Nada podía huir ante Caminante Largo; todo lo que perseguía lo alcanzaba en un instante, con pasos imponentes que cubrían colinas y hondonadas; tal era su poder, y de ahí su nombre. Las manos de Doblador eran temidas, pues nada que agarraba permanecía sin doblar; ya fuera madera, hierro o cualquier otra cosa, lo retorcía con facilidad, como quien retuerce un mimbres; de ahí su nombre, Doblador. El toque de Aplastador era ruinoso; todo lo que tocaba, lo hacía añicos; así se ganó con justicia su nombre. Juntos vivieron siempre y se alimentaron, como dice el dicho, como reyes.

Un día, Doblador y Aplastador partieron a través de la montaña, mientras Caminante Largo se quedó atrás para preparar la comida del mediodía. Ahora bien, dentro de esa cueva había un pozo profundo y sombrío al que los tres compañeros nunca se habían atrevido a acercarse. Y mientras la carne hervía a fuego lento en el caldero, de repente saltó del pozo una vieja bruja marchita, y gritó a Caminante Largo:

– ¡Dame, hijo mío, un trozo de carne, que a esta abuelita le calentará el estómago!

Caminante Largo se quedó atónito: ¿qué sentido tenía una vieja bruja saltando del pozo? Intentó ahuyentarla, pero la bruja se

puso cada vez más triste y volvió a pedir carne. La compasión se apoderó del pecho de Caminante Largo, y le dio un trozo. La anciana lo devoró en un instante y pidió otro, luego un tercero, y así sucesivamente: mientras hubo carne en la olla, la bruja siguió pidiendo, y Caminante Largo siguió dando. Y cuando por fin se acabó la carne, la bruja saltó de nuevo al pozo de donde había salido. Justo entonces, Doblador y Aplastador regresaron y le preguntaron a Caminante Largo:

– ¿Tienes la comida preparada?

– Sí, la he preparado, dijo él. – ¿Cómo, si la olla está vacía? ¿Dónde está la carne? ¿Qué has hecho con ella?

Caminante Largo murmuraba esto y aquello, tarareaba y farfullaba, pero seguía sin contar lo sucedido. Y no era de extrañar, pues él también se había lamido los bigotes con un par de mordiscos, dándole bocados a la vieja bruja. Así que los otros dos se quedaron hambrientos y enfadados con Caminante Largo. Al día siguiente, no lo dejaron para que se ocupara de la comida; en cambio, fue Doblador quien se quedó, mientras que Caminante Largo y Aplastador se dirigían a los senderos de la montaña.

Apenas se habían ido cuando la vieja bruja saltó de nuevo del pozo y llamó a Doblador:

– ¡Dame, hijo mío, un trozo de carne, para que esta abuelita pueda calentarse el estómago!

Doblador se maravilló al verla allí, en lo profundo de la cueva, pero la compasión lo invadió y le dio un trozo. La bruja lo devoró en un instante y luego extendió la mano una vez más:

– ¡Dame otro, hijo mío!

– ¡No, abuela! – dijo él – no tendrás más. ¡Fuera de aquí!

Entonces la vieja bruja se arrancó un largo cabello de la cabeza y, con él, ató con fuerza las manos de Doblador. Se inclinó sobre el caldero y comenzó a darse un festín – sorbiendo, sorbiendo – hasta que no quedó ni un solo bocado. Cuando todo estuvo devorado, le desató las manos y saltó de nuevo al pozo. Apenas la vieja desapareció, Caminante Largo y Aplastador regresaron.

– ¿Has preparado la comida? – preguntaron. – ¿Dónde está la carne? ¿Qué ha sido de ella? ¿Dónde la has puesto?

Doblador tejió su red de mentiras, engaños y astucia; él tampoco quiso decir la verdad de lo que le había sucedido. Sin embargo, no había dado la carne por voluntad propia, y por eso no probó nada, pues la bruja le había atado las manos. El poder arrasa tierras y ciudades.

Al tercer día, Aplastador se quedó, pero no le fue mejor que a Doblador. La vieja regresó, y con él hizo lo mismo. Y solo después de que la anciana les hubo devorado la carne a cada uno, los tres finalmente se confesaron lo que realmente había sucedido.

Mientras aún hablaban de estos asuntos, apareció en medio de ellos un joven, apenas crecido, con la primera barba en el labio. Era de estatura baja, y llevaba el muñón dentado de una vieja espada al costado, y en la mano una maza, pesada y desgastada. Se llamaba Pedor de la Sombra del Bosque.

Al oír su conversación, habló así:

– ¿Querrían, señores, tenerme como compañero? Seamos una comunidad: de hoy en adelante, todo lo que ganemos, por las buenas o por las malas, que sea compartido entre todos.

– Si vas a ser de alguna utilidad – dijeron –, quédate con nosotros. Pero ten presente esto: estamos aquí hambrientos y apesadumbrados,

porque una bruja marchita surge de ese pozo y nos arrebató toda la comida que cocinamos de nuestra propia carne. Lo devora todo y no nos deja nada.

Cuando Pedro lo oyó todo, respondió:

– Déjame cocinar un día y déjame ver a esta bruja con mis propios ojos. Quizás pueda encargarme de ella. Estuvieron de acuerdo, y así, al cuarto día, fue Pedro de la Sombra del Bosque quien se quedó para atender la comida.

Apenas se habían puesto en marcha los tres cuando ¡he aquí! – salió del pozo la vieja bruja y gritó:

– ¡Dame, hijo mío, un trozo de carne, para que esta abuelita pueda calentarse el estómago!

Pero Pedro respondió:

– ¡Un momento, abuelita! – Y dicho esto, levantó su maza y golpeó a la abuelita en la cabeza – ¡crack! La anciana se tambaleó y cayó de nuevo al pozo. Los tres regresaron, y he aquí que la comida los esperaba, servida sobre la mesa. Pedro les contó todo lo sucedido, y entonces empezaron a hablar entre ellos, debatiendo quién debía bajar al pozo para ver qué había sido de la vieja. “¡Ve tú!” – “¡No, yo no, hazlo tú!” – “¡No, ve tú!” – “¡No lo haré, debes hacerlo tú!”. Y así discutieron, una y otra vez, hasta que finalmente quedó claro que solo Pedro iría. Le hicieron su solemne voto, jurando sobre la afilada hoja de la espada dentada de Pedro, que no lo dejarían abajo, sino que lo sacarían de nuevo. Entonces lo bajaron. Pedro se había atado firmemente su pesada maza al costado, y cuando llegó al fondo del pozo, vio un fuego aún encendido, junto al cual la vieja bruja yacía tendida, calentándose la espalda. Y allí, junto a ella, estaban sentadas tres doncellas, sus hijas, hermosas como hadas. Y en cuanto lo vieron, susurraron apresuradamente:

– ¿Quién eres? ¡No te muevas, no sea que despiertes a nuestra madre!

Cuando Pedro vio a las doncellas, las ató con la cuerda, y los tres muchachos de arriba las subieron.

Quedaron atónitos ante la divina belleza de las doncellas y enseguida decidieron tomarlas como esposas. Pero he aquí que empezó el problema, pues los tres se negaron a bajar la cuerda de nuevo para Pedro. “¿De qué sirve subirlo – se decían entre sí –, solo para que se interponga en nuestro camino, ahora que vamos a casarnos con estas doncellas?”. Y así lo dejaron en la oscuridad.

Desde abajo, Pedro gritó con una voz que resonó desde la piedra:

– ¡Oh, Caminante Largo! ¡Oh, Doblador! ¡Oh, Aplastador! ¡Por Dios, bajad la cuerda! Esperé en vano, pues la cuerda nunca llegó, y así permaneció atrapado en el pozo. Al ver que Caminante Largo, Doblador y Aplastador no lo rescatarían, comenzó a buscar por todas partes una salida. Finalmente, sus manos rozaron un agujero, y a través de él, por cornisas y repisas, centímetro a centímetro, trepando por la cueva, se abrió camino hacia arriba, hasta emerger a otro mundo. Vagó por un campo, pero pronto la sed lo venció. Sin embargo, no había agua por ninguna parte. Mientras vagaba, se encontró con unos hombres que cavaban un pozo y les pidió agua. Le respondieron que la sequía había sido terrible y que la única agua del lugar se encontraba en un río que corría por el centro del campo. Pero le advirtieron de una terrible bestia: una criatura con forma de serpiente que habitaba en las aguas, cuya cola derribaría a cualquiera que se acercara. Pedro ya no aguantaba la sed y declaró que iría al río a beber, pidiéndoles que le mostraran el camino. Los hombres comenzaron a advertirle, instándolo a no ir, pues seguramente perdería la vida. Pero Pedro les respondió:

– O me moriré yo o la serpiente. Si la serpiente muere, beberé hasta saciarme; si no, perderé mi alma por la sed.

– Si matas a la serpiente – respondieron –, para que podamos acercarnos libremente al río y tomar lo que necesitamos, ¡te daremos todo lo que desees!

Cuando Pedro llegó al río, se agachó para beber. Pero la serpiente, al verlo, cargó furiosa, con la cola dispuesta a derribarlo de un golpe mortal. Pero Pedro no se quedó de brazos cruzados: ya tenía su topuz¹ en la mano y lo blandió con gran fuerza. ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! Golpeó hasta que la serpiente desapareció, hecha pedazos. Después, Pedro se arrodilló y bebió profundamente del río, saciada por fin su sed.

Cuando todos vieron lo sucedido, corrieron hacia el río como abejas a la miel, regocijándose por su recién encontrada libertad. La gente, agradecida por su valentía, le ofreció una vez más todo lo que deseara. Pedro pidió ayuda para regresar a su mundo, y le dieron un halcón, enseñándole a llevar suficiente comida para él y el ave durante nueve días. También le advirtieron que, una vez que emprendiera el vuelo, no debía mirar atrás, o caería y moriría. Pedro se preparó, montó el halcón y se elevó al cielo.

Durante nueve días, Pedro voló a lomos del halcón hasta llegar a este mundo. Se apresuró a encontrar la cueva donde se encontraban los tres compañeros que lo habían traicionado. Al entrar, encontró al grupo disfrutando de la compañía de las hijas de la anciana. Al verlo, se llenaron de miedo y saltaron a tomar sus armas, pero Pedro ya había blandido su maza. Una vez vengado, miró a las hijas de la anciana, que temblaban de miedo. Tomó de la mano a la más

¹ *Topuz* es un arma tradicional con mango de madera o hierro y cabeza de madera, bronce o hierro: una maza.

hermosa para casarla, y a las otras dos las tomó como sirvientas. Luego, regresó a casa. Desde ese día, la gente, al enterarse de todo lo sucedido, bautizó la cueva como la Cueva de Pedro², nombre que conserva hasta el día de hoy.

² *Petrova pećina.*

Campo de Bajo

Una vez, Bajo Pivljanin¹, tras haber cuidado su rebaño todo el día, regresó a casa, exhausto. En el camino que conducía a su casa, se encontró con su madre, abrumada por las lágrimas, quien le dijo:

– Bajo, hijo mío, no entres en casa, que los turcos están allí. Mira, esos malditos tienen a tu hermana en su regazo. ¡Será mejor que huyas, porque te matarán como mataron a tu padre! Te matarán, se llevarán a tu hermana, ¿y qué haré entonces sola en este mundo después de que todo esté perdido?

Pero Bajo, enfurecido y avergonzado, sacó su pistola y su yatagán y entró corriendo en la casa. Abatió a un turco en el umbral, a otro dentro, mientras el tercero huía. Bajo lo persiguió hasta Goranska y lo mató allí mismo.

Esa misma noche, cuando el juzbaša² de Goranska se enteró de lo sucedido, envió a diez turcos para matar a Bajo o rescatarlo con vida. Pero antes del amanecer, Bajo logró escapar a través de Miljkovac y llegar a Brezna. Allí, encontró a los hajduks en Strmac y les contó su historia, pero no le creyeron. En ese momento, un turco a caballo pasó por allí y, para ponerlo a prueba, los hajduks³ enviaron a Bajo

¹ Bajo (nombre propio) de la región de Piva.

² Juzbaša se refiere al comandante de una banda del antiguo ejército turco.

³ Hajduk era miembro de un grupo de forajidos o rebeldes, especialmente en el Imperio Otomano y los Balcanes.

a tenderle una emboscada. Esperó al turco, lo derribó del caballo y lo mató, llevándose el caballo, la ropa y las armas. Al presenciar su valentía, los hajduks lo felicitaron y aceptaron en su banda. El lugar donde Bajo mató al turco pasó a ser conocido como el Campo de Bajo⁴.

⁴ *Bajovo polje.*

El Duelo en Nehaj

Nehaj es una colina alta y puntiaguda cerca de Sutomore, al sur de la costa montenegrina. En su cima se alzaba una fortaleza turca, casi inexpugnable para su época. De ahí proviene el nombre de Nehaj, que significa “no se preocupa por nada”. Los turcos mantenían aquí una guarnición constante: askerler¹ turcos que custodiaban la frontera otomana.

En una ocasión, un árabe llegó a Nehaj para servir en el ejército; lo llamaban el Árabe Negro. Era un hombre corpulento: fuerte de extremidades y valiente de corazón. Envío un mensaje a través de la Krajina², llamando a cualquiera que se atreviera a enfrentarse a él en combate singular. Sin embargo, durante mucho tiempo, nadie se atrevió.

Pero un joven de la cercana aldea montenegrina de Gluhi Do se enteró y decidió enfrentarse al Árabe Negro en el campo de batalla. Sus compañeros intentaron disuadirlo, algunos incluso burlándose de él, pues era de complexión delgada y desconocido para la fama, aunque ágil de pies y lleno de fuego. Sin embargo, estaba decidido. Y así se dirigió a la ciudad de Nehaj.

Cuando el muchacho llegó, le avisaron al árabe negro que un guerrero lo esperaba en el campo, al pie de la ciudad, llamándolo

¹ *Askerler* es el plural turco de *asker*, soldado.

² Término eslavo meridional para zona fronteriza.

para participar en el duelo. El árabe negro se regocijó, tomó las armas y bajó al campo, pero al ver a un joven menudo, poco más que un jovencito, estalló en risas y burlas.

– Pobre niño – dijo –, ¿qué te trae aquí para desperdiciar tu vida? ¿No ves que podría aplastarte con solo mi dedo meñique?

– He venido a tu llamado – respondió el joven – para compartir el duelo contigo. Y si tienes la fuerza, ¡ponte ante mí ahora!

– ¡Entonces, bujrum³! – gritó el árabe negro, y con eso, se arremangó, desenvainó la espada y se abalanzó sobre el joven para derribarlo. El joven se inclinó rápidamente a un lado, y el golpe de la espada silbó junto a él. Entonces, metiendo la mano en una bolsa donde antes había guardado una mezcla de chiles picantes triturados y ceniza, arrojó el polvo a los ojos del árabe negro. El hombre se quedó ciego, cerró los ojos con fuerza y comenzó a frotárselos, tambaleándose como si fuera a caer. El muchacho aprovechó la oportunidad, blandió su espada y derribó al árabe negro, ganando así el duelo. Y desde ese día, la hermandad de la que surgió este valiente joven llevó el nombre de Mišljeni⁴, pues fue él quien ideó los medios para vencer al árabe negro en combate singular.

³ *Bujrum* es un préstamo lingüístico turco, originario de *buyurun*, utilizado en los Balcanes y que significa “adelante”, “venga” o “invitado”.

⁴ El apellido *Mišljeni* deriva del verbo “domisliti se”, que significa “inventar”, “idear”, en referencia a la astucia del joven al burlar al árabe negro durante el duelo.

Los hijos de Raza Kalimanov

A instancias del comandante del ejército turco que venía a conquistar Montenegro, un poderoso árabe convocó al propio Iván-beg Crnojević para un combate singular o, si no venía, para que enviara a otro en su lugar, para que el vencedor diera gloria a su ejército.

Iván-beg pensó que esta sería una forma de expulsar a los opresores de su tierra y quiso afrontar el desafío. Pero el pueblo prohibió a su señor arriesgar su vida, por lo que comenzó a buscar por todo su reino a un guerrero capaz de matar al árabe. Entonces, ante Iván-beg, se adelantó Raza Kalimanov Petrušinić¹, de los Bjelopavlići, famoso por su valor, y dijo:

– Mi señor, concédeme permiso para ocupar tu lugar en el campo de batalla. Aunque la edad se acerca, aún confío en mi fuerza, y tengo una prole de hijos adultos, ¡así que no importa si caigo!

Iván-beg reflexionó y dijo:

– Conozco bien tu valentía y estoy dispuesto a que vayas en mi lugar, pero en este campo no debes caer.

Y así, en el día señalado, ante las dos huestes, la turca y la montenegrina, se entabló el duelo entre el árabe y Raza Kalimanov.

¹ Hijo de Kaliman Petrušinić.

Ambos eran hombres corpulentos y poderosos, guerreros de gran renombre. La batalla duró mucho tiempo. Lucharon por la llanura y se atacaron con feroces golpes, pero al final, Raza empujó al árabe contra un risco y lo derribó. Por esta hazaña de valor, Iván-beg le regaló a Raza una gran propiedad y un katún² en el monte Prekornica.

Raza Kalimanov era viudo y tenía seis hijos, todos altos y apuestos, robustos y de corazón audaz. Arreaban sus rebaños hasta las alturas de Prekornica, donde pastaban sus ovejas y cazaban en las laderas de la montaña. Pasaron los años, pero ninguno de ellos se casó. Raza les suplicaba a sus hijos que se casaran, ofreciéndoles consejos y súplicas, pero todo era en vano. Siempre lo evadían, alegando que aún no era el momento adecuado, que las doncellas de las que hablaba no les gustaban, y así encontraban una u otra excusa, justificando siempre su demora. Cuando Iván-beg se enteró de esto, se sintió a la vez afligido y enojado. Y así se dirigió a Raza Kalimanov, diciendo:

– ¿Por qué no casas a tus hijos para que tengan descendencia, fortalezcan tu casa y fortalezcan mi reino?

– ¡Ay, mi señor! Yo también lo lamento, pero no me hacen caso. Sus corazones están atados a la montaña que me diste, y no pueden apartarse de ella ni fijarse en ninguna doncella.

– ¡Casa a tus hijos, Raza, para que no se pierdan en el viento como nobles halcones, ¡y tu valiente linaje se desvanezca de esta tierra!

Raza Kalimanov, furioso, aprovechó el asunto para obligar a sus

² *Katún* se refiere a una cabaña o asentamiento de verano en las montañas donde los aldeanos montenegrinos tradicionalmente pasaban los meses de verano con su ganado.

seis hijos a casarse, atándolos con las doncellas más hermosas de las casas más elegantes y finas. Pero a la tercera mañana después de las bodas, ninguno de los hijos de Raza se encontraba en casa, ni en los aposentos nupciales con sus nuevas esposas. Raza reunió a la gente y partió en busca de sus hijos.

El rastro los condujo a una cueva, resplandeciente con una luz carmesí intensa. Al entrar, se encontraron con una visión desoladora: en el corazón de la cueva yacían los cuerpos sin vida de los seis hijos de Raza, y sobre ellos lloraban seis hadas de la montaña, arrancándose el pelo en señal de duelo. Las hadas, enfurecidas por la traición de los hijos, pues los habían abandonado y tomado esposas, los habían atraído de nuevo a la cueva y los habían asesinado. Ahora, se arrodillaban, gimiendo de dolor por los muertos. Al ver esta trágica escena, Raza, lleno de furia, desenvainó su espada y, con sus hombres, se apresuró a matar a las hadas. En la batalla que siguió, abatieron a cinco de ellas, pero una – la que había arrancado el aliento de vida al hijo menor y más apuesto de Raza – logró escabullirse de la cueva y huir, ascendiendo la montaña de Lisac. Cuando Iván-beg se enteró del terrible destino que había corrido Raza Kalimanov, le instó a tomar otra esposa para poder tener descendencia y así asegurar que su heroico linaje no se perdiera en el tiempo. Raza, aunque reacio, fue persuadido por el consejo de Iván-beg, y así volvió a casarse. Esta nueva esposa le dio un hijo, fuerte y apuesto, que en todos los aspectos se parecía al hijo menor, a quien el hada había matado y del que había huido. A medida que el niño crecía, su fuerza y belleza florecían, y aunque solo tenía dieciséis años, ya era un hombre de complexión y apariencia. Y así fue como él también comenzó a vagar por las alturas de la montaña, siguiendo los caminos que el otro había recorrido. Un día, su hijo no regresó, y Raza, al ver que otra desgracia le aguardaba, a pesar de

su avanzada edad, subió al monte Lisac en busca de su hijo. Largo tiempo vagó por las colinas, hasta que finalmente llegó a la cueva del hada. Allí encontró a su hijo en el abrazo del hada, mientras ella esparcía su cabello enredado. Raza, lleno de ira, desenvainó su espada y cargó contra el hada, asestándole un poderoso golpe. Sin embargo, aunque herida, el hada saltó de la cueva y huyó. Esta vez, Raza no cedió. La persiguió con todas sus fuerzas, siguiéndola por la montaña hasta llegar a un lugar en Lisac conocido como Potrk, donde la alcanzó. Con un último golpe, la mató y allí mismo, la enterró. Raza regresó a casa con su hijo y pronto concertó un matrimonio para él, y de esa unión surgió un gran parentesco, conocido como los Razići. Hasta el día de hoy, en el lugar de Potrk, en Lisac, la tumba del hada aún permanece, y el lugar es conocido por su nombre: la Tumba del Hada³.

³ *Vilin grob.*

Đoko Nikolin y el hada de Komovi

Đoko Nikolin¹ Popović, de Medun, en la tierra de Kuči, llevaba sus ovejas a las montañas, a Komovi. Su *katún* estaba cerca de un manantial. Un día, después de abreviar a su rebaño, se encontró con el Hada de Komovi en el manantial, bañándose. Al principio, se quedó desconcertado, pensando que se había topado con una hermosa pastora en un momento inoportuno. Pero al acercarse, vio que, en realidad, era un hada. Al verlo, el hada apenas logró recoger su vestido, que estaba junto al agua y sin nada tener suficiente tiempo para ponerlo, se envolvió rápidamente en él y huyó montaña arriba. Đoko siguió el sendero de montaña que ella tomó y la vio desaparecer en una cueva junto al camino. La buscó sin descanso, pero ella se escondió durante varios días. Sin embargo, como le había gustado él a ella también, no soportaba permanecer oculta para siempre. Finalmente, comenzó a salir de la cueva, sentada en una roca donde él podía verla. Cuando Đoko la vio, se dirigió a la cueva. El hada lo recibió con los brazos abiertos y lo invitó a entrar. Desde entonces, Đoko visitaba con frecuencia al hada en su cueva. Algunos pastores, al igual que su nuera Jana, notaban sus idas y venidas, pero ninguno se atrevía a contárselo a Sava, la esposa de Đoko. Una noche, las ovejas de Đoko regresaron solas al *katún*; no había rastro de Đoko. Su esposa, Sava, y su cuñada, Šajka, se angustiaron, temiendo que le hubiera acontecido algo

¹ *Nikolin* indica que Đoko es el hijo de Nikola.

malo, y decidieron subir a la montaña en su busca. Jana, la nuera de Đoko, sospechando que había pasado la noche con el hada, intentó disuadirlas, diciéndoles que su cuñado probablemente se había quedado en alguna de las cabañas de verano, pero sus palabras no surtieron efecto. Mientras seguían su camino, vieron una luz que provenía de una cueva a lo lejos y se dirigieron hacia ella. Al entrar en la cueva, encontraron a Đoko sentado junto al fuego con el hada. Al verlas, Đoko dijo:

– ¡Han hecho bien en venir! – Y se levantó para irse con su esposa y su cuñada.

El hada no dijo nada, sino que permaneció allí sentada, atenta al fuego.

Su esposa, Sava, perdonó a Đoko por su cortejo con el hada, sabiendo que lo había hechizado. Sin embargo, le aconsejó que se mantuviera alejado de ella siempre que fuera a la montaña, ya que el hada podría arruinarlo.

Al día siguiente, Đoko llevó a la oveja a la montaña, pero al anochecer no regresó al *katún*. Una vez más, salieron a buscarlo, pero no encontraron ni rastro de él, ni siquiera en la cueva del hada. Había desaparecido sin dejar rastro; el hada seguramente lo había llevado a su fin.

El matrimonio del hada de Komovi

En Kom, cerca de Medun, un hombre llamado Komnen, juró que no se casaría con una doncella ni con una viuda, sino con un hada. Su madre le indicó cómo lograrlo: el día de San Jorge, viajaría a las montañas, al lago Rikavačko, al sur de Kom, donde las hadas se reunirían para bañarse en ese día sagrado. Allí elegiría a la que más le gustara y robaría sus ropas aladas.

Así, el día de San Jorge, Komnen se dirigió al lago Rikavačko, donde se escondió tras un arbusto y observó a las hadas bañarse. Eligió a la que más le gustaba, le robó sus ropas y huyó a casa. El hada lo vio y partió en su persecución, llegando a su casa. Desde ese día, vivió con él y le dio cuatro hijos y dos hijas.

Cuando llegó el momento de casar a su hijo mayor, comenzó el banquete de bodas y se formó un círculo de baile entre los invitados. Entonces Komnen llamó al hada para que se uniera al baile:

– ¡Baila con nosotros, mi hada!

– Bailaría – respondió ella –, pero no puedo sin el vestido que me quitaste y guardaste en el cofre. Si deseas que baile, debes devolverme mi vestido.

Komnen, conmovido por la compasión, tomó el vestido y se lo dio.

De hecho, en medio del *guvno*¹, el hada dirigió el baile tres veces. Pero en el cuarto turno, levantó al hijo mediano y a la hija mediana, los arropó bajo sus alas y se elevó hacia el cielo con ellos. Cuando Komnen vio al hada alzar el vuelo, un profundo arrepentimiento lo invadió por haberle dado el vestido, sabiendo muy bien que nunca podría ser devuelto. Quedándose con su hijo menor, aún un bebé en la cuna, el miedo lo invadió y gritó tras ella:

– ¿Qué haré ahora con el niño en la cuna?

– ¡Dale de beber de esa calabaza de plata y ya no necesitará mamar!

Apenas Komnen obedeció al hada y le dio de beber al niño, cuando este se elevó tras su madre. Al verlo, el hijo mayor también imploró un trago de la calabaza de plata para poder seguir el vuelo de su madre hada. Pero se resistía a dejar atrás a su joven esposa, así que se quedó.

¹ *Guvno* se refiere a un lugar de reunión tradicional en entornos rurales.

El cruce del hada

Los Pavković-Brajović vivían junto al río Zeta, entre los Petrušinići y los Martinići, y también poseían tierras en la margen derecha de dicho río. Allí, entre Jlenka y Kosić, había un cruce, donde la gente cruzaba el río en balsa. Sin embargo, una extraña fuerza de las aguas a menudo tiraba de la balsa, volcándola, y muchos se ahogaban. Aunque fortificaban la balsa y la amarraban, esa misma fuerza del agua volvía a volcarla. Era poco antes del amanecer cuando uno de los aldeanos se acercó a la orilla del Zeta buscando una bolsa de dinero que había caído entre la hierba alta tras saltar de la balsa. Mientras removía la hierba, buscando aquí y allá, los primeros rayos del sol revelaron una extraña visión: del remolino surgió un caballo negro, con rayas blancas alrededor de las patas y una estrella en la frente. Atónito ante esta maravilla, el hombre se escondió tras un sauce y continuó observando. El caballo relinchó, y poco después, las yeguas que siempre pastaban cerca de Zeta relincharon en respuesta. Cuando el caballo negro entró en el prado, las yeguas se reunieron a su alrededor y comenzó a acariciarlas con el hocico. De repente, con un relincho, saltó sobre una y copuló con ella. Al desmontar, se giró, la pateó en el vientre con las patas traseras y luego saltó de nuevo al remolino, desapareciendo bajo el agua. Al enterarse del caballo, los aldeanos creyeron que el semental era quien sacudía y volcaba la balsa, y planearon capturarlo y castigarlo. Pero entonces, en un sueño, uno

de los hermanos Brajović supo que un hada malvada y solitaria vivía en el remolino, expulsada del lago por sus compañeros. En un sueño, un anciano con barba blanca hasta la cintura se le apareció y le dijo: “Esa hada vuelca la balsa y ahoga a la gente. Si quieren librarse de esta desgracia, deben capturar al hada, y esto solo puede hacerlo quien monte un caballo que se zambulle, como lo hace su semental negro, y cruce el remolino. Dicho caballo puede obtenerse del mismo semental que su descendencia. Por lo tanto, no permitan que golpee a la yegua en el vientre cuando se aparee con ella, ya que quedará estéril. Alguien debe esconderse entre los sauces junto al remolino, con una olla en la mano. Cuando el semental del hada se aparee con la yegua y comience a desmontar, tírenle la olla. Se asustará y no la volverá a golpear. Si lo hacen, la yegua no quedará estéril, y cuando llegue el momento de parir, dará a luz un potro igual a él. Cuando el potro cumpla tres años, herradlo con clavos y ganchos, y que alguien lo monte y luego salte al remolino”. El anciano no habló más y desapareció de la vista.

Esto, Brajović, se lo contó todo a los campesinos, y ellos estuvieron de acuerdo en que debía hacer lo que el anciano le había ordenado en el sueño. Antes del amanecer, se escondió tras los sauces junto al estanque y se puso a esperar, sosteniendo una vieja tetera en la mano. Cuando el semental del hada emergió del agua y relinchó, las yeguas que pastaban cerca patearon y se reunieron a su alrededor. El semental entonces saltó sobre una de las yeguas y la montó, pero cuando comenzó a desmontar, Brajović le lanzó la tetera, y el semental, asustado, saltó al agua, sin lograr golpear a la yegua.

La yegua se quedó embarazada, y después de un año, dio a luz un potro igual al semental del hada. Cuando el potro cumplió tres años, lo herraron con clavos y ganchos y lo llevaron al mismo estanque. Brajović montó el semental y lo condujo hacia el remolino, aunque

no sabía qué ocurriría, pues el anciano no se lo había contado todo en el sueño. A medida que el caballo se hundía más, él también fue arrastrado hacia el agua, y luego una fuerza comenzó a arrastrarlo aún más abajo, pero luchó y se aferró con fuerza a la crin. Con gran esfuerzo, logró emerger, y a caballo, emergió en la orilla opuesta. Allí, el cabello del hada se había enredado en los ganchos con los que habían herrado al semental. Agarraron al hada por el cabello y la sacaron del agua, y en cuanto lo hicieron, ella murió.

Desde ese día, las balsas ya no volcaron en ese cruce. La gente llamó a este lugar el Cruce del Hada, pero ahora se llama Cruce de Jugović, en honor a un Jûgo¹ que antaño tenía molinos allí.

.....
¹ El acento indica la vocal larga, alargada en la pronunciación, una característica común en montenegrino.

El hada de Fundina

Durante las batallas de los Kuči y otros montenegrinos contra los turcos, que se libraban a menudo en esas regiones, aparecieron señales que fueron de gran ayuda para el ejército montenegrino. Mientras la batalla se desarrollaba con furia, banderas rojas y blancas ondeaban constantemente en las alturas de Kuči: las rojas marcaban la posición de los montenegrinos y las blancas, la de los turcos. Los turcos no podían ver estas banderas, pero los montenegrinos siempre sabían dónde y cuándo se encontraba cualquier parte de las fuerzas turcas dispersas en las colinas y el terreno rocoso, dónde avanzaban o se retiraban, y dónde se encontraban sus fuerzas principales. Si las banderas se mezclaban o ondeaban, significaba una gran masacre y una lucha desesperada para los montenegrinos, un llamado a apresurarse y prestar ayuda.

Esto ocurrió de nuevo en la gran batalla de Fundina en 1876, cuando Marko Miljanov¹ siempre sabía cómo posicionar a los montenegrinos contra las inmensas fuerzas turcas. Los montenegrinos creían que era la providencia divina la que revelaba estas banderas, contribuyendo a su justa causa. Después de la Gran Guerra, cuando los montenegrinos lograron la paz con los turcos, las banderas dejaron de aparecer, pero el milagro permaneció en la memoria: una maravilla que traía victorias sin explicación.

¹ Marko Miljanov Popović (1833–1901) fue un destacado escritor y líder militar montenegrino.

Ahora bien, una pastora de la familia Rašović solía pastorear las ovejas en las colinas de Kuči, junto a Pâša Ivanović. Pâša se sentaba a conversar con ella, y luego la dejaba sola con las ovejas, desapareciendo en la colina Elem, donde se quedaba un tiempo. La pastora se preguntaba adónde iba Pâša, por qué se iba tan a menudo y se ausentaba tanto tiempo. Un día, la siguió en secreto. La rastreó hasta una cueva en la colina Elem, sobre Fundina. Cuando Pâša se acercaba a la entrada de la cueva, un hada emergió de ella: era como si el sol mismo hubiera salido de dentro, pues su vestido brillaba con fuerza y su cabello le caía en cascada por la espalda, hasta los talones.

– ¡Qué bien, hermana mía! – exclamó el hada, abrazando y besando a Pâša.

Al saludarse, se sentaron en una piedra frente a la cueva y comenzaron a conversar. La pastora se acercó sigilosamente, ansiosa por escuchar lo que decían. El hada habló de tiempos antiguos, de gloria y batallas, de cómo, para que nadie la viera, había izado los estandartes para ayudar a los montenegrinos, un secreto que había guardado para sí, salvo por ahora, para compartirlo con su hermana. Entonces, el hada de Fundina dijo con pesar:

– ¡Ay! Los montenegrinos han hecho las paces con los turcos, y ahora, sentada aquí y contigo, cuando vienes a visitarme, ¡te hablo de los días de sufrimiento y gloria pasados!

Al oír esto, la pastora llevó la noticia a la aldea, y así, por esta doncella de Rašović, los Kuči supieron quién había izado las banderas para ayudar a los montenegrinos.

Novak Debeljević y el hada

Novak Debeljević de Kosijer perdió a su padre siendo aún niño y quedó al cuidado de su madre viuda, quien vivía en la pobreza. Novak era de complexión delgada y extremidades frágiles, por lo que la gente rencorosa solía burlarse de él, incluso una vez mayor. A menudo, mientras pastoreaba sus cinco o seis ovejas, oía los demás burlándose: “¡Fuera de aquí! ¿No ves que tu rebaño ha dejado la montaña sin hojas?”. Y entonces llevaría a sus ovejas a un desierto árido, oculto entre los riscos, donde no había nadie.

Un día de verano, mientras vagaba con su rebaño, divisó algo que yacía bajo un árbol; algo que parecía ser una persona. Al acercarse, vio que era una doncella de estatura asombrosa, de rostro hermoso y larga cabellera negra que ondeaba como la seda. Estaba profundamente dormida. La sombra que había buscado se había movido, y el sol ahora le daba en la frente. Movidito por la compasión, sacó su hoz, cortó una rama frondosa y la colocó sobre su cabeza.

– ¿Quién eres tú y por qué me has dado sombra? – preguntó ella despertándose

Él le contó quién era, que estaba cuidando sus ovejas por aquellos parajes, y que le dolía ver cómo el sol le quemaba la frente.

– Por tu aspecto, parecía que no eras de esta tierra y que tal vez te habías extraviado por aquí.

– Veo que eres un buen hombre – dijo la desconocida doncella –. Puedo concederte lo que desees; dilo y te será otorgado.

– No necesito nada – respondió él –, salvo pastar mis ovejas en paz, sin que me echen ni me insulten.

– ¿Y quién te insulta?

– ¡A mi propia gente de Kosijer, que el diablo se los lleve a todos!

– ¡No temas de hoy en adelante! Ve y golpea ese árbol – dijo ella, señalando un tronco grueso y robusto. Se acercó al árbol y, agarrándolo con ambas manos, lo arrancó de la tierra, con raíces y todo, como si solo fuera una brizna de hierba.

– Mira, te he dado una fuerza que ningún hombre podrá igualar. Nadie se atreverá a ofenderte de nuevo.

Entonces Novak comprendió que no era una doncella mortal, sino un hada de la montaña de Debeljaci. Así que arreó sus ovejas de vuelta a Kosijer, reflexionando: “Ahora que soy más poderoso que esos miserables que se burlaron y me atormentaron, ¡les pagaré a todos!”. Mientras planeaba su venganza, recordó una gran roca que se alzaba sobre el pueblo, una roca tan enorme que ningún hombre podía mover. “Quizás pueda hacerla rodar y aplastar el pueblo”, pensó mientras subía la colina. Al llegar a la piedra, se apretó contra ella, ¡y empezó a moverse!

– ¡Alto, alto! – gritó el hada, que había volado tras él. – ¡Si sueltas esa piedra, medio pueblo quedará devastado! Sé que tu corazón es bueno y justo, y estaré a tu lado para fortalecer tu fuerza, pero no golpees a los tuyos, aunque algunos te hayan hecho daño. ¡Contempla a los turcos, los crueles opresores que saquean a tu pueblo! ¡Vuelve tu ira sobre ellos y aplástalos como puedas!

Con esas palabras, el hada desapareció, y Novak regresó a la aldea para ser el primero en demostrar su fuerza entre los suyos. Si alguien se atrevía a provocarlo, con un ligero empujón, el muchacho salía volando como una piedra al viento. Desde ese día, todos lo admiraron y alabaron su poderosa fuerza. Y cuando acalló así las malas lenguas, subió a las montañas de Romanija¹, por el camino que lleva a Constantinopla, y allí se convirtió en un hajduk, aniquilando turcos y devastándolos.

.....
¹ Montañas que se encuentran al este de Bosnia y Herzegovina, a 20 kilómetros aproximadamente de Sarajevo.

Los diablos abren un Camino

Una vez, los hombres de Rovca cazaban cabras salvajes y las condujeron desde Smolnik, a través de Kamenik y Vragodol, hasta el pie del monte Maganik. Allí, las persiguieron por los acantilados bajo la cueva de Lazma, hasta un estrecho paso del que las bestias no podían salir. Pero al caer la noche, los cazadores ya no podían disparar ni acercarse a través de las traicioneras rocas. Así que decidieron pasar la noche donde estaban, vigilando las salidas para que las cabras salvajes no se escabulleran, y rodearlas y matarlas al amanecer.

Alrededor de la medianoche, desde una cueva bajo Maganik, resonó una voz:

– ¡Oh, Dozvan!¹ ¡Oh, Dozvan, que te llame la tristeza! ¿No lo oyes? ¿No ves cómo los hombres de Rovci han conducido a nuestras cabras salvajes hasta aquella fortaleza en Maganik, y que por la mañana las matarán a todas?

– ¿Y qué haremos? – respondió Dozvan desde una cueva al otro lado del río Mrčica –. ¡Reunámonos todos y, con mazos y martillos, abramos paso a través de Maganik esta misma noche para liberar a las cabras!

Entonces comenzó un estruendo de piedras bajo las cuevas, a lo largo de los acantilados de Maganik, tan fuerte que la propia

¹ Dozvan es un nombre personal que también significa “convocado”.

montaña respondió, resonando con el sonido. Los habitantes de Rovca oyeron el clamor, que duró hasta casi el amanecer, y creyeron estar hechizados o soñando.

Al llegar la mañana, subieron a las alturas para acercarse a las cabras salvajes, ¡pero no quedó ni una sola! Y he aquí que en los acantilados y la piedra había escalones, un sendero excavado en la noche, por el que las cabras habían huido a través de Maganik y desaparecido.

Así que los hombres de Rovca se quedaron sin su presa, pero el camino permaneció, y hasta el día de hoy, sube por Maganik.

El roble de la madrina

En el pequeño pueblo de Pošćenje, en Drobničaci, vivió un duque llamado Đuran, alto, rico y apuesto, del que se decía que era el hombre más hermoso que jamás haya pisado la tierra. Gracias a su título, su atractivo físico y sus vastas propiedades, era famoso en todo el mundo. Pero Đuran tenía un hermano que era completamente diferente a él: bajo, feo y frágil. Este hermano se pasaba la vida pastoreando ovejas durante veranos e inviernos, y aunque ya era bastante mayor, nunca se había casado.

Un día, el duque Đuran viajó a Šaranci y pasó la noche en casa de un respetado anfitrión, quien lo recibió como el huésped más honorable, haciendo todo lo posible por que se sintiera cómodo. El anfitrión tenía una hija, una joven fuerte, sana y hermosa. A Đuran le cayó bien y decidió pedirle la mano no para sí mismo, sino para su hermano, con la esperanza de que fuera una buena pareja. En aquella época, era común que las parejas se casaran sin haberse visto antes de la boda. Cuando Đuran pidió la mano de la joven, su padre quiso saber si el hermano del duque era tan majestuoso como él. Đuran respondió: “Tal como me ves, él también, en nada peor”. Encantado con tan buena perspectiva, el padre accedió a entregar a su hija al hermano de Đuran y fijaron el día de la boda.

El día acordado, Đuran reunió a un gran grupo de invitados y los acompañó a recoger a la novia. Todo transcurrió sin contratiempos,

y al día siguiente, la comitiva nupcial llevó a la novia a su nuevo hogar en Pošćenje. Por la noche, mucha gente se reunió en la casa para celebrar. La novia, sin embargo, buscó a un hombre que se pareciera a su futuro cuñado, Đuran. Al no encontrar a nadie parecido, salió de la habitación hacia la chimenea. Allí, encorvado sobre el fuego, estaba sentado un anciano, vestido con ropas harapientas y empapadas, temblando de frío tras haber pasado todo el día pastoreando sus ovejas. Iba sin afeitarse, con largos bigotes que le caían sobre la boca, y mojaba con avidez una corteza de pan de cebada en el borde de una olla donde se había acumulado la grasa. Comió con gran placer. Considerándolo el más humilde de los sirvientes, pensó que era prudente preguntarle en voz baja quién era su novio.

– ¡Por Dios, viejo Omakalac! ¿Puedes decirme para quién me han traído aquí?

Él la miró y respondió:

– ¡Vaya, por Dios, novia! Parece que hay un poco de confusión, ¡pero has venido por mí, este viejo Omakalac decrépito!

Al oír esto y observarlo con más atención, al darse cuenta de la clase de hombre que era, decidió huir con sus parientes. Antes del amanecer, esperó un momento en que nadie la viera y huyó de la casa. Al llegar la mañana y descubrirse su ausencia, la familia y los invitados comprendieron el problema. Ensillaron los caballos de inmediato y todo el cortejo nupcial partió en su persecución, con la esperanza de convencerla de que regresara. La alcanzaron en la cima del monte Ivica, cerca de un viejo y gran roble. Allí, le suplicaron y le rogaron que regresara. Pero la novia, furiosa con Đuran por engañarla diciendo que su hermano no era más feo que él, se resistió con todas sus fuerzas. Finalmente, accedió a regresar,

con una condición: en la ceremonia nupcial, los invitados debían decir “Amén” tres veces en respuesta a sus palabras. Estuvieron de acuerdo y, durante la ceremonia en la iglesia, ella dijo:

– ¡Que todo lo nacido del anciano Omakalac se parezca al duque Đuran, y todo lo nacido del duque Đuran se parezca al anciano Omakalac!

Los invitados respondieron:

– ¡Amén!

Y así fue, repetido tres veces.

Después de casarse, ella vivió con el anciano Omakalac y tuvo seis hijos, de los cuales se decía que todos se parecían a su cuñado, el duque Đuran. Mientras tanto, se decía que los descendientes de Đuran se parecían al anciano Omakalac.

A medida que esta familia crecía y prosperaba, se volvió demasiado numerosa para la aldea de Pošćenje, por lo que se separaron. Los descendientes del anciano, que eran más fuertes, se quedaron en Pošćenje, mientras que los descendientes de Đuran se mudaron a la rocosa Duži. Las dos familias, los “Omakalovci” y los “Đuranovci”, permanecieron divididas. El gran y antiguo roble, donde los invitados nupciales habían suplicado a la novia que regresara, fue posteriormente llamado El Roble de la Madrina¹.

¹ El topónimo *Kumina Bukva* se refiere a la importancia que el árbol tiene como guía en la narrativa, más que a una figura literal de madrina. El roble es central en el desenlace de la historia, marcando el momento crucial del pacto nupcial.

La piedra de la doncella

Sucedió una vez en las tierras de Jezera, cerca del campo de Vrtoč, que dos grupos de invitados a la boda se encontraron en el camino. Uno, más pequeño, llevaba a una doncella de singular belleza; el otro, más numeroso, viajaba para reclamar una novia. Al cruzarse, el segundo grupo, que aún no había tomado a su novia, contempló a la doncella y vio que era mucho más hermosa que la que se proponían casar. Intercambiaron miradas y llegaron a un acuerdo perverso: apoderarse de esta joven y tomarla como suya, desviándose de su camino anterior.

Y así comenzó: un repentino choque de espadas y gritos, sangre sobre la tierra. Los cuñados de la novia la arrastraron junto a una gran piedra que se alzaba cerca del camino para protegerla mejor de los ladrones. Así, la lucha más feroz se desató alrededor de esa piedra, y allí se encontraron las muertes más crueles. La doncella observó horrorizada cómo, uno a uno, sus parientes caían ante sus ojos, pues los atacantes eran más poderosos. Cuando su cuñado mayor finalmente cayó al polvo, su corazón se entristeció, pues supo entonces que los crueles pronto la atraparían. Así que se volvió hacia la piedra, apretó los labios contra ella y clamó con todo su corazón, suplicando:

– ¡Oh, piedra, por Dios y todo lo que es sagrado, te lo suplico! ¡Ábreme y escóndeme dentro, para que no caiga en manos de estos hombres violentos!

Y su plegaria fue escuchada: la piedra se partió y ella entró. Y tan pronto como entró, la piedra se selló de nuevo.

Cuando la batalla terminó y todos sus parientes yacían muertos, los atacantes comenzaron a buscar a la doncella por todas partes, pero no encontraron rastro de ella. Perplejos y angustiados, gritaron:

– ¡Es como si se hubiera desvanecido en la piedra! Y así fue, aunque ellos no lo sabían. Desde ese día, la piedra se llamó la Piedra de la Doncella¹, y con ese nombre se la conoce aún hoy.

¹ Originalmente *Đevič kamen*, derivado de “*đevojka*”, una doncella o una joven.

Lago Manito

En Brnjik, en el monte Lukavica, se encuentra el profundo Lago Manito ¹, cuyas aguas son siempre verdes. En este lago habitaban espíritus con forma de animales. Una vez, mientras un rebaño de ovejas pastaba cerca del lago, emergió un carnero negro con cuernos erectos. Saltó sobre las ovejas y las cubrió a todas antes de regresar al lago. Lo mismo ocurrió al año siguiente. Entonces, en una ocasión, cuando las ovejas estaban con sus corderos en el mismo pastizal, el carnero saltó del lago y balaba. En cuanto balaba, todos los corderos corrieron tras él y saltaron al lago, para nunca más volver de sus profundidades. Lo mismo les ocurrió a las yeguas que fueron a beber del lago. De las aguas, un caballo moteado de alas doradas emergió y se apareó con la yegua que deseaba, para luego regresar al lago. Al año siguiente, cuando su potro estaba cerca del lago con su madre, el caballo de alas doradas saltó del agua una vez más, y al relinchar, el potro corrió tras él y se hundió.

Desde entonces, la gente dejó de llevar a sus rebaños a beber o pastar cerca del lago Manito, y nadie volvió a atreverse a bañarse en sus aguas.

¹ *Manito* significa “loco” o “demente” en ciertos dialectos, y en este contexto, probablemente se refiere a la naturaleza misteriosa del lago.

Los zduvači de Ceklin

Hace mucho tiempo, en Ceklin, vivía un zduvač¹ que había sido durante mucho tiempo el más poderoso de todos. Pero la edad lo alcanzó, y en una de las batallas, otros zduvači lo vencieron, de modo que regresó a casa herido y se acostó, sin aliento y encorvado por el dolor. Le trajeron todo tipo de remedios y ofrendas, pero no aceptó nada, sabiendo que todo era en vano. Finalmente, expulsó a todos de la casa excepto a uno – su hermano, un renombrado guerrero – y le dijo:

– Hermano mío, me muero, y moriré irremisiblemente a menos que alguien pueda salvarme. Y creo que tú podrías hacerlo, pues eres valiente de corazón, y al salvarme, nos servirías a ambos.

– Lo haré, querido hermano, haré lo que me pidas por tu bien y por el de todos.

– Esto es lo que debes hacer: debes ir esta noche a la montaña de tres cuernos, a cuatro horas de camino desde aquí. El camino atraviesa un denso bosque. Cuando llegues a un acantilado pelado, verás una escarpada roca. Desciende como si bajaras unas escaleras, y allí, junto a un claro, debes esperar. Será aterrador, así que para

¹ *Zduvač* (plural: *zduvači*) es un guerrero mítico eslavo del sur, del que se creía que participaba en batallas oníricas para proteger a su comunidad de las tormentas y el granizo.

fortalecerte, y porque las necesitarás, lleva contigo tus dos pistolas y el cuchillo en su funda de plata.

– ¿Me llevo también mi rifle?

– Puedes llevártelo, sí, pero solo para darte valor, porque no te servirá de nada. Pero el cuchillo, asegúrate de llevarlo contigo.

– Hermano, no temo a nada. Podría ir incluso desarmado a ese lugar, o con una sola navaja si solo se trata de un enemigo, ¡y con armas podría enfrentarme a cien! Pero el zduvač lo interrumpió:

– ¡No te jactes, pero no dejes el cuchillo! Cuando llegues al acantilado, el cielo estará despejado y verás a la luz de las estrellas. Todo estará en calma. Entonces verás una nubecilla que se alza desde el monte Rumija, y se levantará un viento. Esa nube se convertirá en una gran tormenta que cubrirá todo el cielo, y caerá una oscuridad como nunca has visto. El viento aullará, chillará y silbará con una furia como nunca has oído. Se te erizará el pelo, levantando tu gorra de la cabeza, y temo que te vuelvas loco.

– Me conoces bien, querido hermano, sabes que no me conmuevo tan fácilmente.

– Si puedes soportarlo, verás a tres toros surgir de la tormenta sobre la tierra: Pies Ligeros, Pies Rudos y Pies de Trueno². Los dos últimos se lanzarán sobre el tercero, que se tambaleará, ya herido. Debes ser rápido y golpearlos a ambos con tu cuchillo. Pero ten cuidado de no herir a Pies Ligeros, porque si lo haces, significaría mi muerte. Tampoco debes dejar que los otros dos lo dominen.

² Estas interpretaciones poéticas de los nombres montenegrinos originales – *Plavonja*, *Šaronja* y *Galonja* – evocan, respectivamente, uno rubio, uno moteado y uno pesado o ruidoso para preservar las cualidades simbólicas de los toros.

Al oír todo esto, el hermano cargó su cuerno de pólvora, afiló sus pedernales, se metió las dos pistolas de plata en el cinturón y, entre ellas, el cuchillo. Luego se colgó el rifle al hombro, llenó su bolsa de harina y su pipa de tabaco, y así emprendió el camino que atravesaba el oscuro bosque.

Cuando llegó al acantilado de la montaña de tres cuernos, la luna y las estrellas brillaban tanto que todo se veía como si fuera de día, y a su alrededor reinaba quietud y silencio. Descendió por la empinada roca como por una escalera, llegó al claro, se sentó en una piedra y encendió su čibuk³, con la vista puesta en el monte Rumija. Poco después, apareció una nube, que luego moteó el cielo cada vez más. Relámpagos, truenos, el viento aullaba, y en un instante, todo cambió tal como su hermano había predicho. Tan terrible era la tormenta que incluso él sintió un escalofrío de miedo y se le erizó la piel.

De repente, de entre la tormenta, tres toros gigantes irrumpieron en el claro y comenzaron su batalla, tal como se había dicho. Sacó su cuchillo, saltó hacia Pies Rudos y le cortó el cuello. La bestia se tambaleó y cayó. Pies Ligeros, que había estado cojeando, se armó de valor para enfrentarse a Pies Truenos, quien lo atacó con sus largos cuernos, pero el hermano del zduvač se abalanzó sobre Pies de Trueno y lo golpeó también en el cuello. Pies de Trueno también cayó al suelo, y Pies Ligeros los atravesó a ambos con sus cuernos y emitió un bramido tan victorioso que resonó toda la montaña.

Entonces, en un instante, la tormenta cesó, y con ella Pies Ligeros desapareció. La luna y las estrellas brillaron de nuevo, y el silencio regresó. Se dirigió directamente a casa, feliz por haber cumplido

³ Čibuk, una pipa tradicional para fumar, está simbólicamente conectada con el elemento aire, que se alinea con el poder del zduvač sobre el clima y los vientos, realzando el carácter sobrenatural de la figura.

el encargo de su hermano. Y cuando regresó, encontró al zduvač sentado junto a la chimenea, echando leña al fuego, sano y fuerte, como si nunca hubiera estado enfermo.

El regreso del diablo a la tierra

Antes de que el diablo mismo regresara a la Tierra, solo había un pequeño diablo, un simple duende, que regresó. Primero, habitó en el reino del diablo, disfrutando mucho, observando a las criaturas que Dios había creado en la Tierra. Sobre todo, se sentía atraído por el hombre, que se había encumbrado por encima de los demás seres, pretendiendo ser grandioso. Y mientras observaba, anhelaba viajar a la Tierra para sembrar el mal entre la humanidad. Así, suplicó al señor del infierno, Satanás, que le concediera el dominio sobre la Tierra.

– ¿Qué harás allí, pobre desgraciado? –preguntó Satanás, mirándolo con compasión –. La Tierra fue hecha por Dios para sí mismo, y te rechazará rápidamente si perturbas su obra. ¿Qué daño puedes hacer, tan débil y tan pequeño?

Pero el duende, al ver a lo lejos a aquel gran hombre, alto y aparentemente fuerte, le dijo a Satanás:

– ¿Ves a ese hombre poderoso?

– Lo veo.

– ¡Lo abatiré en un instante!

– Déjame ver esta maravilla.

Así que el duende viajó a la Tierra y, al encontrar al gran hombre caminando, se abalanzó sobre él. Al pasar, el duende le metió disimuladamente una pequeña piedra en el zapato. Al principio, el hombre no sintió nada, pero al caminar un rato, la piedra empezó a pincharle el pie. Sin embargo, al anochecer, tuvo que seguir adelante y no tuvo tiempo de detenerse a quitarse la piedrecita, que seguía irritándole. La soportó, paso a paso, hasta que su pie quedó dolorido e hinchado, pues la piedra se había clavado profundamente y ya no podía caminar. Se desplomó en el suelo y se quitó el zapato.

Al ver que el duende era mucho más astuto de lo que había creído al principio, a pesar de su pequeña travesura, Satanás accedió a su petición y le dio dominio sobre la Tierra.

El Diablo y San Elías

En el principio, Dios solo gobernaba sobre la Luna, mientras que el Sol estaba en manos del Diablo. Enfadado por esto, Dios llamó a San Elías y le dijo:

– ¿Cómo podríamos engañar al Diablo y arrebatarle el Sol?

– No se puede, Señor – respondió San Elías –. Sabes muy bien lo astuto que es. Solo me queda jurar en falso en tu nombre.

– ¿De qué hablas? ¡Semejante acto sería una grave transgresión! – dijo Dios. Pero al mismo tiempo, pensó: “Sin el Sol, ni las plantas ni los animales pueden vivir en la Tierra. ¡Y qué bueno sería arrebatarlo al Diablo, por el bien de mi pueblo!”. Tras reflexionar, le dijo a San Elías:

– Ve y haz todo lo posible por engañar al Diablo. Y si es necesario, ¡jura incluso por mi nombre!

Así que San Elías tomó dos esferas de oro y fue a ver al Diablo.

– ¡Compitamos – propuso – a ver quién puede lanzar una esfera de oro más lejos! El Diablo accedió, y San Elías rodó primero. Pero se cuidó de detenerse cerca de la orilla para que la pelota rodara directamente al mar.

– ¡¿Qué he hecho?! – gritó San Elías, y empezó a rogarle al Diablo que le sacara la pelota, diciendo que no se atrevía a entrar en el mar, pues era su dominio.

Pero el Diablo permaneció inmóvil, impasible y en silencio.

– ¡¿Qué es esto?! ¡Ni tú traerás la pelota, ni me dejarás ir yo!

– Podría traerla – respondió el Diablo. – Pero me parece que quizá te apresurarás a apoderarte del Sol mientras yo me sumerjo.

– ¿Por qué iba a robarte el Sol? Mira, juro por Dios Todopoderoso que no haré tal cosa.

– ¡Júralo! – dijo el Diablo.

Y así juró San Elías, y el Diablo se arrojó al mar con un fuerte chapoteo para recoger la pelota. Pero en el instante en que desapareció bajo las olas, San Elías golpeó el agua con su bastón y dijo nueve veces:

– ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

Al pronunciar estas palabras, el mar se congeló en nueve gruesas capas de hielo. Entonces, se apoderó del Sol y voló velozmente hacia Dios. El Diablo lo oyó todo, pero no pudo romper el hielo de una vez. Y cuando por fin logró atravesar todas las capas, voló tras San Elías, pero no pudo atraparlo. Solo logró lanzar su lanza y herir a Elías en la planta del pie, arrancándole un trozo entero de carne.

Cuando Elías llegó a Dios y puso el Sol ante Él, se quejó de su herida y le rogó que la sanara y le devolviera el pie como estaba. Pero Dios dijo:

– No puedo curar tu pie. La herida se cerrará con el tiempo, pero la planta permanecerá ahuecada. Sin embargo, para consolarte, me encargaré de que, a partir de hoy, todas las plantas de los pies humanos estén ahuecadas de la misma manera. Y así permaneció, ese hueco en el pie se transmitió a toda la humanidad.

El Abismo de la Bruja

Puśo, hijo de Milo, de Gradina, Martinići, tenía un katún en Lijeske, en las colinas de Gostilje, su pasto de primavera y otoño. Allí, en el katún, dormía en una cabaña junto al redil. Con él tenía un poderoso sabueso, Garov, negro como la brea, que seguía a los rebaños de día y estaba atado al redil de noche. Ni siquiera un pájaro podía acercarse sin que la bestia lo oliera y diera la alarma. Sobre el katún de Puśo se abría un profundo abismo, del que la gente hablaba en susurros. Decían que dentro habitaban demonios, temiendo solo al perro negro sin mancha alguna. Puśo se burlaba de tales cuentos y reía cada vez que alguien se atrevía a mencionar demonios en el pozo sobre su redil. Pero una tarde, cansado del día, Puśo encerró a sus ovejas en el redil y se echó a descansar en su cabaña. Al amanecer, se despertó temblando de frío, desconcertado al encontrarse tendido en la cima de la colina, sobre el abismo, magullado y dolorido, sin tener ni idea de cómo había llegado allí ni de lo que había sucedido durante la noche. Cuando esto le ocurrió una y otra vez, le entró miedo y contó su situación a los vecinos.

– ¡Oh, Puśo, Puśo! – le decían –, no hiciste caso de las advertencias, ¡pero son los demonios de tu propio abismo los que te sacan de aquí!

Lo que más le preocupaba era que el perro no percibía nada, ni siquiera emitía un gruñido, a pesar de que algo, o alguien, sacaba a Puśo de su cabaña cada noche. Una tarde, conduciendo sus ovejas más allá del abismo, con el perro detrás, Puśo decidió

arrojar una gran roca al pozo para escuchar cuánto tiempo duraría su caída y qué sucedería después. Lanzó la piedra, y esta golpeó algo en las profundidades con un crujido espantoso. De repente, de la oscuridad surgieron murciélagos y aves silvestres: grajillas, cuervos, cornejas y otros. Y entonces, de las profundidades, surgió una mujer monstruosa: su cabello negro suelto le llegaba hasta las rodillas, sus pesados pechos le colgaban sobre los hombros. Gritó:

– ¿Qué has hecho, hermano Pušo? ¡Has volcado mi tarro de leche y has escaldado a los pequeños! Si no fuera por ese sabueso que se desató detrás de ti, te habría arrojado yo mismo para que vieras lo que hay dentro, ¡y no te levantarás jamás!

Pušo le gritó al perro:

– ¡Agarrala, Garov, atrapa a esa vieja bruja!

El sabueso la persiguió, ladrando furiosamente, y la vieja desapareció en el abismo. El sabueso saltó tras ella, y nunca más se le vio.

Pero desde ese día, Pušo ya no fue sacado de su cabaña a la colina. Desde entonces, la gente ha llamado a ese lugar “El Abismo de la Bruja”¹.

¹ Originalmente *Kedžina jama*, de “kedža”, una palabra arcaica o dialectal que se refiere a una mujer extraña o con aspecto de bruja, a menudo representada con rasgos exagerados y rasgos sobrenaturales.

La procesión nupcial del diablo

En Drobnjak, en el pueblo de Komarnica, vivía un hombre llamado Malin. Una primavera, Malin estaba arando y sembrando trigo sarraceno, y al terminar la siembra, sobró un poco de semilla. Como los aldeanos compartían un molino monástico comunal, Malin llevó allí el resto del trigo sarraceno para moler. Al llegar al molino, lo encontró desordenado: el camino a su alrededor cubierto de maleza, la puerta entreabierta, el agua desviada del canal, como suele ocurrir con los viejos molinos de monasterio. Tras ordenar el lugar, Malin se quitó los zapatos, se metió en el arroyo y vertió el agua en el canal. En cuanto la rueda empezó a girar, vertió el trigo sarraceno para moler. Ya había anochecido, y dentro del molino todo era oscuridad, así que salió descalzo, como estaba, a buscar leña para el fuego, para iluminar el lugar y verterla en un saco.

Justo cuando recogía las ramas secas en sus brazos, oyó a sus espaldas un estruendo y un rugido. Se giró para ver qué podía ser. Por desgracia, allí, ante él, se encontraba un grupo de jinetes, como nunca había imaginado en su vida, y mucho menos visto: sus ropas relucían con oro y extrañas joyas, y sus corceles eran tan grandes que un hombre apenas podía alcanzar el estribo. Las sillas de montar, las bridas, los arreos de las bestias resplandecían con oro y piedras preciosas. Se quedó estupefacto, incapaz de moverse, desconcertado por aquella maravilla. “Seguro que son unos invitados a la boda

encantados, brillando con tanta intensidad bajo la luz de la luna”, pensó al verlos acercarse.

– ¿Quién eres y qué haces aquí? – Lo saludó un invitado a la boda a lomos de su corcel, con la borla de su gorro bordado en oro ondeando al hablar.

– Soy Malin de Komarnica y estoy aquí para moler mi grano.

– ¡Ven, cabalga con nosotros! ¡Nuestro Uso se va a casar! – gritaron algunos jinetes.

– Que le vaya bien, pero no puedo dejar mi molino ni mi grano.

– No temas por tu grano; solo hay seis oka¹, y nadie podrá tocarlo. ¡Toma este corcel y cabalga!

Y dicho esto, el primer jinete sacó un gran semental blanco, ensillado y adornado con oro y piedras preciosas.

Malin dejó su fardo de leña y se acercó al corcel para montarlo. Levantó la pierna para alcanzar el estribo, pero el corcel blanco era demasiado alto. Entonces, el invitado a la boda llevó el caballo a otro lugar, pensando que allí sería más fácil, pero Malin seguía sin poder montar. Una y otra vez, el jinete llevó al caballo a un terreno más favorable, y una y otra vez Malin fracasó. Mientras tanto, los invitados a la boda cantaban y gritaban de alegría, sus canciones en honor a Uso, un hombre extraño, desconocido para Malin. Y así continuaron, él siguiéndolo a pie, siempre esforzándose por montar el corcel enojado. Todo el viaje, a pesar de todo su esfuerzo, pareció solo un instante, y finalmente el jinete llevó el caballo a un lugar donde Malin pudo montar fácilmente. Sin embargo, tenía

¹ El *oka* es una antigua unidad de peso utilizada en el Imperio Otomano y los Balcanes. Varía según la región. En Turquía, equivale a aproximadamente 1,28 kilogramos (o 2,82 libras), mientras que en Montenegro, mide 1,5 kilogramos.

la costumbre de persignarse antes de montar, y esta vez no fue diferente. Justo cuando puso el pie en el estribo, hizo la señal de la cruz y dijo en voz alta: “¡Ayúdame, oh Dios, ayúdame, oh Dios!”. Y en ese instante, el caballo desapareció. El jinete se había ido. Los invitados a la boda se habían ido. Y donde él pretendía sentarse en el sillín, Malin se zambulló de cabeza en un lago.

Para entonces, el amanecer estaba cerca. Miró a su alrededor y reconoció el lugar y la tierra circundante: era el Lago del Diablo², lejos de su aldea. Grande fue su asombro al ver que el viaje le había parecido tan corto cuando en realidad había vagado toda la noche. Y allí, junto al lago, yacía su saco de harina. Un dolor agudo lo atravesó en ese instante y vio que sus pies estaban en un estado lamentable, desgarrados y sangrantes. Se quitó la camisa y se vendó los pies, pues no podía dar un paso, herido y descalzo como estaba. Con gran esfuerzo y no poca agonía, cargando el saco al hombro, se dirigió a la casa más cercana. Allí le limpiaron las heridas y le vendaron los pies una vez más, y luego, a petición suya, lo montaron a caballo y lo llevaron de vuelta a Komarnica.

De vuelta en casa, Malin contó todo lo que le había sucedido esa noche: cómo había aparecido la extraña procesión de los invitados a la boda, cómo se encontró en el Lago del Diablo sin saber el camino, aunque conocía todo el sendero; cómo el viaje le había parecido de no más de trescientos pasos mientras intentaba montar el gran corcel blanco; y cómo los jinetes desaparecieron en el momento en que invocó a Dios. Ordenó que pesaran la harina, pues el desconocido jinete había dicho que había seis oka. ¡Y he aquí!, cuando la midieron, era exactamente así. Malin permaneció en cama más de un mes antes de que las heridas de sus pies comenzaran a sanar.

² *Vražje jezero.*

El puente de Bukovica

Cuando los griegos gobernaban Drobnjak, vivía una doncella griega llamada María Sladmedenka. Una noche, en un sueño vívido, un hombre de extraña apariencia se le acercó y le dijo que bajo una losa de piedra, en el antiguo camino que serpentea por Drobnjak, encontraría un tesoro escondido. María se regocijó, pero el hombre le advirtió: “Una vez que hayas reclamado el tesoro, construye un gran puente de piedra sobre el río Bukovica, de viga a viga, para restaurar el antiguo camino que hay arriba, donde ahora hay que vadear el arroyo. ¡No te quedes con una sola moneda, usa todo el tesoro para levantar este puente!”.

Al despertar, María se preguntó si no sería más que un sueño, una visión fugaz, y cuestionó su veracidad. Sin embargo, al día siguiente, antes del amanecer, se aventuró al lugar y levantó la losa de piedra. Para su gran asombro, allí yacía el tesoro tal como el sueño lo había predicho. Mientras cargaba las riquezas en su burro, luchó contra la tentación de obedecer al hombre que apareció en su sueño o quedarse con el tesoro y gastarlo a su antojo. Pero en ese momento, el peso del temor divino se apoderó de su corazón, y decidió obedecer la orden de la extraña figura y construir el puente. Ya en los días siguientes, Marija encontró hábiles canteros, reunió a la gente para que cargara piedras y así comenzó la noble obra de construir el puente.

La construcción atrajo gran atención, y sucedió que unos ladrones conspiraron para robarle su oro. Esperaron el momento oportuno, se acercaron astutamente y le arrebataron más de la mitad del tesoro. Entristecida por no poder cumplir la visión de su sueño en su totalidad, hundió el puente más profundamente entre las vigas, treinta codos por encima del agua, y completó su construcción. A ambos lados del puente, ordenó que se hicieran muescas en las vigas para que un caballo cargado pudiera pasar. Para entonces, en el río Bukovica, en el lugar donde posteriormente surgió Šavnik, no había puente, por lo que tanto personas como caballos perecerían cuando las aguas subieran con fuerza. Así, gastó todo el tesoro que quedaba, y el puente sigue en pie, pues no existe otro puente allí.

El macho cabrío y el oro

En Golija vivía un hombre llamado Kankaraš, dueño de un gran rebaño de cabras. Entre ellas había un macho cabrío que pasaba los días tumbado sobre una gran losa de piedra, sin querer separarse jamás de ella. Un día, la necesidad impulsó al dueño a llevar sus cabras al mercado de Risan, y con ellas, al macho cabrío, aunque se resistía a separarse de él. Apareció un comprador y regatearon, pero no llegaron a un acuerdo sobre el precio. El dueño pidió dos táleros, un precio desorbitado en aquel entonces, pero el comprador se negó, diciendo:

– ¡No pagaría tanto, ni aunque fuera el mismo ciervo que guarda un gran tesoro bajo la piedra!

Kankaraš, contento de no haber vendido el macho cabrío y desconcertado por las palabras del comprador, regresó a casa. Se sentó a la mesa, sumido en sus pensamientos: “Mi querido macho cabrío siempre yace sobre esa piedra, bajo el gran fresno que plantó mi abuelo. Quizás debería ver si hay algo debajo”. Tomó una palanca y su pico, y se dirigió a la losa. Golpeó y golpeó, poniendo toda su fuerza, pero no pudo mover la piedra él solo, pues era una gran roca. Entonces decidió reunir a todo el pueblo para que echara mano, y juntos, con gran esfuerzo, levantaron la piedra, bajo la cual yacía un caldero lleno de ducados. Y así, la familia Kankaraš se convirtió en una familia adinerada.

San Arandio y el pobre

Había una vez un hombre pobre que se quedó sin nada en el mundo. La miseria lo oprimía tanto que pensó en quitarse la vida, pues ya no soportaba vivir en tal desdicha. San Arandio¹ lo vio y se acercó disfrazado de hombre sencillo y le preguntó:

– ¿Qué es, amigo mío, lo que te tiene tan preocupado?

Cuando el pobre hombre se lo contó todo, San Arandio dijo:

– ¡Vamos, hombre, levanta la cabeza! ¡Yo me encargaré no solo de que vivas, sino también de que te hagas rico! – y entonces se reveló como San Arandio.

El pobre hombre se asustó y cayó de rodillas, pero San Arandio lo levantó y comenzó a hablar:

– No temas, porque Dios me ha enviado para socorrer a los desdichados. Pero presta mucha atención a lo que debes hacer.

Y le enseñó al pobre a proclamarse sanador y a atender a los enfermos, pero con gran cuidado. Porque, decía, cuando se acercaba a la cama de los afligidos, veía una paloma blanca sobre ellos. Si la paloma se posaba de la cintura a la cabeza, nunca debía emprender la curación,

¹ *Arandio* es una variante de *Arandel* (que significa “Arcángel”), una figura bíblica venerada en el cristianismo ortodoxo oriental equivalente al San Miguel Arcángel católico.

pues no podía salvarse. Pero si la paloma se posaba de la cintura a los pies, entonces debía comenzar de inmediato, pues la curación llegaría sin duda.

Así, San Arandio lo dejó, y el hombre se declaró sanador. La gente comenzó a llamarlo para que atendiera a sus enfermos, y a quien veía con la paloma blanca de la cintura a la cabeza, no lo curaba; pero a quienes veía con ella de la cintura a los pies, los sanaba a todos.

Y así, el pobre desgraciado se convirtió en un hombre de gran riqueza y famoso por su habilidad. Pero un día, él también enfermó, y la paloma blanca se acercó a él y se posó de la cintura a la cabeza.

– Esposa – dijo él –, gira mi cama para que la paloma pueda mirar hacia mis pies.

Así lo hizo, pero la paloma saltó de nuevo hacia la cabeza. – ¡Gírala otra vez!

Y así giró la cama una y otra vez, pero cada vez la paloma volaba hacia la cabecera.

Y justo cuando vio que era inútil y que debía morir, San Arandio apareció junto a la cama para llevarse su alma. El hombre se asustó al verlo y empezó a rogar que le prolongaran la vida unos días más, pero San Arandio no quiso ni oír hablar de ello, pues así lo había ordenado Dios. Entonces el hombre suplicó que al menos le dieran tiempo para persignarse, y San Arandio prometió que esperaría.

Así que San Arandio esperaba y esperaba, pero el hombre no se persignó. Finalmente, cansado, el santo dijo:

– ¡Pues bien, hombre, ya te persignaste!

– Claro que hicimos un pacto – dijo el hombre –. Me diste tu palabra de que esperarías.

San Arandio vio que el hombre lo había engañado – y la Palabra divina y real no debe ser quebrantada – y se fue, enojado.

Y así el curandero vivió mucho tiempo después.

Un día, San Elías y San Arandio caminaban juntos, y San Arandio le dijo a San Elías:

– ¿Ves a ese anciano que llevan al sol?

– Sí, lo veo.

– ¡Pues nadie me ha engañado como él! – Y se lo contó todo.

San Elías rió y dijo:

– ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Puedo hacer que se persigne ahora mismo!

– ¡Pues entonces, por Dios, hazlo!

San Elías reunió una nube y lanzó un rayo a los pies del curandero, luego otro, luego un tercero, y el hombre, aterrorizado, gritó:

– ¡Dios me ayude! – y se persignó.

Entonces San Elías le dijo a San Arandio:

– ¡Listo!

San Arandio dio gracias y enseguida vino y tomó el alma del hombre.

La esposa del apóstol Pedro ante las puertas del Cielo

El apóstol Pedro partió hacia el Cielo, pero no llevó consigo ni a su madre, ni a su esposa, ni a su hermana. Le reprocharon ellas, pero él les respondió:

– No pueden entrar al Cielo, porque en sus vidas no le hicieron ningún bien a nadie. Tú, madre, siempre que hilabas lana ajena, robabas una parte para ti. Tú, hermana, hacías lo mismo con la seda al bordar el ošvice¹. ¡Y tú, esposa, tomabas comida de los hijos de otros y se la dabas a los tuyos!

A pesar de esto, su esposa siguió a Pedro hasta las puertas del Cielo. Y cuando llegó, el guardián de la puerta le preguntó:

– ¿Qué bien hiciste en la Tierra?

– Le di dos cebollas de mi huerto a un hombre pobre.

– ¡Muy bien! ¡Esas dos cebollas te servirán! – dijo el guardián, y abrió las puertas.

Entonces vio ella las dos cebollas, las agarró y comenzó a ascender. Pero mientras volaba hacia arriba, un alma la sujetó del pie y suplicó:

– ¡Llévame contigo!

Ella apartó al alma de una patada y gritó:

.....
¹ Ošvice son adornos bordados en seda y cosidos a mano sobre las blusas populares de lino blanco de las mujeres.

– ¡Fuera de aquí!

Pero en ese mismo instante, ella también fue arrancada de las cebollas y cayó, encontrándose una vez más ante las puertas del Cielo.

– Verás – dijo el guardián –, podrías haber salvado tu propia alma y la de otra persona, pero no le harías ningún bien a nadie, así que no te lo mereces. Y cerró las puertas ante ella.

Las Lluvias de Cetinje

Dios dividió todas sus tareas entre los líderes celestiales, pero Él, como Dios, ¡simplemente reina! Lo mismo hacen los reyes de la Tierra, que no son nada comparados con Él. A San Elías le confió las nubes y le ordenó que las vigilara, que observara dónde se necesitaban las lluvias y las enviara allí.

Pero San Elías, perdido en su gran dominio, cayó en un sueño profundo y constante. Cada mañana, sus asistentes, que guiaban las nubes, se acercaban a él, lo sacudían del hombro y gritaban:

– ¡Elías, Elías!

Él abría ligeramente los ojos y preguntaba:

– ¿Qué pasa?

– ¿Adónde enviaremos la lluvia hoy? – le preguntaban.

– ¡Adónde la enviamos ayer! – respondía, y volvía a dormirse.

Era la respuesta más fácil para él, sin necesidad de perturbar su mente ni de agitar sus pensamientos. Y así, volvió a llover sobre el Katunska nahija¹.

.....
¹ *Nahija* deriva de la palabra turca *nahiye*, que se refiere a un distrito administrativo.

Los manantiales de Kotor

En la antigüedad, cuando un rey tenía su corte en la ciudad de Risan, a orillas de la bahía llamada Boka¹, no había otros asentamientos cercanos. En el extremo sur de la bahía, donde ahora se encuentra la ciudad de Kotor, solo había un corral para el ganado del rey. Así permaneció hasta que la tierra tembló en una gran conmoción: las montañas sobre Risan se estremecieron con tanta fuerza que la ciudad se hundió bajo el mar. Incluso hoy, las ruinas de la antigua ciudad pueden vislumbrarse en el lecho marino, cerca de la orilla.

Temiendo que una maldición lo hubiera abatido, el rey buscó un nuevo lugar donde reconstruir su ciudad. En lo alto de las laderas, sobre el lugar donde había estado su corral, encontró una cueva y allí comenzó a cavar los cimientos. Pero un hada del monte Lovćen vio lo que tramaba y se le acercó, diciéndole que no debía construir allí, pues en ese desierto no había refugio para barcos ni pasto para caballos. En cambio, le dijo que debía construir la ciudad abajo, junto a la bahía. El rey siguió el consejo del hada y, con su ayuda, erigió la ciudad junto a su corral. Y así, la ciudad pasó a llevar el nombre del corral del rey: Kotor².

.....
¹ Boka significa bahía en el idioma local; el nombre completo, Boka Kotorska, se refiere a la bahía de Kotor, una bahía sinuosa en la costa adriática.

² El nombre Kotor se explica aquí mediante la etimología popular, vinculándolo con “tor”, un recinto para el ganado. El origen real del nombre puede variar.

Una vez terminada la obra, el rey invitó a muchos señores y nobles a un gran banquete. Ante todos, comenzó a presumir de lo que había hecho: de cómo había construido esta ciudad y de lo hermosa que era. El hada, al oír esto, se ofendió, pues el rey ni siquiera la había nombrado, a pesar de que había sido ella quien había traído toda la piedra de Lovćen para la construcción. Ella se adelantó y le reprochó, diciendo que no podría haberlo hecho sin ella. El rey, disgustado por sus palabras, montó en cólera y golpeó al hada en la mejilla. Ante esto, el hada montó en cólera. Envenenó todos los manantiales de Kotor y sembró la locura en todos los invitados del rey. Al ver la fiereza con la que se había vengado, el rey se puso a suplicarle. Finalmente, ella se compadeció y accedió a librar a sus invitados de la locura y a purificar del veneno solo un manantial: el que se encontraba justo al otro lado de la puerta sur de la ciudad. Y desde entonces, cuando llegan las sequías del verano, todos los manantiales de Kotor se vuelven salados, excepto el que se encuentra al otro lado de la puerta sur.

La maldición de la reina

Bajo los pueblos de Gluhi Do y Sotonići¹, en Crmnica, se extiende Crmničko Polje. En el límite de este campo, entre los dos pueblos mencionados, bajo imponentes rocas, se encuentra un lago conocido como Velje Oko², del cual nace el río, que fluye a través del campo hacia Vir, o más bien hacia las marismas de Skadar. La gente recuerda que Velje Oko abundaba en diversas especies de peces.

En tiempos pasados, cuando la reina Jelena gobernaba el territorio, estos pueblos se llamaban Dobri Do y Ljubičevo³. Cerca de Ljubičevo, la reina Jelena tenía su residencia de verano, cuyos muros aún se pueden ver. Los Dobrodoljani y los Ljubičani⁴ pescaban en Velje Oko, y de cada captura debían enviar la mejor y más grande parte a la reina. Un día, los Dobrodoljani y los Ljubičani pescaron una buena cantidad de pescado. Sin embargo, le enviaron a su reina una pequeña porción, compuesta principalmente de peces pequeños. Cuando la reina vio esto y sus espías le informaron que la pesca había sido abundante, se enfureció y corrió hacia el lago. Desde una colina, comenzó a

¹ Según la leyenda, los nombres de los pueblos *Gluhi Do* (lit. “Valle Sordo”) y *Sotonići* (posiblemente derivado de Satanás) provienen de la maldición de la reina Jelena.

² *Velje Oko* (lit. “El Gran Ojo”).

³ *Dobri Do* (lit. “Valle Bueno”); *Ljubičevo* (posiblemente derivado de “ljubičast”, que significa violeta, o “ljubav” – amor).

⁴ Habitantes de *Dobri Do* y *Ljubičevo*.

llamar a los Dobrodoljani y los Ljubičani, reprendiéndolos por atreverse a enviarle un pescado tan pobre:

– ¡Oh, Dobrodoljani! ¡Oh, Dobrodoljani! ¡¿Por qué me han enviado este pescado hoy?! – gritó repetidamente, pero no respondieron.

La reina se enfureció y comenzó a llamarlos por otro nombre:

– ¡Oh, Gluhodoljani⁵! ¡Oh, Gluhodoljani!

Como los Dobrodoljani seguían sin responder, la reina llamó a los Ljubičani:

– ¡Oh, Ljubičani! ¡Oh, Ljubičani! ¡¿Por qué me han enviado hoy semejantes peces?!

Pero ellos también guardaron silencio.

En ese momento, la reina gritó:

– ¡Oh, Satanás! ¡Oh, Satanás! ¡Escúchenme, Gluhodoljani y Satanás! ¡Que nunca pesquen peces mejores y más grandes en ese lago!

Y así, mientras la reina Jelena maldecía a Velje Oko, desde ese día, el lago solo contuvo peces pequeños.

Cuando los Dobrodoljani y Ljubičani oyeron la maldición de la reina, también se enfurecieron. Llevaban mucho tiempo enfadados con ella por los altos impuestos que imponía, y decidieron vengarse. La reina, asustada, huyó hacia la ciudad de Bar por el monte Sutorman, y los Dobrodoljani y Ljubičani la persiguieron.

Cuando la reina llegó al agua conocida como Markov Studenac⁶, se dio la vuelta para ver si los perseguidores estaban cerca. Al ver que no se alejaban, empezó a lanzar pequeñas monedas tras ella con

⁵ *Gluhodoljani*, los habitantes de *Gluhi Do*, (lit. “Valle de los sordos”), los sordos.

⁶ Pozo de Marko.

la esperanza de que los perseguidores se detuvieran a recogerlas. El truco funcionó, y de hecho, los perseguidores se detuvieron a recoger el dinero, lo que le permitió llegar a Barska Krajina sana y salva. Los Dobrodoljani y los Ljubičani regresaron a sus hogares, pero desde ese día, la gente los llamó Gluhodoljani y Sotonići, nombre que ha perdurado hasta nuestros días.



CUENTOS DE HADAS POPULARES MONTENEGRINOS



Baş-Çelik¹

Había un rey que tenía tres hijos y tres hijas. Durante mucho tiempo, gobernó su reino con justicia hasta una edad avanzada. Cuando sintió que se acercaba la hora de partir de este mundo, convocó a sus hijos e hijas para comunicarles su última voluntad, instruyéndoles sobre cómo gobernar el reino para el bien de sus súbditos. Entre otras cosas, instó a sus hijos a que dieran su consentimiento sin vacilar para que sus hermanas se casaran con los primeros pretendientes que vinieran a pedirles matrimonio.

– Dad vuestro consentimiento – dijo –. ¡Esto os lego!

Entonces el rey falleció. Tras un gran funeral al que asistió todo el pueblo, no pasó mucho tiempo antes de que una noche, alguien llegara a las puertas del palacio y comenzara a llamar con fuerza. Toda la corte se estremeció; se alzó un gran clamor, con gritos y exclamaciones, y pareció como si una poderosa llama se elevara hacia los cielos. En el palacio, la gente se asustó y comenzó a temblar de miedo. De repente, oyeron una voz grave:

– ¡Hijos reales, abran las puertas!

A esto, el hijo mayor del rey respondió:

– ¡No abriremos!

¹ El nombre Baş-Çelik proviene de las palabras turcas “baş”, que significa “cabeza”, y “çelik”, que significa acero.

El hijo mediano dijo:

– ¡No abriremos, por ningún motivo!

Pero el menor declaró:

– ¡Digo que las abran! – Y saltó para abrir las puertas.

Al abrir las puertas, entró algo grande y alado, de lo cual solo podían ver llamas. Lo que entró comenzó a hablar:

– ¡He venido a pedir a su hermana mayor en matrimonio, y la llevaré conmigo de inmediato!

El hermano mayor se recompuso y respondió:

– ¡No consentiré! ¿Cómo podría, si ni siquiera he oído tu nombre? Deseas llevártela, pero no dices adónde la llevarás ¡así que ni siquiera sabría dónde visitar a mi hermana!

Entonces el hermano mediano habló:

– ¡Tampoco te permitiré que te lleves a nuestra hermana esta noche, quienquiera que seas! Pero el menor dijo:

– ¡Si ustedes dos no lo hacen, lo haré yo! – Y tomó a su hermana de la mano, llevándola hasta el pretendiente, diciendo – ¡Que sea afortunada y virtuosa!

Cuando su hermana cruzó el umbral, una poderosa llama la envolvió, y comenzó a centellear y tronar, rugiendo mientras todo el palacio se tambaleaba. El miedo se apoderó de los cortesanos una vez más. Pero solo un momento después, todo volvió a la calma; las llamas se habían desvanecido y una noche estrellada cubría la tierra. Al amanecer, los hermanos buscaron de inmediato cualquier rastro de por dónde había salido esa fuerza del palacio, pero no pudieron discernir nada.

En la segunda noche, a la misma hora, el mismo clamor y chillidos se alzaron alrededor del palacio, y alguien llegó a las puertas y gritó:

– ¡Hijos reales, abran las puertas! Llenos de miedo, abrieron las puertas, cuando una fuerza terrible entró y comenzó a hablar: – ¡He venido a pedir la mano de tu segunda hermana y a llevármela conmigo!

El hermano mayor dijo:

– ¡No quiero que te la lleves! ¡No sé quién eres ni adónde la llevarás!

El hermano mediano dijo:

– ¡Yo tampoco!

Pero el menor habló:

– ¿Acaso han olvidado el mandamiento de nuestro padre? – Tomó a su hermana de la mano y, llevándola hasta el pretendiente, dijo:

– ¡Que sea afortunada y virtuosa!

Y así, la poderosa fuerza se fue volando con la doncella.

Al día siguiente, al amanecer, los hermanos volvieron a buscar por el palacio algún rastro de dónde se había ido esa fuerza, pero no encontraron nada, ¡como si nunca hubiera llegado!

A la tercera noche, a la misma hora, el palacio se estremeció desde sus cimientos con una fuerza poderosa y un trueno, y una voz gritó:

– ¡Abran las puertas!

Los hijos del rey saltaron y abrieron las puertas. Una gran fuerza entró y dijo:

– ¡He venido a pedir la mano de su hermana menor! Los hermanos mayor y mediano gritaron al unísono:

– ¡No consentimos que te la lleves! ¡Dinos quién eres y adónde la llevarás, para que al menos sepamos dónde vivirá y con quién, para que podamos visitarla como nuestra hermana!

A esto, el hermano menor respondió:

– ¡Pero yo digo que la palabra de nuestro padre es sagrada! – Y condujo a su hermana ante el pretendiente, diciendo: – ¡Aquí está, que sea afortunada y feliz!

La poderosa fuerza envolvió a la doncella en llamas, y en ese mismo instante, se desvanecieron con un rugido tremendo.

Después de un año sin noticias de sus hermanas, los hermanos se angustiaron profundamente, preguntándose qué habría sido de ellas, pues parecía que habían desaparecido del mundo. Los dos mayores, enojados con su hermano menor, comenzaron a hablar entre ellos:

– ¡Dios mío, qué gran dolor! Ni rastro ni palabra de nuestras hermanas. ¿Adónde se han ido y con quién se han casado? ¡Qué ha sido de ellas hermano, oh, ¡jellas sin hermanos!

Finalmente, los hermanos mayores le dijeron al menor:

– ¡Hemos decidido salir al mundo a buscar a nuestras hermanas! Si vienes con nosotros, te perdonaremos.

El menor accedió, se prepararon, tomaron monedas de oro para el viaje y partieron al mundo en busca de sus hermanas. Mientras viajaban, se adentraron en una vasta montaña cubierta de un denso bosque. Acordaron pasar la noche donde hubiera agua, y así caminaron un buen rato hasta que, al anochecer, llegaron a la orilla de un pequeño lago. Allí acamparon y se sentaron a comer algo.

Cuando estaban a punto de acostarse, el hermano mayor dijo:

– Duerman ustedes, que yo velaré.

Así, los dos hermanos se durmieron mientras el mayor se quedaba despierto para vigilar. A cierta hora de la noche, el lago comenzó a agitarse y se levantó una gran ola. Entonces, algo se precipitó hacia ellos desde el centro del lago. Él discernió que era un dragón, desenvainó su espada y lo atravesó. El dragón se desplomó muerto, y él le cortó las orejas y las guardó en su morral, arrojando el cadáver de vuelta al agua. Al amanecer, despertó a sus hermanos, pero no les dijo nada de lo ocurrido durante la noche. Desde allí, se levantaron y continuaron su viaje.

Al oscurecerse el cielo, comenzaron a discutir que debían volver a pasar la noche cerca del agua, pues el miedo a lo desconocido los había dominado tras adentrarse en un terreno escarpado lleno de pozos y acantilados. Finalmente, llegaron a un lago y decidieron quedarse junto a él. Encendieron una fogata y comieron lo que tenían, preparándose para acostarse. Entonces el hermano del medio dijo:

– ¡Duerman ustedes, que yo velaré esta noche!

Los otros dos se durmieron mientras el del medio permanecía a su lado, atento a cada sonido. De repente, el agua del lago subió y algo negro emergió. ¡Qué vio sino un dragón de dos cabezas que se abalanzaba sobre ellos para devorarlos! Saltó, desenvainó su espada y se enfrentó al dragón. Mientras forcejeaba con él, le cortó ambas cabezas. Luego, le cortó las orejas y las guardó en su morral, arrojando el resto del cuerpo al lago. Sus hermanos no vieron nada de esto, pues ambos durmieron profundamente toda la noche hasta el amanecer.

Entonces el hermano del medio gritó:

– ¡Levántense, hermanos, ha amanecido!

Los hermanos se levantaron de inmediato, se prepararon y partieron de nuevo, pero no sabían dónde estaban ni en qué tierra. Como no encontraron un alma viviente, ni siquiera bestias salvajes por ninguna parte, el temor los invadió al pensar que podrían morir de hambre en aquella desolación. Comenzaron a rezar a Dios para que los guiara a alguna casa o aldea, pues llevaban tres días vagando por las montañas y no veían el final. Por fin, cerca del anochecer, llegaron a un gran lago y acordaron no seguir viajando, sino pasar la noche allí. Encendieron una fogata, comieron lo poco que les quedaba de provisiones y se dispusieron a descansar. Entonces el hermano menor dijo:

– ¡Duerman ustedes dos, esta noche yo velaré!

Y así, los dos hermanos mayores se acostaron y se durmieron mientras el menor velaba, mirando a menudo hacia el lago. Pasó un tiempo en la noche cuando todo el lago comenzó a agitarse. Una gran ola se alzó y salpicó el fuego, extinguiéndolo a la mitad. El príncipe más joven desenvainó su espada y se quedó junto al fuego. Pronto apareció un dragón de tres cabezas, abalanzándose sobre ellos para devorarlos a los tres. Pero el príncipe más joven, con su corazón valiente, decidió no despertar a sus hermanos y se enfrentó al dragón él mismo. Lo golpeó tres veces y le cortó las tres cabezas. Luego, le cortó las orejas y las guardó en su morral, arrojando el cadáver al lago. Mientras hacía esto, el fuego se apagó por completo debido a las olas. Sin más pedernal para encender otro fuego y sin querer despertar a sus hermanos, deambuló con la esperanza de ver algún sendero o cabaña a la luz de la luna. Finalmente, trepó a la copa de un árbol alto para mirar a su alrededor. Allí, vio una llama parpadeante y pensó que no estaba muy lejos, así que bajó del árbol y fue a buscar el fuego para sus hermanos. Mientras avanzaba, llegó a una empinada cuesta y subió hasta la entrada de una cueva

donde ardía una gran hoguera. Al oír voces, pensó que encontraría cazadores dentro y entró. Pero lo que vio fue aterrador: bajo el alto arco de la espaciosa cueva, nueve gigantes estaban sentados alrededor del fuego. Todos vestidos con pieles ásperas, reían a carcajadas, asando a dos hombres en un asador, uno a un lado y el otro al otro del fuego, mientras un caldero lleno de trozos de carne humana colgaba sobre él, suspendido de una gruesa cadena. Al ver esto, el príncipe se asustó muchísimo. Habría retrocedido, pero los gigantes ya lo habían visto en la entrada. Y así, sin escapatoria, gritó:

– ¡Buenas noches, camaradas! ¡Los he buscado durante mucho tiempo!

Todos respondieron al unísono:

– ¡Buena suerte, que Dios te ayude!

Un gigante, más grande que los demás y que parecía ser su líder, se levantó y dijo:

– ¿Qué quieres decir con “mis camaradas”? ¿Cómo somos tuyos?

Él respondió:

– ¡Estaré con ustedes para siempre y daré mi vida por ustedes, por lo tanto son mis camaradas!

– Si quieres ser nuestro camarada, ¿comerás hombres con nosotros e irás a la batalla?

– ¡Lo haré! ¡Hagan lo que hagan, yo también lo haré!

– Bueno, ya que es así, ¡siéntate con nosotros, pequeño nuevo camarada!

Todos volvieron a sentarse alrededor del fuego y comenzaron a comer. El príncipe se sentó con ellos, fingiendo comer, pero escondiendo la carne disimuladamente. Así, después de devorar la

carne hervida, los gigantes consumieron también el asado. Una vez satisfechos, el más grande de ellos se levantó y dijo:

– ¡Ahora levántense, hermanos, vamos a cazar, porque mañana debemos comer de nuevo! Los nueve gigantes tomaron sus armas, y el príncipe se unió a ellos como décimo, y partieron de caza.

– ¿Dónde cazaremos? – preguntó al grupo.

– Hay una ciudad cerca donde reside un emperador. Allí es donde nos hemos alimentado durante muchos años – le explicaron.

Al acercarse a la ciudad, arrancaron dos abetos altos con ramas y los llevaron a las murallas. Apoyaron uno contra la muralla, y el líder llamó al príncipe:

– ¡Ven, pequeño, sube este abeto a la muralla para que podamos darte el otro! ¡Agárralo y tíralo hacia la ciudad, y sujeta la copa para que podamos deslizarnos!

Subió y luego les dijo:

– No sé qué hacer; no soy hábil inclinando el abeto, así que venga uno de ustedes a mostrarme cómo se hace.

Uno de los gigantes subió, agarró la copa del abeto y lo inclinó hacia la ciudad mientras él mismo sujetaba la copa. Una vez colocada así, comenzó a descender a la ciudad. En ese momento, el príncipe desenvainó su espada y lo golpeó en el cuello, cortándole la cabeza, y el gigante cayó al suelo. Entonces dijo:

– ¡Ahora, suban uno por uno, y los bajaré aquí!

Sin darse cuenta de lo que había sucedido con los que estaban en la muralla, comenzaron a subir, y el príncipe abatió a cada uno de los nueve gigantes uno por uno. Luego descendió del abeto y entró en la ciudad. Deambuló, pero no vio ni oyó a nadie con vida; ¡todo

estaba desolado y silencioso! Asombrado, pensó: “Si todos duermen profundamente esta noche, al menos debería ver u oír a alguien. ¡Los gigantes deben haber aniquilado a esta gente desafortunada!”. Mientras deambulaba, llegó al palacio imperial y notó que en una de las cámaras de la alta torre ardía una vela. Abrió la puerta y subió a la habitación. Al entrar, contempló una escena: toda la cámara estaba adornada con oro, seda y terciopelo, pero dentro no había nadie más que una joven tumbada en una cama, profundamente dormida. En cuanto la vio, sus ojos quedaron cautivados por su belleza. Al mismo tiempo, notó una serpiente que se extendía por la pared, con sus fauces cerca de la cabeza de la joven. La serpiente abrió la boca con la intención de golpearla entre los ojos, pero el príncipe sacó su cuchillo y clavó a la serpiente en la pared. Entonces dijo:

– ¡Que este cuchillo nunca me lo quite nadie más que mi propia mano!

El príncipe corrió entonces hacia sus hermanos al amanecer. Llegó a la cueva donde habían estado los gigantes, sacó un trozo de leña medio quemada del fuego y, corriendo sin parar, finalmente encontró a sus hermanos aun durmiendo. Encendió el fuego y pronto salió el sol, trayendo la mañana. Despertó a sus hermanos sin contarles lo ocurrido durante la noche, y se prepararon para continuar su camino. Durante el viaje, encontraron un camino que conducía directamente a la ciudad donde el príncipe más joven había matado a los gigantes.

Por desgracia, en esa ciudad vivía, hasta hacía poco, un poderoso emperador que caminaba por las calles desiertas cada mañana, derramando lágrimas por la pérdida de su pueblo a manos de los gigantes. Temía que su única hija corriera la misma suerte. Mientras vagaba sin rumbo por la ciudad, vio un abeto, completamente arrancado del suelo y apoyado contra la muralla. Al acercarse,

contempló una maravilla: ¡un montón de nueve gigantes, todos decapitados! El emperador reconoció a los asesinos de su reino y se regocijó enormemente, mientras el pueblo se reunía para orar a Dios por la salud del héroe que los había matado. Al mismo tiempo, los sirvientes del palacio entraron corriendo para informarle que alguien había matado una gran serpiente que podría haber envenenado a su hija, la cual había estado suspendida sobre su cabeza mientras dormía. Al oír esto, el emperador corrió al palacio, directo a la habitación de su hija. Al ver a su hija sana y salva, la abrazó y notó la serpiente clavada en la pared sobre la cama de la princesa con un cuchillo. Con todas sus fuerzas, intentó sacar el cuchillo, pero no pudo moverlo. Entonces el emperador ordenó que se hiciera un anuncio por todas partes: quienquiera que fuera el héroe que había matado a los gigantes y quienquiera que hubiera clavado la serpiente en la pared sobre la princesa debía presentarse ante el emperador. Si lograba demostrar que él era el héroe, el emperador lo recompensaría con grandes riquezas y le daría a su hija por esposa. Además, ordenó que en las posadas de los caminos principales se preguntara a todo viajero si sabía quién había matado a los gigantes, y si alguien lo sabía, debía acudir rápidamente al palacio para recibir la recompensa del emperador.

Y los tres herederos del rey, buscando a sus hermanas, entraron en una de esas posadas para pasar la noche. Después de cenar, el posadero se acercó a ellos y comenzó a presumir de todas las hazañas heroicas que había realizado en su vida, luego les preguntó:

– ¿Han hecho algo digno de mención hasta ahora?

Entonces el hermano mayor comenzó a hablar:

– Participé en este viaje con mis hermanos, y la primera noche acampamos junto a un lago en una gran montaña. Mis hermanos se durmieron y yo vigilé. De repente, un dragón emergió del lago y se

abalanzó sobre nosotros para devorarnos, y desenvainé mi espada y le corté la cabeza. Si no me creen, ¡aquí tienen sus orejas! – Y sacó las orejas de su bolsa y las arrojó sobre la mesa.

Al oír esto, el hermano del medio dijo:

– Cuando estaba de guardia en el segundo campamento, maté a un dragón de dos cabezas. ¡Si no me creen, aquí están las orejas de ambas! – Y sacó las orejas y las mostró.

El más joven permaneció en silencio, y el posadero también le preguntó:

– ¡Por Dios, muchacho, tus hermanos son héroes, a ver si has hecho algo digno de mención!

Entonces el más joven comenzó a hablar:

– Yo también he hecho algo pequeño. Cuando pasamos la tercera noche junto al lago, ustedes, mis hermanos, dormían y yo estaba de guardia. En algún momento de la noche, todo el lago comenzó a temblar, y emergió un dragón de tres cabezas que quería devorarnos a los tres. Entonces le corté las tres cabezas con mi espada. ¡Si no me creen, aquí tienen seis orejas! Los hermanos quedaron asombrados, y él continuó relatando:

– En ese momento, el fuego se extinguió, y me aventuré a ver si veía alguna choza o alma durante la noche. Al no encontrar nada, trepé a un árbol alto y vi una llama distante. Me dirigí hacia ella, y mientras atravesaba la montaña, llegué a una cueva donde nueve gigantes estaban reunidos alrededor de una fogata... – y les contó todo en orden. Todos quedaron asombrados por esta maravilla. Al oír esto, el posadero corrió rápidamente a la corte para informar al rey, quien lo recompensó con monedas de oro e inmediatamente envió a sus hombres a traer a los tres príncipes ante él. Cuando se presentaron ante el rey, este preguntó:

– ¿Cuál de ustedes tres ha matado a los gigantes y salvado a mi hija de la muerte?

– ¡Fui yo, noble rey! – respondió el príncipe más joven –. Mi cuchillo sigue clavado en la pared sobre la cama de la princesa, y nadie puede sacarlo excepto yo.

El rey convocó entonces a sus hombres más fuertes, ordenándoles que extrajeran el cuchillo uno por uno. Sin embargo, nadie pudo vencer, salvo el príncipe más joven. El rey, convencido de la verdad de sus palabras, le ofreció a su hija en matrimonio, prometiéndole que sería el primero a su lado. A los dos hermanos mayores, les dijo:

– Si lo desean, los casaré con las mejores familias de mi reino y les construiré espléndidos palacios.

Sin embargo, le revelaron toda la verdad, explicándole que se habían embarcado en una búsqueda para encontrar a sus hermanas y que no podían detenerse ni regresar a casa hasta encontrarlas. Al oír esto, el rey les regaló a los dos hermanos dos burros cargados de monedas de oro y los envió de viaje, mientras que él se quedó con el menor como yerno. Así, el príncipe vivió en prosperidad con la bella princesa. Sin embargo, al pasar el tiempo sin noticias de sus hermanos, se vio constantemente preocupado por sus hermanas perdidas y sintió la necesidad imperiosa de buscarlas. Aunque le dolía el corazón pensar en abandonar a su amada princesa, el rey le había prohibido embarcarse en tal búsqueda, dejándolo sumido en la añoranza de sus hermanas.

Un fatídico día, el rey partió de caza y se dirigió a su yerno:

– Si no deseas acompañarme en la caza, puedes quedarte en el palacio, y aquí te he confiado nueve llaves. Estas llaves abren nueve aposentos reales, donde yace un gran tesoro. En ellos encontrarás

plata y oro, armas finas y numerosos otros objetos de valor. Se te permite abrir ocho cámaras, pero te imploro que no te atrevas a forzar la novena, ¡pues si lo haces, te sobrevendrá la calamidad!

Dicho esto, el rey partió con su séquito, dejando atrás a su yerno. En cuanto el rey partió, el príncipe abrió con entusiasmo cámara tras cámara, deleitándose con los tesoros que contenía cada una. Sin embargo, al llegar a la puerta de la novena, reflexionó: “He presenciado muchas maravillas; ¿cómo no voy a abrir esta cámara?”. Y, con eso, giró la llave y abrió también esa puerta.

Al entrar, ¡había mucho que contemplar! En la habitación yacía un hombre corpulento, encadenado hasta las rodillas con hierros y con ambos brazos atados hasta los codos. En cada una de las cuatro esquinas había un poste, y en cada poste se vertía una pesada cadena de hierro. Los extremos de las cadenas estaban sujetos al cuello del hombre. Estaba tan fuertemente atado que no podía moverse en absoluto. Ante él había un caño dorado del que manaba agua, derramándose en un abrevadero dorado. Cerca, sobre un trípode de plata, había una copa adornada con piedras preciosas. El hombre quiso beber, pero no pudo alcanzarla. Al ver todo esto, el príncipe se tambaleó y retrocedió un paso, cuando el hombre encadenado habló:

– ¡Ven aquí, no temas, te lo juro por Dios!

El príncipe se acercó, y el hombre encadenado habló:

– Te suplico que me concedas este don y entregues esta copa de agua a un alma sedienta. ¡Y en verdad, recibirás otra vida como regalo por tu bondad!

El príncipe pensó: “¿Qué podría ser mejor que recibir otra vida?”. Así que tomó la copa, la llenó hasta el borde y la inclinó para verterla en la boca del hombre para que pudiera beber.

– ¿Cómo te llaman? – le preguntó al hombre encadenado.

– Baš-Čelik es mi nombre.

– ¡Qué nombre tan extraño para un hombre tan extraño! – dijo el príncipe. Quiso volver a la puerta, pero Baš-Čelik volvió a suplicar:

– ¡Te suplico, por el Todopoderoso, que me concedas otro vaso de agua, pues mi sed aún no se ha saciado, y te concederé otra vida!

El príncipe pensó: “Recibir dos vidas, teniendo ya una, ¡sería un gran milagro!”. Así que llenó el vaso y se lo dio al hombre atado para que bebiera. Hecho esto, se marcharía, pero Baš-Čelik volvió a hablar:

– ¡Oh, héroe, regresa a mí! ¡Habiendo realizado ya dos nobles hazañas, puedes lograr una tercera! ¡Toma este vaso, llénalo y vierte el agua sobre mi cabeza, y te concederé una tercera vida, para que puedas vivir! Al oír esto, el príncipe regresó, tomó la copa una vez más, la llenó de agua y la vertió sobre la cabeza de Baš-Čelik. Mientras el agua le caía sobre la cara, en ese mismo instante, las cadenas de su cuello se rompieron y todo el hierro que lo ataba se desprendió. Saltó como un rayo, extendió sus alas y voló por la ventana, rompiendo las contraventanas. El príncipe solo alcanzó a ver cómo, como un águila poderosa, Baš-Čelik agarró a la bella princesa, que paseaba por el patio, y se la llevó como una nube.

En ese momento, el emperador regresó de la cacería, y en cuanto se apeó del caballo, su yerno se le acercó y le contó todo lo sucedido. El emperador, cada vez más enojado y preocupado, dijo:

– ¿Por qué hiciste tal cosa? ¿No te dije que no abrieras la novena cámara? ¡Mira, ahora estoy sin mi única hija, y Baš-Čelik es libre de nuevo para hacer el mal!

– No te enfades conmigo por ceder a mi curiosidad – respondió el príncipe –. Saldré inmediatamente a buscar a Baš-Čelik y traeré a mi esposa, tu hija, de vuelta a casa.

Al ver su determinación, el emperador comenzó a disuadirlo:

– ¡No vayas bajo ninguna circunstancia! No sabes quién es Baš-Čelik. Puso sitio a mi imperio, y cuando vi que no podía repeler su poder, lo ató con engaños. Quédate aquí, pues te considero mi propio hijo, y reuniré todas las tropas que pueda para derrotarlo y recuperar a mi hija.

Pero el príncipe no hizo caso a las palabras de su suegro. En cambio, tomó algunas monedas de oro, montó a caballo y partió solo al mundo en busca de Baš-Čelik. Tras un largo viaje, llegó a una ciudad. Al entrar, miró a su alrededor, cuando de repente, una muchacha desde una torre lo llamó:

– ¡Eh, viajero, desmonta de tu caballo y ven al patio! Por un ducado, te proporcionaré una habitación para descansar, para que puedas recuperar fuerzas con el sueño.

Cuando el príncipe entró en el patio, se encontró con la muchacha, y al observarla de cerca, reconoció a su hermana mayor. Ella también lo reconoció a él, y se abrazaron, besándose en la cara. Entonces su hermana lo invitó:

– ¡Ven, hermano mío, subamos a la torre! Una vez que llegaron a la torre, comenzaron a conversar animadamente sobre todo lo sucedido. Entonces el príncipe le preguntó a su hermana por el hombre con el que se había casado. Ella respondió:

– Me casé con el rey dragón, y mi esposo es un dragón. Sin embargo, hermano, debo esconderte bien antes de que llegue, pues afirma que haría pedazos a sus cuñados si caen en sus garras. Lo pondré a prueba, y si no te hace daño, le hablaré bien de ti.

Así lo hizo: ocultó a su hermano y a su caballo. Al caer la noche, ¡contemplad al rey dragón! Al irrumpir en el salón, toda la corte se iluminó y resplandeció. Apenas entró, llamó a su esposa:

– Esposa, huele a huesos humanos en nuestras habitaciones. ¿A quién tenemos aquí? ¡Habla de inmediato!

– No hay nadie.

– ¡Eso no puede ser! – tronó.

– Mi señor, permíteme preguntarte algo y decirte la verdad – continuó ella. – ¿Les harías daño a mis hermanos si uno de ellos se encontrara aquí ahora?

– ¡Mataría al mayor y al mediano y los asaría, pero al menor no haría más que tratarlo con bondad!

– Pues bien, mi hermano menor ha llegado, y es tu cuñado.

Al oír esto, el rey dragón gritó:

– ¡Tráelo aquí de inmediato!

La hermana trajo a su hermano, y el rey dragón saltó, extendiendo los brazos para abrazarse:

– ¡Bienvenido, cuñado!

– ¡Qué bueno verte, amado esposo de mi hermana!

– ¿Dónde has estado y qué has estado haciendo?

– ¡Aquí estoy contigo, después de haber viajado por todo el mundo para encontrarte! – Entonces le contó todo de principio a fin.

Al oír adónde se dirigía el joven príncipe, el rey dragón le dijo:

– ¡Por Dios, adónde piensas ir, amigo mío! ¿Buscas a Baš-Čelik para que te devuelva a tu esposa? – y estalló en carcajadas –. Debes saber

que nunca te la devolverá; tendrás que enfrentarte a él en combate. Si lo intentas solo, sin duda perderás la cabeza. Hace apenas dos días, descendió sobre mi reino, y lo esperé con siete mil dragones, pero no pude hacerle ningún daño. Por favor, ahórrate la molestia; te daré todo el oro que desees, ¡así que vete a casa! Sin embargo, el joven príncipe se negó a seguir el consejo del dragón y, al día siguiente, reiteró con firmeza su férrea intención. Cuando el rey dragón vio que no podía disuadirlo de ese desastroso camino, tomó una de sus plumas del ala y se la dio, diciendo:

– Escucha atentamente lo que te digo: aquí está mi pluma; cuando encuentres a Baš-Čelik y te sobrevenga un gran problema, enciéndela. Volaré con mis dragones para ayudarte. El joven príncipe tomó la pluma, se la guardó en el pecho, montó en su caballo y partió. Viajando de nuevo por el mundo, llegó a otra gran ciudad, y al pasar por ella, oyó la voz de una joven desde una torre:

– ¡Eh, viajero! ¡Desmonta de tu caballo y ven al patio! Por un ducado, te daré una habitación para que descanses y recuperes fuerzas durmiendo.

El joven príncipe entró en el patio con su caballo, donde se encontró con su hermana mediana. Al reconocerse, se abrieron los brazos, se besaron y ella condujo a su hermano a la torre. Hablaron largo y tendido de todo, y él le contó cómo había salido al mundo con sus hermanos en busca de sus hermanas, ya que no había tenido noticias suyas. Le contó cómo había salvado un reino de la adversidad y conquistado a la hija del emperador, y cómo se había separado de sus hermanos, contándolo todo en orden. Finalmente, le preguntó:

– ¿Con quién te casaste?

– Me casé con el emperador halcón. Llegará esta noche. Pero debo esconderte bien, porque desea el mal para mis hermanos.

Así pues, ella escondió a su hermano. El emperador halcón no tardó en llegar. Al descender, toda la torre tembló con su presencia. Inmediatamente le prepararon la cena, pero al acercarse a la mesa, le dijo a su esposa:

– ¡Aquí huele a huesos humanos!

– ¡No lo hay, debes estar imaginando cosas!

– ¿Cómo no lo hay? Mi olfato nunca me ha engañado. Ahora dime, mujer, ¿quién es?

– Pero déjame preguntarte algo, esposo mío. ¿Les harías algún daño a mis hermanos si alguno de ellos apareciera aquí?

– Al mayor y al mediano los atormentaría muchísimo, pero al menor no le haría ningún daño; lo recibiría como a un invitado de honor en mi casa y lo colmaría de regalos.

Entonces ella le habló de su hermano menor, y él inmediatamente ordenó que lo trajeran. Al verlo, el emperador se puso de pie de un salto; ambos extendieron los brazos y se besaron en la cara.

– ¡Bienvenido, cuñado!

— ¡Que siempre te encuentre con mejor salud, cuñado! – respondió el príncipe, y enseguida se sentaron a la mesa a cenar.

Después de cenar, el emperador halcón invitó a su cuñado a quedarse con él. Pero cuando el príncipe declaró que debía partir al amanecer, el emperador le preguntó adónde se dirigía. El príncipe le dijo que buscaba a Baš-Čelik y le contó todo lo sucedido. El emperador halcón, preocupado, comenzó a aconsejarlo:

– ¡No sigas adelante a menos que quieras encontrar tu destino! Te hablaré de Baš-Čelik. Hace unos días, voló hasta las mismas fronteras de mi reino, y yo, con cinco mil halcones, lo enfrenté

en batalla. Luchamos ferozmente, y la sangre nos llegaba hasta las rodillas, pero no pudimos hacerle daño; solo lo ahuyentamos de mis dominios. ¿Y pretendías enfrentarte a él solo en combate? Por lo tanto, te aconsejo que regreses a tu hogar. Toma, toma oro y tesoros; ¡llévate todo lo que necesites!

– Te lo agradezco todo, pero no regresaré; – Más bien, continuaré mi búsqueda para encontrar a Baš-Čelik – respondió el príncipe con resolución.

Cuando el emperador halcón vio que no podía disuadir al príncipe, sacó una pluma de su ala y se la ofreció, diciendo:

– Toma esta pluma mía; cuando te encuentres en apuros, enciende una hoguera. Entonces iré a ti con mis halcones para ofrecerte ayuda.

El príncipe tomó la pluma, se la guardó en el pecho, montó en su corcel y siguió adelante. Mientras viajaba por el mundo, llegó a una tercera ciudad. Al entrar, una doncella lo llamó desde un čardak²:

– ¡Desmonta de tu corcel, viajero, y ven al patio! Por un ducado, te concederé una habitación para descansar y dormir con un sueño reparador.

El príncipe desmontó y entró en el patio, donde vio a su hermana menor. Se reconocieron, se extendieron los brazos y se abrazaron cálidamente. Luego condujo a su hermano a la torre. Tras compartir sus historias, el hermano preguntó:

– ¿Con quién te has casado, querida hermana? ¿Quién es tu esposo?

² Čardak es una construcción de madera característica de los Balcanes, de origen turco. Tiene una planta baja fortificada, mientras que los pisos superiores son de madera. Servía como vivienda y también como fortificación (comentario editorial).

– Mi esposo es el señor de las águilas; con él me he casado. Sin embargo, guarda rencor a mis hermanos, y por eso debo ocultarte.

Cuando el emperador regresó a casa esa noche, su esposa lo recibió, y él preguntó:

– ¿Quién de entre los mortales ha entrado en nuestros salones?
¡Habla!

– ¡No hay nadie!

– ¡No, percibo el olor de un hombre!

Mientras se sentaban a la mesa del banquete, su esposa se atrevió a preguntar:

– Por favor, mi querido esposo, ¿harías daño a alguno de mis hermanos si aparecieran?

– Tomaría al mayor y al mediano, los elevaría a los cielos y los arrojaría al abismo. Sin embargo, al menor no le haría daño. Lo recibiría con honor, le ofrecería hospitalidad y le serviría bien en todo momento.

– ¡Mira, mi hermano menor, tu cuñado, ha venido a verme!

Entonces el emperador ordenó que trajeran al príncipe ante él. A su llegada, el señor de las águilas lo recibió con cálidos abrazos y dijo:

– ¡Bien encontrado, cuñado!

– ¡Que siempre te encuentre mejor, querido hermano!

Inmediatamente comenzaron su cena vespertina, enfrascados en una animada conversación. El príncipe habló de su búsqueda de Baš-Čelik y del rescate de su esposa, a quien había arrebatado de su hogar. Al oír esto, el señor de las águilas comenzó a disuadir al príncipe, diciendo:

– ¡Huye de esta maldad, mi querido cuñado, y no sigas ese camino! Pues desconoces el poder de Baš-Čelik, una fuerza que ni siquiera los imperios unidos de este mundo pueden vencer. Mejor, quédate aquí conmigo; ¡todo lo que tu corazón desee será tuyo!

Pero el príncipe no le hizo caso. Al día siguiente, al amanecer, se puso de pie ágilmente, se puso su armadura y montó en su corcel. Cuando el señor águila vio que no podía disuadir al príncipe, sacó una pluma de su ala y se la ofreció:

– Toma, cuñado, toma esto. Si te ocurre una gran desgracia, enciende un fuego y prende fuego a esta pluma, ¡y yo iré en tu ayuda con mis águilas!

El príncipe tomó la tercera pluma, la guardó en su pecho y partió. Mientras viajaba a través de montañas desoladas y de pueblo en pueblo, cada vez más lejos, llegó a un profundo barranco. En aquel lugar pedregoso, rodeado de acantilados, solo se oía el eco de los cascos de su corcel. Mientras cabalgaba, llegó a la entrada de una cueva, de la que emergió repentinamente una bella doncella. Reconoció de inmediato a su esposa, y la alegría llenó su corazón al correr hacia ella. Ella también lo reconoció, con el corazón encendido de alegría y asombro, y le dijo:

– ¡Me has encontrado, mi querido esposo! Pero, ¡ay!, corres un gran peligro, ¡pues nadie puede acercarse a mí!

Entonces le contó todo lo sucedido, tomándola de la mano.

– ¡Ahora, esposa mía, huyamos!

Pero ella le respondió:

– ¿Adónde iremos si Baš-Čelik pronto nos persigue? ¡Seguro que te matará y me devolverá a la cueva!

El príncipe, sabiendo que aún le quedaban tres vidas por vivir, fue persuadiendo poco a poco a su esposa para que huyera, y así lo hicieron. Sin embargo, mientras el caballo galopaba, llevándolos del barranco, Baš-Čelik oyó su huida y los alcanzó rápidamente.

– ¡Oh, príncipe! ¿Te atreves a robarme a mi mujer? – exclamó, y lo desmontó de su corcel, diciendo:

– ¡Te perdonaré la vida esta vez, pues sé que te prometí tres vidas! ¡Ahora vete y no vuelvas con ella, no sea que pierdas la cabeza!

Tras pronunciar estas palabras, Baš-Čelik se llevó a su mujer, dejando solo al príncipe. Inseguro de qué hacer, el joven heredero finalmente decidió aventurarse una vez más para rescatar a su amada. Al acercarse a la cueva, aprovechó la oportunidad cuando Baš-Čelik se marchó y trató de llevarse a su querida esposa para huir una vez más. Sin embargo, Baš-Čelik oyó su huida y rápidamente alcanzó al príncipe. Sacando una flecha, gritó:

– ¿Prefieres que te atraviere con esta flecha o que te parta en dos con mi espada?

El príncipe suplicó clemencia, y Baš-Čelik respondió:

– Como te prometí, te concedo una segunda vida; sin embargo, te advierto que no te atrevas a intentar robarme a mi mujer otra vez, ¡porque te mataré en el acto!

Tras declarar esto, Baš-Čelik se llevó a su mujer, dejando al príncipe solo de nuevo para reflexionar sobre cómo podría rescatar a su amada del cautiverio.

Finalmente, se dijo a sí mismo: “¿Por qué debería temer a Baš-Čelik si aún poseo dos vidas, una que él me concedió y otra propia?”. Decidió regresar con su esposa al día siguiente, cuando Baš-Čelik no estuviera en la cueva.

– ¡Vamos, huyamos! – gritó una vez más a su esposa. Ella le imploró por todo lo que es sagrado que no siguiera adelante, pues de nada serviría huir, pues Baš-Čelik seguramente los alcanzaría. Sin embargo, su esposo la persuadió con sus palabras, y al final, partieron de nuevo. Baš-Čelik oyó sus movimientos una vez más y rápidamente los alcanzó, gritando:

– ¡Alto! ¡No te concedo más piedad!

El príncipe, presa del miedo, cayó de rodillas y comenzó a suplicar por su vida. Baš-Čelik hizo una pausa y dijo:

– Sé que te prometí concederte tres vidas, pues me has ofrecido agua tres veces y me has liberado de mis pesadas cadenas. Por lo tanto, cumplo mi palabra y te concedo una tercera vida; más allá de esta, no tienes más. ¡Vuelve a tu hogar y no desperdicies este don que Dios te ha concedido! Al ver que nada podía hacer contra tal poder, el príncipe se desanimó, así que montó en su corcel y abandonó el desfiladero. Sin embargo, sus pensamientos se detenían en cómo podría rescatar a su amada esposa de Baš-Čelik. De repente, las palabras de sus cuñados volvieron a él; cada uno le había otorgado una pluma. Así, decidió: “Volveré por cuarta vez para rescatar a mi querida esposa y llevarla a casa. Y si me acontece algún peligro, encenderé las plumas para llamar a mis cuñados en busca de ayuda”.

Dicho esto, giró su caballo y cabalgó de vuelta a la cueva donde Baš-Čelik mantenía cautiva a su esposa. Oculto, esperó y, al ver de lejos que Baš-Čelik se había marchado, se reveló ante ella. Ella, asombrada y profundamente alarmada, exclamó:

– ¡Cielos! ¿Tanto te disgusta vivir que vuelves una vez más por mí?

La abrazó y le declaró que por su amor, con gusto daría la vida. Para convencerla de que huyera una vez más, le contó cómo sus poderosos

cuñados le habían regalado una pluma de sus alas, prometiéndole acudir en su ayuda si se encontraba en peligro. – Así me animé a volver a por ti una vez más. ¡Ven, huyamos de inmediato! – Y así emprendieron la huida. Pero Baš-Čelik los oyó al instante y gritó desde lejos:

– ¡Alto, príncipe! ¡No has escapado!

Cuando el príncipe vio acercarse a Baš-Čelik, retiró las tres plumas y el pedernal, golpeándolos hasta que una pequeña llama los encendió a los tres. Sin embargo, mientras encendía las plumas, Baš-Čelik lo alcanzó, blandiendo su espada y partiéndolo en dos. ¡En ese preciso instante, he aquí una maravilla! El emperador dragón llegó con sus dragones, el emperador halcón con sus halcones y el emperador águila con sus águilas, y se enzarzaron en una feroz batalla con Baš-Čelik. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, Baš-Čelik agarró a su esposa una vez más y huyó. Entonces los tres emperadores vieron a su cuñado muerto y decidieron intentar devolverle la vida. Convocaron a los tres dragones más veloces y preguntaron cuál de ellos podría traer agua del Jordán con mayor rapidez. El primero declaró:

– Puedo hacerlo en media hora.

El segundo proclamó:

– Puedo lograrlo en un cuarto de hora.

El tercero afirmó:

– Puedo lograrlo en nueve minutos.

Al oír esto, los emperadores gritaron al último dragón:

– ¡Ahora, dragón, apresura tu vuelo!

El dragón extendió sus poderosas alas y desapareció de la vista. De hecho, a los nueve minutos, regresó con una jarra de agua del Jordán. Los emperadores tomaron la jarra y vertieron el agua sobre las heridas del príncipe. En cuanto lo hicieron, las heridas sanaron y el príncipe revivió. Al ver a sus cuñados, se alegró, y ellos comenzaron a aconsejarle:

– ¡Ahora, vete a casa en paz, pues te hemos devuelto la vida!

Pero el príncipe les respondió que se aventuraría una vez más a esa cueva para probar suerte y rescatar a su esposa por cualquier medio necesario de su cautiverio.

– ¡No vayas! Si te vas ahora, seguramente perecerás, pues no te queda otra vida que la que Dios te concede. ¡Ni las aguas del Jordán te resucitarán! – así suplicaron sus cuñados, pero fue en vano; el príncipe no quiso ceder.

– Si estás tan decidido en tu búsqueda, no lles a tu esposa contigo de inmediato. En cambio, pídele que pregunte a Baš-Čelik dónde se esconden su fuerza y poder. Cuando lo sepas, regresa con nosotros y te ayudaremos a conquistar Baš-Čelik juntos. El príncipe hizo caso a sus cuñados y se acercó sigilosamente a la cueva donde vivía su esposa. Le ordenó que preguntara a Baš-Čelik dónde se escondían su fuerza y poder, y luego se ocultó en un matorral cercano. Cuando Baš-Čelik llegó, la mujer comenzó a interrogarlo:

– Dime, noble, ¿dónde residen tu fuerza y poder?

Baš-Čelik respondió:

– ¡En mi espada!

Entonces la mujer comenzó a orar a Dios por su espada. Al ver esto, Baš-Čelik estalló en carcajadas y dijo:

– ¡Oh, mujer insensata! ¡Mi fuerza y poder no residen en mi espada, sino en mi flecha!

Entonces se volvió para orar a Dios por la flecha, mientras Baš-Čelik, aún riendo, comentó:

– ¡Oh, mujer! ¿Tienes algún sabio que te enseñe a comprobar dónde residen mi fuerza y poder? Si no fuera por haberlo matado, supongo que ese príncipe está cerca, guiándote en tus indagaciones.

Ella juró que nadie le estaba enseñando, porque no había nadie que lo hiciera. Después de varios días, el príncipe regresó sigilosamente a su lado, y ella le dijo que aún no había podido averiguar de Baš-Čelik dónde se escondían su fuerza y poder.

– ¡Intenta hacerlo una vez más! – la instó, y luego se marchó.

Cuando Baš-Čelik llegó, la mujer volvió a plantear la misma pregunta, a la que él respondió:

– Ya que tienes mi fuerza y poder en tan alta estima, te revelaré la verdad de su escondite. Lejos, al este, se encuentra una alta montaña, fácilmente reconocible por sus tres picos afilados de igual altura. En esa montaña habita un zorro negro, en cuyo corazón reside un pájaro. En ese pájaro reside toda mi fuerza y poder. Sin embargo, nadie puede capturar a ese zorro, pues se transforma en diversas formas.

Al día siguiente, en cuanto Baš-Čelik partió, el príncipe visitó de nuevo a su esposa para escuchar lo que había averiguado, y ella se lo contó todo. Luego fue directo a ver a sus cuñados, quienes esperaban con ansias su llegada para enterarse de la noticia. De inmediato partieron en busca de la montaña. Al llegar a la montaña de tres picos afilados, soltaron sus águilas para atrapar al zorro negro. Este percibió su presencia y huyó a un lago en medio de la montaña,

transformándose en un pato de seis alas. Sin embargo, los halcones la persiguieron rápidamente y la ahuyentaron de allí. Entonces se elevó hacia las nubes, seguida por los dragones. Al aterrizar, se transformó rápidamente de nuevo en zorro y echó a correr, pero las águilas y el resto del ejército lo esperaban, rodeándolo y capturándolo. Los emperadores ordenaron desmembrar al zorro y extraerle el corazón. Luego, tomaron el corazón, extrajeron el ave y la arrojaron al fuego. Mientras el ave ardía, Baš-Čelik moría.

El príncipe abrazó entonces a su esposa y la acompañó a la morada de su suegro. Allí, el emperador los recibió con gran alegría y preparó una celebración que duró siete días y siete noches, a la que asistieron las hermanas del príncipe y sus esposos. Durante este tiempo, sus hermanos regresaron de un largo viaje para reunirse con él. El príncipe persuadió a sus cuñados para que perdonaran a sus hermanos y los aceptaran como parientes queridos. El emperador les otorgó riquezas, y ellos, llenos de felicidad, partieron a repartirse las tierras de su padre.

El diablo y la mujer malvada

Un campesino tenía una esposa malvada. Era tan malvada que él no podía cambiar nada. Un día, se sintió débil y le dijo a su esposa que no podía comer, a lo que ella respondió:

– ¡Sí, puedes, y si no quieres, mejor que mueras!

Y así, el pobre esposo se vio obligado a cenar contra su voluntad. En cuanto hubo comido, empezó a reflexionar sobre cómo su esposa no le hacía caso y cómo, ante cualquier cosa que le pidiera, ella le hablaba mal por despecho y actuaba contrariamente. Sin embargo, pensó de nuevo: “Esto no es tan malo, porque es bueno para mí. De ahora en adelante, siempre que necesite algo de ella, le diré que no quiero o que no lo necesito, y ella hará lo contrario; así, me irá mejor con ella”. Tras recuperar las fuerzas, se dispuso a trabajar sus tierras y, al partir, le dijo a su esposa:

– No me traigas mi almuerzo.

A lo que ella respondió:

– ¡Claro que sí, aunque mueras!

“Mira mi fortuna”, pensó el campesino, “así te hablaré de ahora en adelante”, y siguió su camino a labrar la tierra.

Cerca de la finca, justo en el camino que conducía a ella, había un hoyo profundo oculto por arbustos bajos. Temía que su esposa

cayera en él mientras le traía el almuerzo, así que tomó una podadera y cortó las ramas que lo cubrían. Cuando llegó la hora del almuerzo, vio a su esposa acercarse. Con la provisión sobre la cabeza, no podía ver dónde pisaba, y él temió que no viera el hoyo que tenía delante. Así que la llamó:

– ¡Por ahí no, esposa! ¡No caigas en el hoyo!

Ella respondió de inmediato:

– ¡Claro que sí, aunque mueras! Así, ella, junto con toda la comida, ¡cayó al pozo! En ese momento desesperado, el campesino corrió a las casas más cercanas en busca de cuerdas, y tras encontrar una larga en cierta casa, corrió de vuelta para intentar sacar a su esposa, si es que aún estaba viva. Gritó, pero nadie respondió, así que bajó la cuerda. Apenas lo hizo, algo se aferró a ella y comenzó a tirar. Cuando estaba a punto de levantar la cuerda, tuvo un espectáculo digno de contemplar: en lugar de su esposa, ¡había sacado algo con cuernos, cola y cubierto de sangre!

– ¿Quién eres? – preguntó el campesino.

– ¡Soy el mismísimo Diablo! Pero te suplico como hermano de nacimiento, ya que casi me has sacado y me has salvado del tormento, que no me temas y no me arrojes de vuelta al suelo. A cambio, por el bien que me has hecho, te daré una hierba que te permitirá curar a los poseídos. Hay muchas almas poseídas, ¡y te enriquecerás fácilmente!

Atraído por la promesa de riqueza, el campesino sacó al diablo y luego intentó bajar la cuerda de nuevo para su esposa.

– No, mi buen hermano – le rogó el Diablo –, no la saques, porque en cuanto me vea, ¡seguro que me matará! ¡Ay, éramos solo un grupo diabólico, sentados alrededor del fuego para cenar, cuando

ella cayó sobre nosotros como un trueno del cielo! Y no se quedó quieta, sino que agarró un leño ardiente del fuego y nos atacó. ¡Nos mató a todos, y solo yo quedé con vida!

El Diablo, como son los demonios, persuadió al hombre a su voluntad y se fue. El campesino dejó a su malvada esposa en el pozo y regresó a su morada. Así, al curar a los poseídos, pronto se hizo muy famoso. Y su riqueza creció tanto que se compró una gran propiedad.

Un día, el emperador también enloqueció. La noticia del hábil curandero llegó a la corte real, y enviaron un mensajero para llamar al campesino, rogándole que fuera a curar al emperador. A través del mensajero, le advirtieron además que si el emperador se curaba rápidamente, recibiría una generosa recompensa; pero si se negaba a ir, los hombres del emperador lo atraparían y lo encerrarían en la mazmorra. Sin demora, el campesino partió, y a mitad de camino, se encontró con el Diablo.

– ¿Adónde vas? – preguntó su diabólico pariente.

– Voy a curar al emperador.

– ¡Te digo que no irás allí, porque no debes!

– ¿Y por qué?

– ¡Porque he vuelto loco al emperador, y si continuas, te volveré loco a ti también!

Así habló el Diablo y se fue.

El campesino se sentó junto al camino, reflexionando: “Si voy ante el emperador, el Diablo también me volverá loco, y si no voy, ¡sus hombres me encerrarán en la mazmorra para acabar allí mis días!”. Finalmente, decidió proceder y curar al emperador. Al llegar

al palacio, lo condujeron a la puerta de la cámara del emperador, donde pidió que le trajeran cadenas. Una vez entregadas, se acercó y abrió la pequeña puerta, luego hizo sonar las cadenas y gritó con todas sus fuerzas:

– ¡Huye, hermano mío, que he sacado a mi esposa del pozo!

Cuando el Diablo escuchó lo que su hermano en la maldad proclamaba, se apoderó de él y se transformó en un viento fétido, huyendo a los confines del mundo. El campesino curó entonces al emperador con la hierba, y este lo recompensó generosamente.

La Chica Pájaro

Había una vez un rey que sólo tenía un hijo. Cuando llegó el momento de casarse, el rey lo envió al mundo en busca de una doncella. El hijo del rey partió y, tras vagar por todo el mundo, no encontró ninguna doncella de su agrado. Finalmente, tras muchos años infructuosos y grandes sumas malgastadas, llegó a la amarga conclusión de que su búsqueda era en vano. Descorazonado, decidió quitarse la vida, pues no podía concebir una vida sin amor. Reflexionando sobre la mejor manera de lograrlo, ascendió a una alta colina, con la intención de arrojarle desde la cima para que no quedaran ni sus huesos. Al llegar a la cima de la colina, trepó a una gran losa de piedra que yacía al borde del acantilado, y justo cuando estaba a punto de lanzarse, oyó una voz que le decía:

– ¡No, hombre, por los trescientos sesenta y cinco días que tiene un año!

El joven heredero se detuvo y, al no ver a nadie, preguntó:

– ¿Quién me habla? ¡Muéstrate, y cuando hayas escuchado mis penas, no me impedirás terminar con mi miserable vida!

Entonces se le apareció un anciano, blanco como una oveja, y le dijo así:

– Conozco bien la carga que te aflige, pero escúchame: ¿ves esa alta montaña allá? – Y, dicho esto, señaló con el dedo.

– La veo – dijo el joven.

– Bien – dijo el anciano. – En la cima de esa montaña, se sienta una anciana, con el cabello todo dorado, y día y noche permanece en ese mismo lugar, sosteniendo un pájaro entre los pliegues de su túnica. ¡Quien logre atrapar ese pájaro será el hombre más feliz del mundo!

– No hay felicidad para mí, anciano, hablas en vano.

– ¿Y por qué no intentarlo? Deja a un lado por un momento tus intenciones y escucha mi consejo.

– Muy bien, dime qué debo hacer – respondió el príncipe, aunque a regañadientes.

– Cuando la alcances, si la fuerza te es favorable, debes agarrar a la anciana por su cabello dorado antes de que su mirada se pose sobre ti. Si sus ojos se encuentran con los tuyos primero, antes de que la agarres por ese cabello, te convertirás en piedra en ese mismo lugar y en ese mismo instante, tal como les ocurrió a todos los jóvenes que verás allí: ¡congelados de rodillas, como tallados en el mismo mármol!

– ¿Y qué haré entonces? – preguntó el príncipe al anciano, diciéndose a sí mismo: “No me importa; ¿por qué no me aventuraría? Si logro agarrarla por ese pelo, quizás la buena fortuna me acompañe. Pero si no, ¡ya había decidido entregar el alma!”.

– ¡Entonces pídele que te dé el pájaro, y tomándolo, bésalo! – con estas palabras, el anciano desapareció.

El príncipe, desconcertado por esto, se dirigió hacia la otra colina. Sin embargo, no encontró ningún sendero, pues estaba completamente cubierta de espinas. Desenvainó su espada y comenzó a abrirse paso. Al acercarse a la cima, vio a la anciana de cabello dorado sentada en un valle, sosteniendo el pájaro en su regazo. Silenciosamente, se acercó

sigilosamente por detrás, y por fortuna, ella no lo oyó, pues estaba tomando el sol, jugando con el pájaro y haciéndole cosquillas. El príncipe saltó hacia adelante y agarró a la anciana por el pelo. Ella lanzó un fuerte grito, haciendo temblar toda la colina como si la sacudiera un temblor de tierra, pero el hijo del rey la agarró con fuerza y no la soltó.

Entonces la anciana le dijo:

– ¿Qué quieres de mí, joven?

El príncipe respondió:

– ¡Exijo que me des el pájaro de tu regazo y devuelvas la vida a todas estas almas cristianas, o te arrancaré la cabeza de los hombros ahora mismo!

Cediendo, ella consintió, le entregó el pájaro y luego liberó un viento azul de sus labios, que recorrió las figuras de piedra de aquellos hombres. En un instante, todos volvieron a la vida y comenzaron a regocijarse en su nueva existencia.

Sin soltar el cabello dorado de la anciana, el hijo del rey agarró el pájaro, que pió tan dulcemente en su mano que sintió la tentación de besarlo. Al hacerlo, el pájaro se transformó en la más bella doncella. Era una doncella única en el mundo por su belleza, a quien la anciana había hechizado y convertido en pájaro. Este pájaro piaba en el regazo de la anciana, y su canto resonaba por doquier, cautivando a los jóvenes que la buscaban. Cuando el hijo del rey vio a la doncella y ella a él, un amor feroz se encendió en sus corazones. La anciana vio que estaba derrotada y dijo:

– ¡Tómala y que la fortuna te favorezca, pues posees un corazón valiente! Me has vencido valientemente y te has ganado a la doncella

más hermosa del mundo. Toma, toma esta vara; si te sucede algo, golpea la piedra con ella.

Y así, la anciana de cabellos dorados permaneció sentada en la colina, mientras el príncipe tomó a la doncella de la mano, junto con la vara, y se dirigió a su casa. Durante su viaje, llegaron a la orilla de un caudaloso río, cuyas aguas no se cruzaban por ningún puente ni se podía vadear. Tocó la piedra junto al río con la vara, y en ese instante, el agua se dividió y cesó su flujo, permitiéndoles a ambos cruzar el lecho seco. Siguiendo adelante, se toparon con una gran manada de lobos, que los rodeó y se abalanzó para desgarrarlos. El príncipe agarró la vara y la blandió para golpear a quienes atacaban, y cada uno que la vara tocaba se convertía en un hormiguero. Tras soportar algunas pruebas más, que superaron fácilmente, ambos llegaron a casa sanos y salvos y se casaron.

El príncipe Jovan

Había una vez un emperador que tenía una esposa malvada y vil. Despreciaba tanto al emperador como a toda la nobleza. Tenían un hijo, Jovan, que acababa de alcanzar la mayoría de edad y dominaba todas las habilidades caballerescas. Dondequiera que el emperador iba, llevaba a su hijo consigo. Pero la emperatriz, siempre de mal humor y enfadada con todos, un día estalló en furia contra su marido por llevar a su hijo a todas partes, tanto que finalmente agotó al emperador, y le dijo:

– ¡Toma todo el tesoro que desees y ve adonde quieras, con tal de que mis ojos no te vean más!

Cuando la emperatriz vio que su tiempo en la corte llegaba a su fin, se sintió inquieta. Insegura de su futuro, comenzó a implorar a su hijo que la acompañara, diciendo:

– Cuando me despida de la corte, el emperador seguramente se casará de nuevo, y una madrastra no es una verdadera madre; Ella te difamará ante tu padre, quien seguramente apreciará a su descendencia más que a ti. No escatimaré esfuerzos para expulsarte de la corte e incluso podría buscar tu muerte si se presenta la oportunidad, solo para asegurar el reino para su propia descendencia. Por lo tanto, ya que tu padre me ha rechazado, ¡ven conmigo! Reunamos todo el tesoro que podamos llevar y partamos juntos, ¡pero sin que el emperador nos vea!

El príncipe Jovan consideró que así podría ser y siguió el consejo de su madre. Esa noche, preparó sigilosamente dos caballos: para él, tomó el corcel conocido como Cisne, en el que siempre había montado, y para su madre, eligió el mejor de los caballos del emperador. Así, los dos abandonaron sigilosamente la corte en la oscuridad de la noche.

Al amanecer, el emperador se preparaba para ir de caza a las tierras altas. Envío a un sirviente a despertar a su hijo para que se prepararan para partir juntos. El sirviente fue a la habitación, pero el príncipe no estaba, ¡ni la emperatriz en sus aposentos! Regresó y le contó al emperador la noticia, lo que provocó que este lo enviara a averiguar si el cisne del príncipe seguía en el establo. El sirviente fue, informando a su regreso que no se encontraba ni al cisne ni al príncipe. El emperador se dio cuenta entonces de que su hijo se había ido con su madre, y se preocupó, enviando inmediatamente sirvientes por todas partes a buscarlos, pidiendo:

– Si los encuentran, que la emperatriz vuelva a casa; ¡no le haré ningún daño!

Los sirvientes apresuraron su búsqueda, pero no los encontraron por ninguna parte.

La emperatriz y su hijo vagaron por el mundo de un lado a otro, sin encontrar un lugar donde descansar. Un día, se encontraron en un desierto desolado donde no vieron a nadie durante varios días. La escarcha había arreciado, y ellos, helados y cansados por la larga cabalgata, divisaron el humo que salía de una cueva. Creyendo que quizás alguien se calentaba junto al fuego, decidieron acercarse y buscar también calor. Al llegar a la entrada, les impactó una visión aterradora: en la cueva, alrededor de una gran hoguera, estaba sentado un grupo de gigantes. La emperatriz y su hijo hicieron

girar a sus caballos para huir, pero los gigantes, siempre atentos, los detectaron de inmediato, y el más grande de todos exclamó:

– ¡Mirad, hermanos míos, un premio fácil ha llegado a nuestra puerta! ¡Agarradlos para que podamos prepararlos para nuestro festín!

Los gigantes tomaron sus lanzas y cargaron hacia adelante, pero Jovan, el joven heredero, al ver que solo entendían de fuerza bruta, desenvainó su espada e instó al Cisne a que se abriera paso entre ellos, abatiendo a todos. Solo su líder logró evadirlo, deslizándose dentro de la cueva y ocultándose en una grieta, mientras el príncipe y su madre entraban y se calentaban junto al fuego. Estaban hambrientos, pero no tenían nada que comer, así que Jovan le dijo a su madre:

– ¡Quédate aquí y caliéntate, mientras voy a pescar algo! – Y así tomó su arco y su carcaj lleno de flechas, montó el Cisne y cabalgó hacia las montañas. Al adentrarse en el bosque, pronto vio y atrapó rápidamente una codorniz, que llevó a la cueva. Allí la asaron y disfrutaron de un festín, y luego decidieron quedarse a pasar la noche. Al llegar la mañana y ver que la tormenta no daba señales de amainar, decidieron quedarse un rato más, y Jovan partió de nuevo a cazar. En cuanto se fue, la emperatriz se encontró cara a cara con el señor de los gigantes, quien la saludó con un buen día. Ella le devolvió el saludo y lo miró de pies a cabeza. Al notar que era robusto y fuerte, no sintió miedo, sino que lo encontró atractivo y le dijo:

– ¡Eres un verdadero héroe! ¡Ven, cortejémonos! El gigante, desconcertado por su propuesta, respondió:

– ¡Lo haría con mucho gusto, pero no debo ofender a tu compañero!

La emperatriz le reveló entonces al gigante que el joven era su hijo y que se había ido a las montañas a cazar. El gigante respondió:

– Si quisieras ser mi esposa, ¿me entregarías a tu hijo para que lo matara y te permitiera quedarte aquí para que podamos cortejarnos para siempre? Soy el señor de los gigantes; ¡poseo todo lo que el mundo ofrece!

La emperatriz escuchó atentamente esta tentadora oferta y prometió traicionar a su hijo. Entonces el gigante le dio instrucciones:

– Cuando tu hijo regrese, haz que juegue con él y apueste a que el que pierda deberá atar las manos del ganador. Si ganas, hay una cuerda allí; ¡átalo bien! Una vez hecho esto, ¡llámame para que pueda matarlo!

Y le prometió que haría lo que le ordenara. Cuando el príncipe Jovan regresó de la cacería, trayendo dos codornices, que asaron y disfrutaron, la emperatriz dijo:

– Hijo, estamos aquí angustiados y abatidos. ¡Juguemos al juego de los anillos; quien gane deberá atar las manos del otro!

– ¡Ven, madre, juguemos para animarnos!

Así, comenzaron a jugar al juego de los anillos. El príncipe pudo haber vencido a su madre, pero prefirió complacerla y dejarla ganar. Entonces ella tomó la cuerda y le ató las manos desde los codos hasta la punta de los dedos:

– ¡Ahora, hijo, tira de tus brazos para ver si realmente eres tan fuerte como dices!

Jovan río y tiró de un lado a otro: ¡la cuerda se rompió en siete pedazos!

– ¡Bendita sea yo, porque tengo un hijo fuerte!

Cuando por la mañana, Jovan partió de nuevo a cazar, el gigante visitó a la emperatriz y ella le contó con qué facilidad su hijo había

roto la cuerda. El gigante le ordenó entonces que fingiera estar enferma y le dijera: “Hijo, si tan solo pudiera tomar una manzana del haya, ¡me recuperaría fácilmente!”.

– Y dile que has oído que hay un lago en la cima de esa montaña, y junto a ese lago crece un haya que da manzanas. ¡Pero no menciones que una serpiente de tres cabezas guarda ese árbol y que nadie que haya ido a recoger esas manzanas ha regresado jamás! Así, tras aconsejarla, el gigante se escabulló de la cueva. El príncipe Jovan regresó de la cacería con tres codornices y diciendo:

– ¡Aquí tienes, madre, comida abundante!

– ¡Bendita sea, hijo mío, por tenerte! Sin embargo, me siento bastante mal; ¡parece que estoy al borde de la muerte! Mientras dormitaba, un hombre apareció en mi sueño y me dijo: “¡Si tan solo tuvieras una manzana de haya, te recuperarías al instante!”.

También me dijo que en la cima de esa montaña hay un lago junto al cual crece una haya que da manzanas, ¡y que estas manzanas fueron creadas por Dios mismo como remedio!

El príncipe se llenó de tristeza por su madre; se le llenaron los ojos de lágrimas y montó a caballo, rumbo a la cima de esa montaña. Al llegar a la cima, encontró un lago y una haya a su lado, adornada con grandes manzanas rosadas, tan deliciosas que era difícil apartar la mirada. Ató su caballo bajo el árbol y recogió una bolsa llena de las mejores frutas. Justo cuando estaba a punto de irse, una serpiente de tres cabezas lo vio y se abalanzó para atraparlo entre sus fauces. Al verlo, el príncipe arrojó su lanza y golpeó a la horrible serpiente en el cuello. Apuntó tan bien que la mitad de la lanza se hundió en el suelo. Entonces desenvainó su espada, les cortó las cabezas y las empaló en la lanza antes de llevárselas de vuelta a la cueva. Cuando las arrojó ante su madre, esta jadeó de miedo y dijo:

– ¿Qué es eso, hijo mío?

– ¡Aquí, madre, están las tres cabezas de una serpiente gigante que intentó devorarme bajo ese haya!

– ¡Bendita sea yo, hijo mío, porque no sabía nada del campeón que había parido!

El príncipe le dio una manzana del haya, y ella la comió, declarando que estaba curada. Entonces lo abrazó, acariciándolo con ternura:

– Dime, hijo mío, ya que eres tan fuerte, ¿podrías sujetar una cuerda con las manos atadas?

– ¡No hay cuerda que no pueda romper, pero no sé si podría soportar una cuerda de arco!

– ¡Pues aquí tienes una cuerda de arco; veamos si puedes!

– ¡Vamos, madre!

Tomó la cuerda del arco y la tensó alrededor de los brazos de su hijo desde los codos hasta la punta de los dedos. Jovan forcejeó contra la cuerda, pero no pudo soltarse. Tensó los músculos, pero con cada esfuerzo, la sangre manaba de las yemas de sus dedos. Finalmente, se desplomó y jadeó, diciendo:

– ¡No puedo, madre; me faltan fuerzas!

– ¡Tira de nuevo; casi estás libre!

– ¡No puedo; suéltame!

Cuando vio que no podía romper la cuerda del arco, la emperatriz gritó:

– ¿Dónde estás, señor de todos los gigantes? El gigante irrumpió con la espada desenvainada, con la intención de abatir al príncipe, pero la madre dijo:

– ¡No lo maten; ¡en lugar de eso, sáquenle los ojos y pónganlo sobre su corcel! ¡Llévenselo y arrójenlo a un pozo!

El gigante le arrancó los ojos a Jovan y lo puso sobre Cisne, luego se lo llevó y lo arrojó a un pozo cerca del camino. El caballo no le servía de nada, así que lo dejó junto al pozo y fue a la cueva de la emperatriz. Como si estuviera atado allí, Cisne se negó a moverse del pozo, sacudiendo la cabeza y pateando el suelo. Unos mercaderes pasaron por el camino y vieron al caballo allí parado. Uno de ellos se detuvo a inspeccionar si había alguien abajo. Al llegar al borde del pozo, oyó una voz que llamaba desde dentro y llamó a los demás. Los mercaderes se acercaron, y uno dijo:

– ¡Átenme con una cuerda y bájenme para que pueda ver si hay alguien abajo!

Desataron las cuerdas de sus alforjas y las trenzaron, sujetando al hombre por la cintura antes de bajarlo. Allí encontró al joven, lo ató bien, y los demás subieron juntos al mercader y al príncipe. Al ver que le habían sacado los ojos al muchacho, le preguntaron quién era, de dónde venía y quién se los había quitado. Él se lo contó todo: quién era, de quién era heredero y cómo había sucedido todo.

– ¿Y qué haremos contigo ahora?

– Si hay un manantial cerca, llévenme y bájenme allí; ¡deberían tomar el caballo y conservarlo como suyo!

Los mercaderes lo montaron y lo llevaron hasta un manantial, donde lo sentaron bajo un sauce. Quisieron llevarse el caballo, pero Cisne se negó a ceder un ápice, así que desistieron y lo dejaron allí. Así, el príncipe Jovan pasó la noche junto al manantial.

Alrededor de la medianoche, las hadas acudieron al manantial para beber y lavarse, y allí encontraron al príncipe bajo el sauce.

Al acercarse, notaron que le habían arrancado los ojos. El príncipe Jovan sintió a alguien cerca y gritó:

– ¿Quiénes son ustedes que oigo a mi alrededor?

– Somos hadas del bosque. Hemos venido a beber agua y a lavarnos. Pero ¿quiénes son ustedes y de dónde vienen?

Les contó con todo detalle quién era y de dónde venía, hasta cómo perdió los ojos en la caverna. Cuando las hadas lo comprendieron, se compadecieron de él y comenzaron a conversar entre ellas:

– ¿Podríamos fabricarle unos ojos? Jovan oyó su conversación y les dijo: “Miren, mi madre los envolvió en un pañuelo y los metió en mi bolsillo”. Sacó el pequeño bulto y se lo ofreció. Las hadas le colocaron los ojos en las cuencas y los llenaron de leche. Al amanecer, estaban tan sanos como antes. El príncipe Jovan permaneció allí todo el día y, antes de que cayera la noche, partió hacia la cueva donde se alojaban su madre y el gigante. Al llegar, gritó:

– ¡Madre, ¿dónde estás? ¡Tu hijo ha venido de visita!

Al oír su voz, los dos se llenaron de miedo. El gigante intentó huir, pero el príncipe no se lo permitió; lo alcanzó y le asestó un golpe fatal. Luego agarró a su madre, le ató las manos y los pies, y allí pasaron la noche. Al amanecer, montó en su caballo. Cargó a su madre detrás de él, sujetándola por la cintura, y partió hacia su patria. Cuando los mercaderes llegaron al reino de su padre, fueron a ver al Emperador y le contaron cómo habían encontrado a su hijo sin ojos en un pozo y cómo lo habían rescatado, compartiendo todo lo que les había contado. El emperador no les creyó hasta que le describieron a Cisne y cómo se había negado a dejar atrás a Jovan. Solo entonces el Emperador se convenció de la verdad y quedó tan abrumado por la tristeza que casi perdió la razón.

La primera noche, el emperador no pudo dormir de la pena hasta el amanecer, cuando un hombre se le acercó en sueños y le dijo: “¡Despierta, emperador, ahí tienes a tu hijo!”. Se levantó de un salto, pero al darse cuenta de que había sido un sueño, derramó lágrimas y suspiró profundamente. Aun así, se acercó a la ventana y contempló una visión maravillosa: ¡el príncipe Jovan cabalgando sobre el cisne, con su madre detrás! El emperador estaba rebosante de alegría; Salió al encuentro de su hijo, lo abrazó y lo besó, lo tomó de la mano y lo condujo al palacio, mientras sus sirvientes llevaban a la emperatriz a otra casa. El emperador entonces ordenó una celebración y proclamó por todo el reino el regreso de su hijo.

Después de que el príncipe Jovan descansara un rato, se sentó con su padre, quien le contó cómo había pasado días desdichados sin él y cómo no había salido de caza desde entonces. Le contó todo, hasta el momento en que los mercaderes le dieron la noticia. Cuando el príncipe Jovan se enteró de que su padre lo sabía todo, no pudo contenerse ante la idea de traicionar a su madre, y en cambio declaró que lo que el emperador había oído de los mercaderes no era cierto:

– Mira, te miro con ojos más sanos. ¿Y cómo podría una madre quitarle los ojos a su hijo? ¡Seguro que daría los suyos primero!

El rostro del emperador se ensombreció, e inmediatamente ordenó que trajeran a los mercaderes, que aún estaban en su ciudad.

– ¿Por qué me mentiste y me ofendiste al decir que habías encontrado a mi hijo en una fosa y que su madre le había sacado los ojos, y sin embargo aquí está, de regreso con su madre, sano y feliz?

Juraron que lo que habían dicho era cierto, pero no les sirvió de nada.

– ¡Merecen la horca! ¡Guardias, llévenlos al calabozo!

Y ordenó que se construyera la horca y que todos esos mercaderes fueran ahorcados para la mañana siguiente.

Cuando el príncipe Jovan vio que su padre estaba decidido a quitarles la vida a estos hombres, comenzó a reflexionar: “Sería una verdadera vergüenza no decir la verdad y dejar que el emperador ahorcara a quienes me rescataron!” Fue ante el emperador y juró que estos hombres eran honestos, que solo habían dicho la verdad, y luego le contó todo lo sucedido. Cuando el emperador comprendió, se disgustó con su progenie por haber ocultado la verdad. Llevó a los mercaderes a la corte, los recibió cálidamente y les regaló a cada uno un tesoro, de modo que se marcharon llenos de alegría. Luego le preguntó a su hijo:

– ¿Qué harás con tu malvada madre? ¿Qué castigo le impondrás por sus fechorías?

El príncipe Jovan no pudo contenerse y lloró ante su padre, pues aún sentía lástima por su madre, a pesar de que le había causado un gran sufrimiento, y dijo:

– ¡No puedo juzgar a mi madre; haz con ella lo que creas justo! – y se retiró para no presenciar su destino. El emperador ordenó a los guardias que metieran a la emperatriz en un barril y la arrojaran por el acantilado al mar.

La flauta mágica y la hija del rey

Había una vez un hombre rico que tenía un hijo único, al que llamó Dobraš¹, pues era un niño de carácter bondadoso. Cuando el niño creció, su padre lo envió a estudiar, y aprendió muchas artes y ciencias, mucho más que la mayoría. Después, su padre le dio mil ducados y lo invitó a emprender un viaje por el mundo. Así, Dobraš viajó por todas partes, y después de dos o tres años, decidió regresar a casa. Mientras caminaba por un sendero que cruzaba una gran montaña, se encontró con un anciano. El hombre era jorobado y su larga barba blanca le caía por el suelo. Cuando el anciano vio a Dobraš, se detuvo y le preguntó si le podía dar una moneda. Dobraš sintió lástima por él, pero solo le quedaba un ducado en la bolsa. Mientras reflexionaba sobre qué hacer, el anciano cayó de rodillas y comenzó a suplicar al Señor:

– ¡Por favor, por el amor de Dios, te lo devolveré con bondad!

Dobraš pensó: “Al anochecer estaré en casa de mi padre y podré darle este último ducado”. Así que le entregó la última moneda. El anciano sonrió y, a cambio, le dio una flauta y una bolsa tejida, diciendo:

– Toma, hijo mío, toma esto como regalo. Esta flauta puede serte útil, porque no es como ninguna otra. Pero no la toques a menos que sea de extrema necesidad.

.....
¹ Dobraš proviene del adjetivo montenegrino “dobar”, que significa bueno y amable.

Dobraš tomó lo que el anciano le había ofrecido y se separaron. Al anochecer, llegó a su casa, donde sus padres lo recibieron con alegría:

– ¡Oh, nuestro querido y amado hijo, bienvenido a casa, nuestra buena fortuna!

Durante la cena, sus padres le preguntaron sobre todos los lugares donde había estado y todo lo que había visto y experimentado. Entonces, su padre dijo:

– ¡Hijo mío, has adquirido conocimientos, has visto mundo, pero ahora es hora de trabajar en casa!

– ¡Con gusto haré lo que me pidas! – respondió Dobraš.

Decidieron que Dobraš probara suerte en la panadería. Le dieron una gran suma de dinero y algunos ayudantes, y comenzó a amasar y hornear todo tipo de pan: galleta, centeno, blanco y negro. La gente acudió en masa, y él vendió todo lo que pudo, pero también dio algo generosamente a quienes no tenían con qué pagar. El pan seguía saliendo, pero el dinero escaseaba cada vez más, y en poco tiempo, arruinó la panadería.

– ¡Esto no servirá! – dijeron su padre y su madre –. Elige otro oficio.

– ¡Muy bien, haré todo tipo de calzado! – respondió.

Así que sus padres le dieron más ducados y le proporcionaron ayudantes. Dobraš abrió una tienda, fabricando todo tipo de zapatos: botas, pantuflas y sandalias. De nuevo, la gente acudió en masa, y una vez más, él dio con gusto, tanto dinero como nada, pues no soportaba ver a los pobres andar descalzos. Así, al poco tiempo, también arruinó este negocio. Cuando sus padres vieron que este negocio también fracasaba, dijeron:

– Hijo mío, esto tampoco servirá. Piensa en qué más podrías intentar.

– Muy bien – dijo, y decidió alquilar una posada y abastecerla con todo lo que los viajeros pudieran necesitar para comer y descansar. Por tercera vez, sus padres le dieron mucho dinero. Su padre le encontró al mejor cocinero y sirvientes, y Dobraš comenzó su trabajo. Rápidamente corrió la voz de que había una posada donde se servían comidas deliciosas, y el negocio prosperó como pudo. Pero una vez más, todo fue en vano: lo daba todo gratis, con la misma facilidad con que recibía dinero, y por tercera vez, arruinó el negocio en un abrir y cerrar de ojos. Entonces su padre y su madre empezaron a hablar entre sí: “Quizás fue en vano que lo enviáramos a grandes escuelas. Ha aprendido oficios y viajado por el mundo, pero no sirve de nada. ¡Si le damos todo lo que tenemos, nos convertirá en mendigos!”. Entonces el padre le dijo a su esposa: “Mañana lo llamarás y le dirás esto: ‘Hijo mío, te enviamos a estudiar y has aprendido muchos oficios. Te enviamos al mundo para que vieras y aprendieras aún más de los demás, ¡y sin embargo has arruinado un negocio tras otro en un instante! ¡Si no puedes hacerlo mejor, entonces déjanos y no regreses hasta que hayas recobrado el juicio!’”.

Cuando su madre llamó a Dobraš ante ella al día siguiente, le contó todo como habían acordado. Dobraš reflexionó y dijo:

– ¡Ay, querida madre, no puedo cambiar de actitud; haré lo que crea correcto! Perdóname el daño que te he causado, pero me aventuraré al mundo una vez más y veré qué me depara la fortuna. Su madre lo perdonó y le dio cien ducados:

– ¡Ve, hijo mío, a buscar tu fortuna; la encontrarás más fácilmente si la persigues por tu cuenta!

Su padre hizo lo mismo, y cuando su hijo respondió de la misma manera, le entregó quinientos ducados:

– ¡Hijo mío, que tu camino sea sencillo y tu viaje afortunado!

Dobraš tomó consigo la flauta y la bolsa que le había dado el anciano jorobado y se lanzó al mundo. Después de viajar dos o tres meses, gastó todo el dinero que le habían dado sus padres. En su angustia, a cien posadas de su hogar, recordó lo que el anciano le había dicho sobre la flauta: tocarla cuando se viera en extrema necesidad. Así que se sentó a la sombra de un roble nudoso junto al camino y tocó la flauta. En cuanto lo hizo, hasta donde alcanzaba la música, todos los seres vivos comenzaron a bailar y cantar. Las bestias saltaron, los árboles agitaron sus ramas y susurraron, aunque no había viento, y los viajeros que pasaban comenzaban a bailar y cantar, maravillados por la fuerza desconocida que los impulsaba a hacerlo. Poco a poco, una gran multitud se reunió alrededor del músico, bailando y cantando. Cuando la música cesó, la gente encantada comenzó a acercarse a él, ofreciéndole monedas: algunas de un grosz², otras de tres, otras de cinco. Así, mientras continuaba su viaje, ganó dinero con la flauta, reunió tantas monedas que no podía contarlas. Cansado de cargar con los sacos de dinero, decidió comprar un gran terreno junto al mar, un lugar bendecido por la belleza de la naturaleza, y allí mandó construir una mansión.

Tras construir la mansión, tan espléndida como cualquier palacio que un emperador envidiaría, permaneció allí un tiempo hasta que comprendió que la mansión por sí sola no da la felicidad a un hombre si no hay gente en ella. Entonces se echó al hombro la bolsa con la flauta y el dinero restante y continuó su camino. Durante días caminó sin rumbo, y finalmente, cansado y hambriento, entró en una ciudad y buscó una posada para refrescarse y pasar la noche.

² Una pequeña moneda de plata.

Cuando se sentó a la mesa, el posadero le trajo la cena y comenzó a comer, pero ¡he aquí que la comida estaba completamente desprovista de sal! Cuando pidió sal, el posadero respondió:

– Viajero de tierras lejanas, no sé qué quieres decir con “sal”. Aquí no tenemos nada de eso.

– ¿Cómo es posible que no tengas nada? La sal es un condimento que se añade a la comida.

– En nuestro reino, nadie ha oído hablar de tal condimento.

– ¿Nunca has oído hablar de la sal, y tu ciudad está junto al mar salado?

– Si esto no te convence, ¡ve a comer a otro lugar donde tengan sal!

Tras cenar sin sal, Dobraš no pudo dormir esa noche, preguntándose cómo la gente podía vivir sin sal. Antes del amanecer, se le ocurrió la idea de buscar una mina de sal y traerla a esta ciudad. Así que compró un barco en el puerto y se adentró en mar abierto.

Mientras navegaba por las vastas aguas en busca de minas de sal, llegó a una isla desierta y vio a dos hombres luchando allí. Desembarcó en la orilla sin ser visto y se acercó para verlos y oírlos mejor. Los jóvenes, impulsados por su fervor, estaban ensangrentados y echando espuma por la boca, mientras que una muchacha estaba junto a ellos, temblando de miedo. De repente, lo vio y empezó a agitar su pañuelo y a gritarle:

– ¡Oh, querido hermano, sálvame!

Dobraš se acercó para intentar separar a los jóvenes, pero al verlo, cargaron contra él. Sacó una pequeña pistola y los asustó:

– ¡Corran, que no los vean mis ojos; si no, ¡los mataré a ambos!

Se dieron la vuelta y huyeron frenéticos hasta desaparecer tras las colinas. En ese momento, la muchacha corrió hacia él y le echó los brazos al cuello:

– ¡Mi salvador!

Los dos se sentaron a hablar, y ella le contó cómo treinta piratas la habían secuestrado y encarcelado. Le explicó cómo una tormenta había naufragado su barco en esa isla desierta, estrellándolo contra las rocas, y cómo, sin escapatoria a la vista, recurrieron a devorarse unos a otros por el hambre hasta que solo quedaron ellos dos, luchando por ver quién se comería a quién.

– ¡El que quedara sin duda me habría comido! – gritó aterrorizada.

La muchacha no le dijo de quién era hija ni de qué tierra provenía, pero en agradecimiento, se quitó un anillo del dedo y se lo regaló. Dobraš la llevó en su barca y, al llegar felices a su finca, abrió las puertas y dijo:

– Toma, querida hermana, todo esto es tuyo y mío. Ahora no tengo a nadie más que a Dios y a ti, así que quédate aquí mientras voy a terminar lo que había planeado. ¡Si la muerte me encuentra en el camino, que todo esto sea tuyo!

Y así se fue a la mar una vez más, viajando día y noche, día y noche, hasta que encontró una rica mina de sal y cargó su barco hasta el borde antes de zarpar hacia la tierra donde nunca habían oído hablar de la sal. Cuando por fin llegó, atracó en el puerto, amarró su barco y entró en la ciudad. Entonces sacó la flauta y comenzó a tocar. Al oír los sonidos de la flauta, todos a su alrededor comenzaron a bailar y cantar. La noticia de esta maravillosa festividad llegó al rey, quien ordenó que trajeran al músico al palacio. Cuando Dobraš se acercó al rey y se inclinó ante él, el rey le preguntó de dónde era y

cómo poseía el poder de hacer bailar y cantar a todos cada vez que tocaba la flauta.

– ¡Dios me ha dado un don! – respondió, sin querer revelar nada.

– ¡Dale esa flauta a mi sirviente; que intente tocarla! – ordenó el rey.

Dobraš le entregó la flauta al sirviente del rey, quien sopló intentando tocarla, pero no se oyó ningún sonido.

– Bueno – dijo el rey –, veo que Dios te ha bendecido. Esta noche, entretendrás a los invitados en mi palacio. ¡Te daré todos los tesoros que desees!

Esa noche, cuando Dobraš fue al palacio, el rey ordenó:

– Primero cenaremos, y después, ¡entretendremos a los invitados con música!

Había varios platos expuestos en la mesa, pero todos sin sal. Entonces, Dobraš sacó de su bolsa el pequeño saquito de sal que había traído, se levantó y comenzó a espolvorear los platos uno por uno. Al hacerlo, los invitados lo miraron con asombro, y el rey gritó a los guardias que lo detuvieran. Los guardias agarraron a Dobraš y lo arrojaron de rodillas ante el rey.

– ¡¿Qué haces, miserable?! ¡Te traje aquí para un festín y nos quieres envenenar!

– ¡No, Su Majestad, ¡ni mucho menos! Solo le puse sal a los platos para que estuvieran más sabrosos.

– ¿Qué has hecho?

– Le he añadido una especia llamada sal.

El rey reflexionó un momento y ordenó a un sirviente que probara el plato salado. El sirviente se acercó con inquietud y, temblando, dio un mordisco. Masticó y masticó mientras todos lo observaban atentamente. Visiblemente satisfecho, tomó otro bocado, y cuando se hizo evidente que no había veneno, el rey le preguntó al sirviente:

– ¿Está rico?

– ¡Claro que sí, Su Alteza, ¡está delicioso!

El rey no pudo resistirse más y probó el condimento, al igual que todos sus invitados. La sorpresa fue general, y todos se apresuraron a comer. Tras saciar su hambre, el rey se palmeó con satisfacción el estómago repleto y le preguntó a Dobraš si podía conseguir ese condimento para compartirlo con todos sus súbditos. Dobraš respondió con entusiasmo que tenía un barco lleno de sal en el puerto. El rey, regocijado, convocó a su consejero principal para anunciar el descubrimiento e instruir al pueblo a sazonar sus alimentos con sal a partir de ese día. Luego, le pidió a Dobraš que tocara la melodía con su flauta para que todos se alegraran. Por la mañana, el rey le regaló un barco lleno de oro y le ordenó regresar con otro barco de sal al cabo de seis meses.

Cuando Dobraš regresó a su mansión, fue recibido con alegría por su hermana, a quien le dijo:

– Mira, querida hermana, ahora poseemos una gran riqueza. Vendí el barco de sal y recibí a cambio un barco de oro de un reino donde no conocían la sal. Dentro de medio año, navegaré allí de nuevo para traer más sal.

La primera noche, mientras estaban sentados en la terraza contemplando las olas, notó una lágrima en el ojo de su hermana y le preguntó:

– ¿Por qué lloras, hermana? – ¡Ah, querido hermano! Me aflige mucho, pues hace tiempo que no veo mi hogar ni a mis padres, y no sé si aún viven. Si busco mi tierra natal, estoy tan perdida que no sé adónde ir primero. Si no puedes ayudarme a regresar a casa, te ruego que consigas hilo de oro y seda para tejer un pañuelo digno de tu regazo.

En casa de un mercader, Dobraš obtuvo el hilo de oro y la seda que necesitaba. Mientras tejía el pañuelo, fue escribiendo en él, poco a poco, la historia de su vida: cómo, como princesa en la corte de sus padres, pasó sus días en felicidad, cómo fue secuestrada del jardín real por piratas, y todo lo que sucedió hasta que se encontró en la isla desolada, de donde la rescató el joven caballero, donde ahora reside como su querida hermana. Cuando, después de medio año, terminó el bordado, justo cuando Dobraš se preparaba para embarcarse, dobló el pañuelo en una caja y se la entregó a su amigo, a quien quería como a un hermano. Dobraš guardó la caja en su bolsillo. Al acercarse la hora de la partida, se despidieron, y él zarpó para llenar su barco con sal de la mina y llevarla de vuelta a ese mismo reino.

Dobraš viajó día y noche, día y noche, hasta llegar al puerto del reino. Amarró allí su barco y entró en la ciudad para alojarse en una posada. Mientras vagaba por las calles, llegó a una plaza donde un hombre yacía muerto en el pavimento. Los transeúntes pasaban junto a él, sin mirarlo. Le preguntó a uno de ellos por qué el muerto yacía en medio de la plaza, sin que nadie lo viera. El hombre le informó de la identidad del difunto, explicando que debía una suma considerable a los ciudadanos. Era costumbre entre ellos que, cuando un deudor falleciera, nadie podía acercarse al lugar donde había encontrado su fin, y mucho menos enterrarlo, hasta que alguien pagara sus deudas. Al oír esto, Dobraš ordenó al pregonero

que proclamara por toda la ciudad: “Quien tenga deudas con este hombre, que venga hoy mismo a tal y tal posada, donde se le pagarán sus deudas”. Al poco tiempo, los acreedores se congregaron en torno a la posada, y Dobraš repartió un ducado a unos, cinco a otros, diez a otros y cincuenta o más a otros, liquidando así todas las deudas de aquel desdichado. Además, concedió cien ducados para su entierro y ordenó al pueblo:

– ¡Llévenlo al cementerio y entiérrenlo como corresponde a cualquier cristiano!

Toda la ciudad se maravilló, al igual que el propio rey, quien pronto se enteró del asunto. Preguntándose quién podría ser este hombre que había pagado una suma tan considerable por el deudor fallecido, ordenó que lo trajeran ante él. Cuando lo presentaron, el rey preguntó:

– ¿Es usted quien ha saldado las deudas de ese deudor fallecido que yacía en la plaza?

– En efecto. ¿No me reconoce, Su Majestad? Soy el mismo que le traje un cargamento de sal el año pasado. Aquí estoy de nuevo, pues he traído otro cargamento, que está en el puerto, como prometimos. Entonces Dobraš tomó su flauta para tocar una melodía, con la esperanza de convencer al rey. Al oír esto, el rey lo reconoció y lo abrazó, alabando la sal, a la que el pueblo se había acostumbrado fácilmente, como si fuera algo bueno. Lo invitó a palacio para comer. Mientras estaban sentados a la mesa con el rey y los nobles, Dobraš recordó el pañuelo de seda que su hermana había bordado con hilo de oro. Sacó la caja de su bolsillo, la abrió y extendió el pañuelo sobre su regazo. El bordado dorado brillaba con fuerza, y el visir del rey, sentado junto a Dobraš, comenzó a leer con curiosidad todo lo que estaba tejido en la tela. Cuando lo hubo leído

todo, comprendió, y tomando el pañuelo del regazo de Dobraš, lo levantó y gritó al rey:

– ¡Buenas noticias, mi señor! ¡Su hija vive! ¡Miren, aquí está, y aquí está la historia de su vida en este pañuelo bordado con oro! Increíblemente, el rey tomó el pañuelo y comenzó a examinarlo él mismo. Mientras leía, la emoción crecía en su interior y exclamó:

– ¡Mi única hija, está viva! ¿Cómo llegó este pañuelo a tu poder?

Dobraš entonces relató todo lo sucedido, cómo había rescatado a la desafortunada doncella de la isla desolada y la había acogido en su mansión como a una hermana, explicando que la había dejado allí al emprender este viaje. El rey lloró de alegría y dijo:

– ¡Querido hijo, esta noticia es más valiosa para mí que la vida misma! Solo la tengo a ella. ¡Si puedes traérmela, te la daré como tu esposa!

Entonces el rey ordenó que el pueblo se alegrara y que se dispararan cañones desde las murallas. Dobraš tomó su flauta y todo lo que respiraba comenzó a bailar y cantar. Esto fue escuchado por el canciller, quien desde hacía tiempo albergaba la intención de apoderarse de la corona real tomando a la hija del rey como esposa, y la envidia se encendió en su interior. Siendo de carácter malvado, decidió difamar al futuro yerno ante el rey, afirmando que nunca regresaría una vez que partiera, y que ni él ni su hija serían vistos jamás. Así, susurró al oído del rey:

– ¡Si crees que tu hija regresará sana y salva a casa, envíame con él para que lo vigile todo!

El rey lo creyó y preparó un barco cargado de oro a cambio de un barco de sal, enviando a su canciller con Dobraš. Zarparon en alta mar y navegaron día y noche, día y noche, hasta que llegaron a la

orilla donde se alzaba la mansión de Dobraš. Cuando su hermana lo vio, extendió los brazos y lo abrazó, diciendo:

– ¡Bienvenido, querido hermano!

– ¡Qué suerte encontrarte, querida hermana! Aquí tienes oro por sal, y te traigo buenas noticias: ¡el rey que me dio oro por sal es tu padre!

Se alegró enormemente con la noticia, y lágrimas de alegría corrieron por su rostro:

– ¡Querido hermano, has encontrado a mi padre y mi patria!

– No fui yo quien hizo esto, sino el pañuelo que bordaste. El rey ha ordenado que te devuelva a tu hogar, así que prepárate para cerrar nuestros salones y que podamos partir. Mira, aquí está el canciller del rey, a quien envió para acompañarnos.

Y pronto, el barco zarpó de nuevo. El canciller del rey, a quien la princesa reconoció al instante, fingió amistad ante Dobraš y habló con él en cubierta, mientras esperaba la oportunidad de quitarle la vida. Mientras viajaban así, acercándose al reino, Dobraš sintió somnolencia y se quedó dormido. Entonces, mientras Dobraš dormía, el canciller lo agarró y lo arrojó al mar. Al ver esto, la princesa gritó, pero el canciller la amenazó con que le sobrevendría algún mal si hacía un ruido. Al llegar al puerto, el rey y su séquito los esperaban, y en cuanto la princesa desembarcó, abrazó a su hija. Luego preguntó por el paradero de su futuro yerno, quien tanta alegría le había traído. El canciller respondió:

– ¿No le dije, Su Majestad, que nunca volvería a ver a su hija si no me hubiera enviado a viajar con él?

La princesa oyó esto, pero no se atrevió a hablar con su padre, temiendo la traición del canciller. El rey, lleno de alegría, abrazó a su

hija una vez más y ordenó que en todo el reino hubiera alegría, que se dispararan los cañones y que todos pudieran acudir libremente durante tres días a festejar en su salón. Además, resolvió casar a su hija con el mismísimo canciller al cuarto día.

Sin embargo, al ser arrojado al mar, Dobraš tuvo la suerte de caer en aguas poco profundas, sobre la hierba marina, evitando así ahogarse. Por la mañana, con la salida del sol, un águila descendió de las nubes, lo agarró con sus garras y lo llevó del mar a la orilla, diciendo:

– ¿Sabes quién soy?

– ¿No eres tú el águila que habla en lenguas humanas?

– Soy el que yacía muerto en la plaza de la ciudad, pero Dios me ha transformado en águila. Cuando no pude compensar a la multitud en vida, ahora te lo compenso a ti, pues has saldado mis deudas y me has asegurado un entierro con honor. Te he librado del mar; ¡ahora vete! El águila se elevó en el aire y desapareció entre las nubes, mientras Dobraš, asombrado por esta maravilla, se dirigía a la ciudad real. A su llegada, se encontró con una gran fiesta y se enteró de que al cuarto día la hija del rey se casaría con aquel funcionario tan infiel. Entonces ideó un plan: se dirigió sigilosamente a la cocina imperial, donde se preparaban los platos para el banquete real, y oculto bajo la mesa, comenzó a escuchar las palabras de los cocineros. Uno de ellos declaró que se había preparado un cuenco de oro con caldo para la princesa, tras lo cual se quitó de la mano el anillo que ella le había regalado y lo dejó caer disimuladamente en el caldo.

Cuando la hija del rey probó el caldo, descubrió en el fondo del cuenco el anillo con su sello, adornado con tres estrellas: el mismo anillo que le había regalado a su hermano, quien la rescató de una

muerte segura. Ella se maravilló y se regocijó, pues era señal de que aún vivía y estaba cerca. Perturbada, lo divisó entre los invitados del rey, pues él también la había mirado. Cuando Dobraš percibió que lo había reconocido, se levantó de la mesa del rey y dijo:

– Su Majestad, ¿puedo acercarme para contarle las pruebas que he soportado?

El rey le concedió permiso, y Dobraš se acercó, haciendo una profunda reverencia. Llevaba consigo una flauta y una cartera, pero nadie lo reconoció, pues su rostro estaba manchado por la sal del mar. En cuanto empezó a hablar, el rey distinguió su identidad, pero no pronunció palabra alguna, prefiriendo seguir escuchando. Dobraš concluyó su relato y dirigió la mirada al canciller del rey:

– ¡Y este mismo canciller, mientras dormitaba, me arrojó al mar desde el barco mientras viajábamos hacia aquí! – exclamó, señalando al canciller –. Mira, aquí está el anillo de oro que me regaló la princesa cuando la rescaté. En él está su sello, marcado con tres estrellas.

Al oír todo esto, el rey ordenó de inmediato que el canciller fuera encerrado en el calabozo y que la fiesta se prolongara tres días más, tras los cuales la princesa y su salvador se casarían. Dobraš, lleno de alegría, consintió en convertirse en el yerno real y volvió a tomar su flauta, haciendo aún más alegre la alegría. Cuando los festejos de la boda llegaron a su fin, tomó a su novia de la mano y juntos abordaron un barco cargado de oro, zarpando a través del mar para sorprender a sus padres en su tierra natal.



FÁBULAS POPULARES MONTENEGRINAS



Pobre de mi, por mi culpa

El bosque decía al bosque:

- ¡Miren, han entrado hombres y nos están talando!
- ¿Qué clase de mangos llevan?
- ¡De hierro! Salvajes.
- ¡Entonces no podrán hacernos daño!

De nuevo el bosque se quejaba al bosque:

- ¡Miren, han entrado hombres y nos están talando!
- ¿Qué clase de mangos llevan?
- ¡Ay, los han hecho de nosotros mismos!
- ¡Desdichado de mí! ¡Por mi misma culpa!

El macho cabrío

Un anciano tenía esposa, dos doncellas y un macho cabrío. Un día, le dijo a una de las muchachas:

– ¡Vamos, niña, ve a cuidar del macho cabrío! Así que la doncella fue a cuidar el macho cabrío. Al anochecer, el anciano le tocó el vientre y le preguntó:

– Cabrito, cabrito, ¿estás lleno ya?

– ¿Cómo voy a estar saciado, abuelo? – respondió el cabrío. – ¡Esa niña tuya se pasó todo el día en el bosque con los pastorcillos, y yo todo el día escarbando raíces bajo la verde sombra del abeto!

El anciano se enfadó y echó a la niña.

A la mañana siguiente, envió a su otra doncella a cuidar el macho cabrío. Al anochecer, le tocó la barriga y le preguntó:

– Cabrito, cabrito, ¿estás llenito?

– ¿Cómo voy a estar saciado, abuelo? ¡Esa niña tuya se sentó en una piedra y no paraba de lamentar a su hermana, mientras yo me pasaba todo el día escarbando raíces bajo la verde sombra del abeto!

El anciano también echó a la otra niña.

A la mañana siguiente, envió a su esposa a cuidar el macho cabrío. Al anochecer, cuando la vieja trajo el macho cabrío a casa, el anciano le agarró la barriga y le preguntó:

– Cabrito, cabrito, ¿estás llenito?

– Abuelo, ¿cómo voy a estar saciado? ¡Tu esposa se sentó en una piedra y no paraba de llorar por sus hijas que se habían ido, y yo me pasé el día entero buscando raíces bajo la verde sombra del abeto!

El anciano cogió el atizador para golpear a la anciana, pero al verlo, ella se quitó el vestido negro y salió corriendo.

Al día siguiente, solo, el anciano fue a cuidar al macho cabrío. Al llegar a casa esa noche, volvió a tocarle la barriga y le preguntó:

– Cabrito, cabrito, ¿estás llenito?

– ¡Cómo voy a estar lleno, abuelo! ¡Te pasaste el día entero rascándote esos pantalones, y yo me pasé el día entero buscando raíces bajo la verde sombra del abeto!

El anciano montó en cólera, agarró al macho cabrío por los cuernos, lo desolló vivo y lo sacó fuera.

El pobre macho cabrío, sin saber adónde ir ni qué hacer, se fue al molino y allí se encerró.

Entonces una zorra llegó al molino a moler su grano, pero al no poder entrar, gritó:

– ¡Abre la puerta, quienquiera que seas!

– ¡Soy el macho cabrío, feroz y salvaje! ¡Mis cuernos son afilados como lanzas de hadas, y te desgarraré como a un polluelo!

La zorra, aterrorizada, echó a correr. Al huir, se topó con el lobo.

– ¿Qué te asusta tanto, zorra, que tiemblas así? – preguntó el lobo.

– Fui al molino, y algo de dentro gritó: “¡Soy el macho cabrío, feroz y salvaje! ¡Mis cuernos son afilados como lanzas de hadas, y te desgarraré como a un polluelo!”. Al oír eso, ¡corrí para salvar mi vida!

– Bueno, ahora iré a ver qué es lo que habla desde el molino.

Entonces el lobo llegó a la puerta y gritó:

– ¡¿Quién anda ahí?!

El macho cabrío respondió:

– ¡Soy yo, el macho cabrío, feroz y salvaje! ¡Mis cuernos son afilados como lanzas de hadas, y te desgarraré como a un polluelo!

El lobo se asustó y huyó. Mientras corría, se encontró con el oso.

– ¿Dónde te has metido, lobo, para estar tan sin aliento?

– Fui al molino, y algo de dentro me gritó: “¡Soy el macho cabrío, feroz y salvaje! ¡Mis cuernos son afilados como lanzas de hadas, y te desgarraré como a un polluelo!” ¡Tenía tanto miedo que salí corriendo!

– ¿Cómo puede ser, lobo, que tú te asustas? Iré a ver quién habla desde el molino.

Pero cuando el oso oyó el grito del macho cabrío, también se asustó y huyó.

Mientras seguía corriendo, se encontró con una abeja.

– ¿Adónde vas, abejita?

– Iba camino al molino.

– ¡No vayas allí, que te morirás! Algo del molino grita: “¡Soy el macho cabrío, feroz y salvaje! ¡Mis cuernos son afilados como lanzas de hadas, y te desgarraré como a un polluelo!”.

Pero la abeja no hizo caso al oso, y cuando se acercó al molino y oyó al macho cabrío, también se asustó y salió volando.

Mientras volaba, se encontró con unas avispas.

– ¿Qué te tiene tan alterada, abeja?

– En el molino, algo grita: “¡Soy el macho cabrío, audaz y astuto! ¡Mis cuernos son afilados como lanzas de hadas, y te desgarraré como a un polluelo!”.

Las avispas estaban asombradas.

– ¡Vamos a ver quién grita desde el molino!

Cuando entraron volando y oyeron la misma respuesta del macho cabrío desollado, no sintieron miedo en absoluto. Se deslizaron a través de las grietas entre los tablones y picaron tan fuerte al pobre macho cabrío que cayó muerto en el acto, y luego abrieron el molino.

Cómo el zorro empezó a volar

Un zorro caminaba por el bosque con un gato. Se encontró con un cerdo, que le preguntó:

- ¿Adónde vas, zorro? – y le dio un golpe en la nuca con la pata.
- ¡Vamos, cerdito, no me vas a pegar! ¡Se lo diré a mi gato, el héroe, y será tu fin!

Y el gato dio vueltas, ronroneó y bailó alrededor del zorro.

El cerdo se asustó y se escondió en una zanja.

El zorro continuó. Pronto se encontró con un lobo, que le preguntó:

- ¿Adónde vas, zorro? – y le dio un golpe en la nuca con la pata.
- ¡Tranquilo, primo lobo! ¡Se lo diré a mi gato, el héroe, y te partirá el cuello en dos!

Y el gato bailó, ronroneó y corrió alrededor del zorro.

El lobo se asustó y se escondió detrás de un haya.

Luego vino el oso. Él también golpeó al zorro en la nuca con su pesada pata.

- ¡No me pegues, tío oso, o le diré a mi gato, el héroe, que te romperá el cuello como una ramita!

El gato bailaba y ronroneaba alrededor del zorro, saltando.

El oso también se asustó y se subió al haya.

Así que todos se quedaron escondidos, observando lo que hacía el gato.

Pero el cerdo se había dejado una oreja de fuera. Una mosca se posó en ella y le hizo cosquillas. El cerdo movió la oreja.

El gato la vio, pensó que era un ratón y se abalanzó, mordiéndole la oreja al cerdo.

El cerdo chilló.

El gato, asustado por el chillido, se escabulló detrás del haya.

Allí se topó directamente con el lobo, que saltó asustado.

Ahora el gato, asustado del lobo, saltó al haya. Y el oso, pensando que el gato quería matarlo, se desplomó del árbol preso del pánico y se rompió.

El zorro bailó alegremente alrededor del oso caído, listo para una buena comida.

Pero justo entonces, una bandada de cuervos descendió en picado, graznando:

– ¡Déjanos comer hasta saciarnos también, zorro, y luego te llevaremos en nuestras alas hasta el cielo!

El zorro estaba encantado con la idea de volar y dejó que los cuervos se dieran un festín.

Una vez que se saciaron de carne, los cuervos levantaron al zorro sobre sus lomos y se fueron volando.

Volaron y volaron, hasta que preguntaron:

– ¿Qué ves abajo, zorro?

– ¡Veo una serpiente, y alrededor de la serpiente un arbusto espinoso!

– ¿Es suficiente? ¿Te soltamos ya?

– ¡Vamos, adelante! – dijo el zorro.

Y cuando lo soltaron, el zorro agitó las patas, pensando que podría seguir volando, pero había olvidado que no era un pájaro y que no tenía alas. Debajo de él había una era, y en medio había un alto poste de madera.

Al caer, la cabeza le daba vueltas y le pareció que el poste era un sacerdote con su alta cofia negra.

Así que gritó:

– ¡Fuera de aquí, santo! ¡Ese sombrero tan bonito no te salvará!

Y así el zorro se desplomó, hecho pedazos.

El burro, el perro, el gato y el gallo

Había una vez un hombre que tenía un burro. De joven, lo cargaba y lo montaba donde quisiera. Pero cuando el burro envejeció, el amo dijo:

– Mi pobre burro se ha debilitado, está todo encorvado y cansado. ¡Mejor lo mato! ¡Ya no sirve para nada!

El burro oyó esto y, a la primera oportunidad, huyó de su amo.

Caminó por el camino hasta que se encontró con un perro viejo tirado al borde del camino.

– ¿Qué te pasa, pobrecito? –preguntó el burro.

– Cuando era joven – dijo el perro –, ladraba y cuidaba bien la casa. Pero ahora soy viejo, y mi amo dijo que me mataría, así que huí.

– ¡Vengan conmigo! – dijo el burro, y se unieron a la compañía.

– En el camino, se encontraron con un gato viejo, hecho un ovillo, lleno de tristeza.

– ¿Qué te tiene tan abatido, gato? – preguntó el burro. El gato levantó la cabeza y, al ver a la pareja, dijo:

– Ah, cuando era joven, cazaba ratones día y noche. Pero ahora que soy viejo, mi amo dijo que era inútil y quiso matarme, ¡así que escapé!

– ¡Venga con nosotros! – dijeron el burro y el perro, y el gato se unió a su pequeña banda.

Siguieron caminando hasta que se toparon con un gallo parado sobre un tocón junto al camino.

– ¿Qué haces aquí, pobre gallo? – preguntaron.

– Cuando era joven – respondió el gallo – cantaba todas las mañanas. Pero ahora que he envejecido, mi amo le dijo a su esposa: “¡Mata al gallo, que vienen amigos esta noche!”. Y cuando lo oí, ¡salí del nido!

– ¡Venga con nosotros!

– ¡Voy, adelante! – dijo el gallo, y así siguieron juntos.

Caminaron y vagaron hasta que su camino los llevó a un bosque. Cansados, buscaron dónde descansar. El gallo dijo:

– ¡Me posaré en el abeto!

El gato dijo:

– ¡Me acurrucaré bajo el espino!

Y el burro y el perro dijeron:

– ¡Nosotros también nos tumbaremos bajo el espino!

Y así se tumbaron, aunque no les gustó; estaban acostumbrados a lugares más bonitos en las casas de sus amos. En un momento dado, el gallo, desde su posadero en el abeto, vio un destello de luz a lo lejos. Llamó a los demás, y todos se levantaron para ver qué era. Al acercarse, encontraron una casa, y dentro había hombres bebiendo aguardiente.

– ¡Echémoslos y quedémonos con la casa! – dijo el perro, y ideó el plan:

– Tú, burro, levántate y pon las patas delanteras en la ventana. Yo me subiré a ti, el gato se subirá a mí, y el gallo se subirá encima del gato. Entonces tú rebuznarás, yo ladraré, el gato maullará y el gallo cantará. ¡Eso debería asustarlos de verdad!

El burro se encabritó hasta la ventana, el perro se subió a él, el gato saltó encima del perro y el gallo se irguió orgulloso sobre el lomo del gato. El burro rebuznó, el perro ladró, el gato chilló y el gallo cantó.

Los hombres estaban tan asustados que huyeron sin siquiera mirar atrás, y los animales entraron en la casa y cenaron bien. Después, cada uno encontró un lugar para dormir y apagó la luz.

Pero los que habían sido expulsados se reunieron cerca y decidieron que alguien debía regresar a ver qué clase de bestia había rugido con tanta fiereza que los hizo correr como liebres.

– ¿Quién de nosotros es lo suficientemente valiente?

Al principio solo hubo silencio, hasta que por fin uno se atrevió a hablar, para que no los tildaran de cobardes:

– ¡Aquí voy!

– Anda, héroe, y mira qué nos asusta tanto, que aquí en el bosque temblamos y tenemos frío, y volvamos a casa.

Así que el hombre regresó sigilosamente y entró en la casa de puntillas. En la oscuridad, vio algo brillar en la chimenea. Agitó su bastón hacia ello, y la gata, tumbada allí, le cortó la nariz con las garras.

El hombre chilló y se dirigió a la puerta, pero el perro saltó por detrás y le clavó los dientes en la pierna. El hombre se soltó y salió corriendo, pero el burro le dio una fuerte patada en la espalda. Tambaleándose de miedo, el hombre huyó, mientras el gallo

gritaba desde arriba: “¡Gi, gi, gi, gu!”. El hombre, apenas con vida, jadeando, se tambaleó de vuelta con los demás.

– ¿Qué había ahí dentro? – preguntaron. Tras recuperar la compostura, respondió:

– Entré y parecía que estaban levantando la tabla y apagando la luz. Algo brillaba en la chimenea. Lo toqué con mi bastón, ¡y un demonio se abalanzó sobre mí para arrancarme la nariz! Corrí hacia la puerta, cuando algo me agarró de la pierna. Me solté y logré salir, ¡solo para que un demonio me golpeará en la espalda con tanta fuerza que pensé que me había roto la columna! Entonces, mientras huía, oí una voz que gritaba: “¡Sujétenlo, sujétenlo!”. ¡Y aquí estoy, apenas he escapado con vida!

Las escamas del lobo

El lobo había estado causando problemas en una aldea, matando demasiado ganado. Los aldeanos pronto se cansaron de sus incursiones y convocaron al lobo a una reunión para llegar a un acuerdo. Cuando el lobo llegó, le ofrecieron cortarle tanta carne como necesitara cada día y dejarla fuera, siempre que prometiera no hacer más daño. El lobo accedió y dio su palabra: no comería más de una libra y media de su carne al día, y a cambio, los aldeanos prometieron que ninguno de ellos lo ahuyentaría.

A la mañana siguiente, el lobo fue y mató la yegua y el potro de un aldeano. La gente lo llamó de nuevo, y el lobo acudió.

– ¿Por qué has hecho más daño del que acordamos? – preguntaron.

– No lo he hecho – dijo el lobo.

– ¿Cómo que no lo has hecho? – gritaron los aldeanos.

– Maté a la yegua, la pesé en mi propia báscula y dio una libra entera. Luego maté al potro y lo pesé también: media libra. Comí una libra y media, tal como dijiste.

– Los aldeanos se enfadaron, rompieron su pacto con el lobo, y desde ese día quedó establecido: todo lo que el lobo pudiera atrapar, lo comería, y ninguna medida lo obligaría. Pero si alguna vez lo atrapaban, lo pagaría con su propia piel.

El lobo que quería ser alcalde¹

Un lobo bajó a las tierras bajas con la esperanza de atrapar algún animal para comer, cuando vio a un burro. El burro, al ver al lobo, no tenía adónde correr, así que dio un paso adelante y le habló en voz suave:

– ¡Bueno, gracias a Dios que me encontré contigo! ¡Iba justo al bosque a buscarte!

– ¿Traerme? ¿Para qué? – preguntó el lobo.

– ¿Cómo que para qué? – dijo el burro. – Nuestro alcalde murió, y todo el pueblo se reunió y estuvo de acuerdo: tú serás nuestro nuevo alcalde. Me enviaron a buscarte. Pero como ya estás aquí, no hace falta que vaya a buscarte. ¡Súbete a mi lomo y vámonos, que la gente te espera!

El lobo se enderezó, muy orgulloso de sí mismo, y enseguida le gustó la idea. Se montó en el burro, que lo llevó hacia el pueblo.

¹ Hemos traducido el término original *kmet* (significado principal: siervo) como “alcalde” para capturar su sentido más antiguo, el de anciano de aldea o jefe local. En muchos contextos eslavos del sur, *kmet* también podía significar campesino o terrateniente, pero en esta fábula, el burro adula al lobo usando el sentido más amplio, que implica autoridad y estatus. “Alcalde”, un antiguo término español que proviene del árabe “qaid” y designa un alto funcionario rural -el jefe administrativo del poblado o aldea-evoca el tono rústico y la ironía social del relato.

Pero justo cuando se acercaban a las primeras cabañas, un hombre los vio. Al ver a un lobo montado en un burro, supuso que la bestia quería matarlo, así que levantó su mosquete y disparó.

Por pura suerte, el lobo saltó a tiempo y huyó corriendo hacia el bosque, todavía de una pieza. Tras una buena carrera, se detuvo bajo un haya para recuperar el aliento. Y tras un momento de reflexión, resopló y dijo:

– ¡Soy el más tonto del mundo! ¡Dejando que un burro se burlara de mí! ¿En qué estaba pensando, creyendo semejante cuento, cuando sé perfectamente que mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo nunca fueron alcaldes?

El hombre y la tierra

Había una vez un hombre que deseaba desde hacía tiempo comprar un terreno que se encontraba en un buen lugar junto a su jardín. Se le presentó una oportunidad y la compró. De pura alegría, se tumbó en la tierra y, abrazándola, dijo:

– ¡Oh, feliz soy, querida tierra, porque ha llegado el momento en que tú eres mía y yo soy tuyo, pues te he anhelado por mucho tiempo!

Pero la tierra habló y dijo:

– ¡Oh, hombre miserable, no seas tonto! He tenido noventa y nueve años antes de ti, todos con tu nombre, ¡y cuántos más hubo cuyos nombres no eran el tuyo! Hoy soy tuyo; mañana perteneceré a otro. Tú, como todos los demás, desaparecerás, y yo seguiré siendo el mismo.

El hombre tenía mucho miedo de oír hablar a la tierra. Pero luego reflexionó y vio que todo era como le había dicho. Y desde ese día, ya no se regocijó más, ni volvió a buscar tierras.

El erizo en la casa del zorro

Llegó el invierno y empezó a hacer frío, y todos los animales se habían escondido, pero el erizo se quedó congelándose. Buscando refugio, llegó a la guarida de la zorra y, halagándola, le dijo:

– ¡Buen zorro, todos dicen que nunca has hecho daño a nadie! La desgracia me ha traído a tu puerta, así que concédeme alojamiento esta noche y mañana te lo pagaré. ¡Déjame quedarme solo una noche contigo y te devolveré tu bondad con bondad!

– Con gusto – respondió el astuto zorro –, pero mira tú mismo lo apretado que estoy; ¡apenas hay espacio ni siquiera para mí!

– Solo un poquito, querido zorro, ¡pero muy poquito, para que pueda salvar la piel!

El zorro se irguió como pudo en aquella mala estación y le hizo un pequeño espacio al erizo. Ahora el erizo se volvió astuto y empezó a extenderse. El zorro no pudo soportarlo, pues sus cerdas la pinchaban con fuerza, y ella se encogía cada vez más. Finalmente, el erizo se abrió de par en par, y el zorro, enfurecido, saltó de su guarida y huyó al bosque.

¡Por terquedad, el barril se partió!

El fondo, las duelas, el tapón y los aros se ofendieron.

El fondo dijo:

– ¡Nosotros guardamos la bebida, y si no fuera por nosotros, el mismísimo diablo se la habría llevado toda!

Las duelas dijeron:

– ¡No, somos nosotros!

Y los aros dijeron:

– ¡No, claro que somos nosotros!

El tapón dijo:

– ¡Yo tengo la bebida!

Entonces habló el aro:

– ¿Y yo qué? ¿Nadie habla de mí? Ante esto, el tapón, las duelas, el fondo y los aros gritaron al unísono:

– ¡Silencio, aro de banda, nadie se preocupa por ti, no hay esperanza en ti!

El aro de banda tenso se aflojó, los aros se aflojaron, las duelas se separaron y la bebida se derramó.

El gato y el hadžiluk¹

Un gato viejo, que en su época había sido un gran cazador de ratones, envejeció y se volvió lento. Viendo que pronto moriría de hambre, una mañana reunió a todos los ratones y les dijo:

– ¡Escuchen, vecinos míos! Las cosas han sido como han sido hasta ahora, pero ahora me voy de hadžiluk y quiero vivir en paz, así que con placer me gustaría que hiciéramos las paces y que ya no me temieran.

Los ratones jóvenes accedieron con gusto, pero un ratón viejo y cauteloso dijo:

– ¿Adónde creen que van, bestias locas? El que se está lanzando a Hadžiluk, una vez me arrancó la cola, así que nunca podré confiar en este; ¡aunque viera un turbante en su cabeza, me quedaría cerca de mi madriguera!

Algunos ratones jóvenes que no hicieron caso al viejo se aventuraron, y el gato los atrapó.

¹ *Hadžiluk* (del turco *haccılık*) se refiere originalmente a la peregrinación musulmana a La Meca (*hajj*). En los cuentos y el lenguaje popular de los Balcanes, suele significar emprender un largo viaje o peregrinación, a veces usado figurativamente para referirse a retirarse o buscar la paz. En este caso, simboliza la pretensión del gato de cambiar y vivir en paz, aunque el viejo ratón se muestra escéptico.

El lobo codicioso y el zorro infiel

Había una vez un zorro que vio a un ternero que había caído en un pozo profundo y salió a buscar al lobo. Lo encontró hambriento en su guarida y le dijo:

– ¡Mira, lobo, he encontrado comida! Ven conmigo para que cenemos juntos esta tarde.

El lobo se regocijó con sus palabras y juntos se dirigieron al pozo.

– ¿Cómo bajaremos? Es profundo – dijo el lobo.

– ¡No, no es profundo, en verdad! ¡Mira! – dijo el zorro, y al mismo tiempo saltó al pozo.

Entonces el lobo también saltó y comenzaron a comer. El zorro solo mordisqueó ligeramente, mientras que el lobo se llenó hasta quedar completamente hinchado. Luego se agazapó, lamiéndose los labios, y miró hacia arriba, hacia la boca del pozo:

– ¿Cómo escaparemos ahora, zorrillo?

– Quien sabe entrar, sabe salir – dijo el zorro, y al instante saltó ágilmente del pozo.

– Pero el lobo, tras muchos intentos, no pudo levantarse y echó gritos:

– ¡Ay, pobre de mí, querido zorro!

A lo que el zorro riéndose respondió:

– ¡Tu desgracia no llega ahora, sino que te sobrevendrá cuando venga el dueño del ternero!

Y cuando venga el dueño del ternero, matará al lobo en el acto.

El cordero y los lobos

Había una vez un cordero que vio a dos lobos enzarzados en una feroz pelea y, compadecido, se acercó. Con palabras amables y tiernas, intentó calmar la disputa. Y, en efecto, se cumplió su deseo; pues los lobos, tras olfatearse de nuevo, hicieron las paces y acordaron compartir el cordero.

El zorro y los hierros

Una zorra joven, a quien su madre solía advertir que tuviera cuidado con los hierros, pues había visto a dos zorros atrapados en trampas similares con las cabezas rotas, se topó con los hierros adornados con un cebo tentador.

– Los conozco bien – dijo riendo –, pero no tendrán mi cabeza. ¡Escaparé como lo hizo mi madre antes que yo! Pero entonces se le ocurrió una idea: “¿Y si encontrara algún medio astuto para atrapar este hermoso cebo sin morir? ¡Oh, cuánto me alegraría si fuera más astuta que mi madre! Rápidamente me arrancaré la cabeza y con mi pata desgarraré esa carne y la atraeré hacia mí”.

Así que la zorra intentó alcanzar la carne, pero ¡zas! ¡Los grilletes la sujetaron con fuerza! Su cabeza estaba a salvo, pero lo que no imaginó fue que su pata quedó atrapada entre los grilletes.

El gallo y la paloma

El gallo y la paloma una vez llamaron al pavo real. Mientras regresaban a casa, el gallo preguntó:

– ¿Y qué dices de nuestro anfitrión de hoy? ¿No era un ser miserable? Su orgullo, esas horribles piernas, esa voz vil, ¡todo es insoportable!

La paloma respondió en voz baja:

– No tuve tiempo de fijarme en nada de eso, pues estuve largo y tendido maravillándome de la belleza de su cabeza, los nobles colores de su plumaje y el majestuoso esplendor de su cola.

El ermitaño y el oso

Había una vez un ermitaño que crió a un oso joven y, a base de hambre, esfuerzo y muchos golpes, lo domó como se doma a un sabueso. El oso, devoto de su cuidador, a menudo le traía buena presa, le traía leña y agua, vigilaba la cabaña del ermitaño y se encargaba de muchas otras tareas.

Un día de verano, el ermitaño se echó sobre la hierba y cayó en un sueño profundo y placentero. El oso se tendió a su lado, vigilando y espantando los enjambres de moscas que zumbaban sobre la cabeza del anciano. Una mosca, en particular, era la más persistente. Al parecer, el oso la había ahuyentado diez veces, pero cada vez volvía a posarse en la frente del ermitaño.

Cuando la mosca se atrevió a posarse de nuevo en la mejilla de su amo, el oso, enfurecido hasta la médula, rugió:

– ¡Espera, espera! ¡Te enseñaré! ¡No molestarás más a mi amo!

Y con eso, agarró una gran piedra, apuntó con cuidado y golpeó a la mosca, destrozando así la cabeza del pobre ermitaño.

El zorro, el oso y la luna

Una noche, un oso y un zorro se abrían paso por el bosque cuando llegaron a un río. Al acercarse a un estanque profundo para beber, la luna llena se reflejó en la tranquila superficie del agua.

– ¡Mira! ¡Un trozo de queso! – gritó el zorro.

– ¿De qué sirve – gruñó el oso – si se acuesta abajo, en el fondo de un charco profundo?

– Bueno, tío Oso, tengo una idea – dijo el zorro con picardía –. ¿Y si lamemos el agua? ¡Entonces el queso quedará desnudo en el lecho seco del río!

– ¿Pero cómo lameremos toda esa agua?

– Si lo hacemos juntos, quizá lo hagamos.

Así que el zorro empezó a lamer, y el oso lo imitó. Pero mientras el zorro simplemente rozaba el agua con la punta de la lengua, el oso bebió y tragó con todas sus fuerzas.

Después de un rato, la barriga del oso se redondeó y se llenó de agua. El zorro lo miró con reprimenda y dijo:

– Estás lamiendo demasiado suave, tío Oso. ¡Sigue lamiendo más fuerte o no habrá queso para ninguno de los dos!

El oso se puso a lamer con renovado vigor, lamiendo hasta que al final su barriga no pudo más y estalló. Eso era lo que el zorro esperaba. Rápido como un rayo, le agarró las entrañas y se sentó a cenar con deleite.

El zorro y el gallo

Una vez, un zorro se topó con un gallo. Pero el gallo lo vio desde lejos y enseguida voló a un árbol y se posó en una rama. El zorro se acercó y dijo:

– ¡Maestro gallo, maestro gallo, ¿no has oído!? Hubo una gran asamblea donde todos los animales y todos los hombres acordaron vivir en paz. ¡Solo quedamos tú y yo! ¡Baja ahora, para que también podamos sellar la paz!

Pero el gallo simplemente subió una rama más. Entonces el zorro volvió a decir:

– ¿Por qué subes tan alto? ¡Te dije que bajaras para que hagamos las paces!

– Veo hombres que vienen por allá, con perros pisándoles los talones –gritó el gallo –. Así que, si vamos a sellar nuestra paz, ¡que sean nuestros testigos! El zorro aguzó el oído y, al oír voces y ladridos de perros a lo lejos, gritó:

– ¡Esos hombres no estaban en nuestra reunión, así que no tenemos por qué esperarlos! – Y en un instante, se escabulló por un barranco seco.

La traición paga el precio

Un tejón y un zorro se unieron una vez para ir juntos a la guerra. En el camino, el zorro le preguntó al tejón:

– Dime, Jazo, ¿cuántas destrezas tienes?

– Tengo tres – respondió el tejón.

– ¡Pues tengo setenta y siete! – dijo el zorro, levantando el hocico con orgullo.

– ¡Buena suerte! – respondió el tejón, y continuaron su camino a través del bosque.

Poco después, detrás de un árbol, encontraron un trozo de carne metido en una trampa de hierro de cazador. El zorro se acercó sigilosamente y abrió las fauces, pero el tejón le advirtió:

– ¡Cuidado, que no te atrapen! El zorro se detuvo, pero el hambre la venció; mordió, ¡y chasqueó! Las fauces de la trampa se cerraron sobre su cola.

– ¿Qué hago ahora, querido Jazo? – gritó el zorro.

– Esto es lo que pasa: cuando llegue el cazador, quédate quieta y no muevas ni un pelo. Pensará que estás muerta, y cuando se quite la mochila y deje el rifle para abrir la trampa, tendrás la oportunidad de escapar.

Así fue. Al amanecer, el cazador fue a revisar sus trampas. El zorro lo vio y se quedó inmóvil. El hombre la empujó con la bota, pero ella no se movió. Entonces dejó el rifle y la mochila, deshizo la trampa y comenzó a volver a colocarla; justo entonces, el astuto zorro saltó y huyó.

Cuando se encontró con el tejón, se rió y dijo:

– Bueno, hicimos buen uso de nuestra destreza, ¿verdad, Jazo? – Sí, lo hicimos – respondió el tejón.

Siguieron adelante, y una vez más tropezaron con una trampa. El zorro, aún hambriento, se lanzó de nuevo hacia la carne y, por mucho que intentó ser astuto, la trampa se cerró de golpe sobre su cola por segunda vez.

– ¡Y ahora, Jazo, qué hago! – gritó la zorra.

– Dijiste que tenías setenta y siete destrezas. Usa solo uno y serás libre.

– Podría... pero dime uno más, ¡quizás me ayude a escapar más rápido!

– Muy bien: cuando llegue el cazador, juega con sus pies, enróllate alrededor de sus piernas y mueve la cola como si te alegraras de verlo. Pensará que eres un zorro domesticado extraviado y no disparará. En cuanto abra la trampa, escapa.

El tejón siguió su camino y el zorro se quedó esperando el amanecer. Cuando el cazador llegó y lo vio atrapado, el zorro empezó a bailar a su alrededor como pudo. Efectivamente, el hombre lo creyó domesticado y se inclinó para acariciarle la cabeza. Soltó la trampa y, mientras la volvía a colocar, el zorro salió disparado de nuevo.

Volvió a alcanzar al tejón y ambos continuaron su viaje. Al poco tiempo, se toparon con otra trampa activada, esta vez con un trozo de carne más grande. Ambos tenían hambre y, envalentonados, decidieron darle un mordisco. Pero la desgracia quiso que esta vez el tejón quedara atrapado.

– ¿Y ahora qué, querido zorro? – gritó el tejón asustado.

– ¡Estás solo! ¡No puedo ayudarte! – respondió el zorro.

– ¡No digas eso, querido zorro! Recuerdas la promesa que hicimos de ayudarnos mutuamente en los problemas. ¡Enséñame solo uno de tus setenta y siete trucos, quizás me salve!

– No tengo ninguno para ti. Todos mis trucos son para mí.

El tejón guardó silencio, pensó un momento y luego dijo:

– Solo me queda un truco, aunque quién sabe si servirá de algo. Aun así, ya que no tienes nada para mí, al menos acércate para que podamos besarnos y separarnos, porque me temo que no saldré con vida de esta trampa.

El zorro se acercó, y el tejón – ¡zas! – lo agarró por el cuello.

– ¡Suéltame, Jazo! ¿Qué haces? – gritó el zorro.

Agarrándose fuerte, el tejón gruñó:

– ¡Esperaremos juntos al cazador, querido zorro!

Al amanecer llegó el cazador, y desde lejos vio al tejón sujetando al zorro entre sus fauces. Gritó:

– ¡No me sueltes, Jazo, valiente muchacho! Te doy mi palabra de cazador: ¡te liberaré!

Llegó corriendo, mató al zorro de un disparo, soltó la trampa y soltó al tejón.

Los ratones colgando una campana al gato

En un granero lleno de todo tipo de grano, se reunían muchos ratones. Se daban un festín con la abundancia y siempre estaban saciados y bien alimentados. Pero un día, un gato se coló en el granero y empezó a atrapar y devorar a los ratones. Los ratones, presos del pánico, se escondieron en un agujero grande, donde empezaron a planear cómo lidiar con el gato. Debatieron durante mucho tiempo hasta que un ratón propuso encontrar una campanilla y, de alguna manera, colgarla del cuello del gato. Dijo: “Cuando el gato entre en el granero, oiremos la campanilla y cada uno podrá volver rápidamente a su agujero”. Todos estuvieron de acuerdo, excepto un ratón viejo, dentado y bigotudo, que guardó silencio y meneó la cola con incredulidad.

Trajerón una campanilla y la llevaron al agujero grande, y luego discutieron quién se atrevería a colgársela del cuello a la gata mientras dormía. Nadie se atrevió, excepto un ratón joven que regañó a los demás por su cobardía, tomó la campanilla y se acercó sigilosamente a donde descansaba la gata.

Todos los ratones escucharon atentamente, esperando oír la campanilla y aguardar el regreso de su amigo. De repente, oyeron la campana y un fuerte chillido. Aterrorizados, preguntaron al viejo ratón:

– ¿Qué será eso, tío Rojo?

– ¿Quién sabe, hijos míos, que pasa en un granero? Cuando vuestro héroe regrese, pregúntenle. En cuanto a mí, voy a trasladar mis asuntos de este pueblo a otro, ¡uno donde no se oiga la campana!

El cabrito y el zorro

En otoño, el macho cabrío envió un mensaje a todas las cabras del pueblo:

– ¡Quien no venga antes del día de Santo Tomás, sepa que este año se quedará estéril!

Al oír esto, las cabras se reunieron antes del día de Santo Tomás para pagar sus cuotas. El macho cabrío se mezcló con ellas y no permitió que ningún otro macho se acercara a ellas en todo el otoño.

Pero después de un mes, no quedaba de él más que piel y huesos; estaba a punto de morir. Al verlo tan consumido, los pastores lo ahuyentaron de la casa. Allí, un zorro lo olió, se acercó y comenzó a compadecerse de él por su menguante fuerza. Al ver al zorro rodeándolo, el cabrío le preguntó:

– ¡Oye, zorro, zorro, sé lo que buscas! Pero antes de morir, dime: ¿mi barba todavía se parece a la del Emperador?

Y el zorro respondió:

– ¡Oh, mi macho cabrío, mi macho cabrío, mi héroe insensato, una hermosa barba se desperdicia en una cabeza insensata!

El zorro y el lobo

Un lobo viejo tenía una vez un hueso atascado en la garganta y, al no poder sacárselo, sufrió mucho durante muchos días. Vagando por el bosque, se encontró con un zorro y se alegró al verlo. Le rogó ayuda:

– Zorro, hermano mío, ya que la fortuna te ha traído hasta mí, ven ahora y sácame este hueso de la garganta. Está tan atascado que no puedo sacarlo. Te lo juro, y te doy mi solemne juramento: ¡la próxima captura que haga, la dividiremos como verdaderos parientes!

El zorro lo miró con recelo y respondió:

– Ah, mi buen hermano, he oído decir que ustedes, los lobos, han jurado no soltar jamás la carne que entre en sus fauces.

– No temas, querido zorro – dijo el lobo –, ¡te repito que te doy mi palabra firme y fiel! – Y dicho esto, abrió bien las fauces.

Pero cuando el zorro se inclinó y vio todos esos dientes, se asustó y ya no quiso ver si el hueso estaba alojado ni cómo. Y mucho menos se atrevería a meter una pata entre esas fauces para sacarlo. Así que dijo:

– ¡Ah, hermano mío, el hueso está muy metido en la garganta, y se ha pegado tan rápido a la carne que ni siquiera el más hábil con las tenazas podría sacarlo! ¡Mejor quédate aquí un rato, mientras yo busque a un curandero!

El caballo y el buey antes del juicio del león

Un invierno, después de un año estéril, un dueño de casa echaba un poco de heno en el comedero para su caballo y su buey. Los dos lo soportaban con paciencia durante un tiempo, pero pasaban hambre. Así que un día estalló una pelea entre ellos. Entonces el caballo le dijo al buey:

– ¡Atrás, perezoso! No hay nada para ti esta noche. ¡Este heno lo traje a la espalda del campo y de las montañas! ¡Y si no me haces caso, sentirás mis dos patas traseras, recién herradas!

El buey rió y le respondió:

– ¡Eres un tonto, querido caballo, una bestia completamente tonta! Es cierto que trajiste el heno y la paja, pero yo aré los campos mientras tú te quedabas ocioso, royendo y relinchando. Y como no quieres que compartamos este poco como hermanos, yo tampoco lo haré. ¡Si me desobedeces, te encontrarás con mis dos largos y puntiagudos cuernos!

El caballo se enfureció, relinchó con fuerza y pateó al buey en las costillas con las patas traseras, pero el buey lo golpeó en el vientre con los cuernos, y así se hirieron gravemente.

Viendo que podrían morir por la pelea, el buey mugió con todas sus fuerzas y detuvo el duelo:

– Si no podemos llegar a un acuerdo fraternal y compartir este escaso heno, ¡vamos a juicio ante el rey de todas las bestias y cuadrúpedos!

El caballo accedió, y así, herido e iracundo, fueron al amanecer a la cueva del viejo león. Al verlos, el león preguntó:

– ¿Qué los trae tan temprano esta mañana?

– Por Dios, nuestro amo – respondieron –, es la amarga injusticia y la extrema necesidad lo que nos ha traído hasta aquí, para buscar tu juicio y saber quién de nosotros tiene razón.

El león dijo:

– Quédense aquí un rato hasta que lleguen mi hijo y mi hermano menor. Como ya envejecí, les di el poder de juzgar, para no pecar; sin ellos no puedo emitir un veredicto.

Y al poco rato, llegaron el hijo y el hermano del león. El caballo y el buey se pusieron de pie y comenzaron a acusarse mutuamente ante los jueces. El viejo león escuchó y luego habló:

– Esta disputa es fácil de resolver con justicia. Escucha ahora: Cuando dos animales comen en un mismo comedero, ninguno se saciará jamás, y mucho menos se compadecerá del otro. Así que a ti, hermano, te doy el buey; y a ti, hijo, el caballo. ¡Come bien, para que estos pobres animales heridos no sufran más! Los dos leones saltaron, cada uno sobre su presa, y el caballo y el buey gritaron:

– ¡Misericordia, señor! ¡Perdónanos! Discutimos por nuestra propia locura; ¡haremos las paces!

Pero los leones más jóvenes, al agarrarlos por el cuello, respondieron:

– Si tuvieran algo de ingenio, no habrían venido ante nosotros. ¡Y lo que el rey ha juzgado, la palabra del rey es inapelable!

La loba y su hijo

La loba enfermó y, al ver que estaba a punto de morir de hambre, llamó a su hijo:

– ¿Ves, hijo mío, que me muero de hambre? Soy tu madre, quien te trajo al mundo y te crió. ¡Tráeme ahora un bocado para romper mi ayuno, no sea que te maldiga!

– ¡Ah, madre, no me maldigas, sino escucha lo que me sucedió! El otro día capturé vivo un carnero, que pesaba veinte okas¹, y lo traía a casa para ti. Pero al bajar a cierto valle, me dijo: “¡Déjame retozar un rato en este valle antes de que me devores!”. Yo, joven y cansado del camino y con la pesada carga a la espalda, pensé que no estaría mal dejarlo retozar un poco y lo dejé en la hierba. Pero en cuanto vio que no lo sujetaba, salió disparado por el campo como una bala de mosquete. Ayer capturé una cabra y me dispuse a traerla. Pero me cansó, así que la dejé descansar. Temiendo alguna trampa, la agarré por la cola con los dientes, pero me dijo con voz lastimera: “Veo que estás cansado. Acuéstate un momento y duerme; vigilaré que ningún pastor te vea”. Creyendo que todas las criaturas eran tan sinceras y justas como yo, le creí y dormí. Pero al despertar, ¡ni cabra ni rastro de ella! Ahora salgo de nuevo a cazar algo, ¡y nunca más confiaré en nadie!

¹ Una antigua unidad de peso otomana, comúnmente utilizada en los Balcanes hasta el siglo XX. Un oka equivale aproximadamente a 1,28 kilogramos o 2,82 libras.

Así que el lobo joven vagó por los campos y se topó con un potro. Saltó sobre él, pero el potro gritó:

– ¡Detente, lobo, no lles la maldición de tu madre al más allá!

– ¿Qué maldición?

– El año pasado, cuando tu madre mató a mi madre, ¡me dio un ferman² que ningún lobo se atrevería a tocar! Y si no me crees, ¡mira mi pata trasera y lee el ferman que siempre llevo en mi casco!

El lobo se acercó para ver el ferman, y el potro dio una fuerte coz, clavándole todos los dientes delanteros en las mandíbulas. El lobo cojeó hasta casa de su madre, llorando, y le contó todo lo que le había pasado con el potro. Pero ella le dijo:

– ¡Ay, hijo mío, insensato! Tu madre nunca jugó en el campo con carneros, ni durmió junto a cabras, ni leyó fermans escritos en el casco del caballo. ¡Caro has pagado por tu educación, pero ahora, me parece, cualquier cosa que agarres con tus mandíbulas, ¡lo retendrás!

² Ferman es un decreto imperial turco o una orden escrita, utilizada aquí irónicamente para sugerir un documento falso llevado por el potro para engañar al lobo.

Los dos caballos

Los campesinos llevaban sus dos caballos al mercado. Sobre cada caballo habían puesto un saco de hierba, para que las bestias tuvieran algo que picar al llegar, antes de regresar a casa con cargas más pesadas.

En el largo camino, los dos campesinos se detuvieron junto a un arroyo a descansar y, tumbados a la sombra, pronto se durmieron. Los caballos, al ver a sus amos profundamente dormidos, se susurraron:

– Vamos, mientras duermen, acerquémonos, cabeza con cabeza, fardo con fardo, y comamos esta hierba. Tú toma la mía y yo la tuya. Cuando lleguemos al mercado, nuestros amos nos comprarán forraje fresco. ¿No es mejor llevar la hierba llena en la panza que cargarla con hambre a la espalda?

– ¡Qué bien lo has pensado! – dijo el otro caballo. Y se comieron toda la hierba, cada uno del saco del otro.

Cuando los amos despertaron y vieron los sacos vacíos colgando flácidos sobre las sillas, se enfadaron, montaron los caballos y los condujeron hacia el mercado. Mientras viajaban, un caballo le susurraba al otro:

– ¡Ay, qué mal lo hemos hecho! Era más ligero llevar hierba que llevar a nuestros amos. ¡Si no fuera por esta carga que ahora llevamos, quizá nos den aún más hierba cuando empiecen a cargarnos!

Al llegar al mercado, los campesinos ataron los caballos a una piedra y se dedicaron a sus quehaceres. Los caballos no dejaban de mirar a su alrededor, esperando a ver cuándo traerían la hierba o el heno, diciéndose unos a otros:

– ¡Sin embargo, no traen ni un puñado, y mucho menos un saco!

Alrededor del mediodía, los campesinos regresaron con un saco lleno de maíz para cada caballo. Poco después, volvieron con sacos llenos de sal y los cargaron. Luego, arrearon a los caballos, azuzándolos para que se apresuraran a volver a casa. Los caballos volvieron a susurrarse:

– ¡Qué hemos hecho! ¿No habría sido mejor comer la hierba en el mercado, cuando teníamos hambre, que en la montaña junto al arroyo, cuando aún estábamos saciados, y con hierba verde a nuestro alrededor, nuestra para pastar?

– Bien decían los sabios – respondió el otro caballo –. Quien lleva una alforja a la espalda no debería preocuparse por su peso, salvo cuando está vacía.

El cerdo y el gato

Un gato hambriento veía al cerdo mientras lamía el almidón del grano de un comedero lleno, y suspiró y le dijo:

– ¡Qué suerte tienes, que tu comedero siempre está lleno sin ningún esfuerzo ni astucia tuya! Pero yo, pobre desgraciada, si no fuera por mi trabajo o mi astucia, ¡hace mucho que me habría muerto de hambre!

El cerdo la miró y respondió:

– ¡Ah, mi querida gatita, miente la gente cuando dice que eres astuta; pues te he visto muy tonta! Si supieras por qué me alimentan así, ya no me envidiarías. Espera hasta el otoño; Entonces verás cómo calculan con hacha todo lo que he devorado, y tú, si no te han dado nada de su propia buena voluntad, ¡con tu propia astucia seguramente obtendrás tu parte!

Los bueyes y las vacas

Un día, todos los bueyes del pueblo se reunieron en un prado y comenzaron a quejarse de sus amos: “¿Por qué”, dijeron, “las vacas, a diferencia de nosotros, ni aran los campos ni acarrean el heno, sino que descansan todo el año a la sombra, mientras se alimentan de lo que con nuestro trabajo traemos a casa a lo largo de las estaciones? ¡Pues por nuestros cuernos, a partir de hoy ya no será así! Cuando haya que arar o tirar de carretas, que siempre haya un buey y una vaca uncidos. Así, todos serán iguales, y nadie podrá reclamar por ello”.

– ¡Sí, que así sea! – Los bueyes accedieron, y enviaron tres novillos a convocar a todos los amos del pueblo al prado para que les comunicaran lo acordado. Cuando los amos se reunieron y escucharon a los bueyes, el anciano del pueblo habló:

– Tenéis razón. Nosotros también vemos que no sois iguales a las vacas. Si no hubiéramos querido preservar vuestro honor y vuestro nombre, hace tiempo que habríamos establecido el mismo orden entre vacas y bueyes. Pero ya que insistís, nosotros, los dueños de casa, consentiremos. Aquí está el nuevo orden: de hoy en adelante, vosotros los bueyes seréis vacas: pariréis terneros y daréis leche, mientras que las vacas serán bueyes: jaranarán los campos y acarrearán el heno!

Ante esto, los bueyes se miraron unos a otros, hasta que el mayor preguntó:

– ¿Qué decís ahora, hermanos?

Ante lo cual, todos los novillos gritaron al unísono:

– ¡Quienquiera que esté de acuerdo con eso, nosotros no lo estamos!

Y tras ellos, los bueyes más jóvenes gritaron también:

– ¡Por nuestros cuernos, nosotros tampoco! Aunque estemos castrados, jamás consentiremos semejante comercio; ¡mejor ser un año buey que diez años vaca!

El lobo y el erizo

Un lobo bien alimentado yacía tendido junto a una cierva que había abatido, cuando ¡he aquí!, de algún lugar llegó un erizo trotando y, sin decir palabra, empezó a darse un festín con la carne. El lobo lo miró de reojo y gruñó:

– ¡Fuera de aquí, alimaña espinosa! ¡No he cazado esto para gente como tú, sino para mi propio estómago!

– Pero para eso he venido a cenar – respondió el erizo con firmeza –, para fastidiarte, para que veas que no te temo y que soy la bestia más audaz. El lobo, enfurecido por tal descaro, saltó para despedazarlo, pero el erizo se enroscó rápidamente. Por mucho que lo intentara, el lobo no podía acercarse por ningún lado sin recibir un montón de espinas afiladas. Así que se detuvo, y el erizo dijo:

– Bueno, ¿no ves ahora que no te temo?

– Que así sea – dijo el lobo – si te empeñas en demostrar tu valor contra el mío, no te negaré la cena; hay suficiente carne para los dos. Sin embargo, una vez que estés saciado, te haré presenciar mi verdadero temple. ¡Este truco tuyo, rizándote y erizándote, no es más que puro miedo!

– ¿Y qué clase de valor es el tuyo? – preguntó el erizo.

– Qué sea así – respondió el lobo – corramos ambos por aquel prado hasta aquella piedra. Tú correrás a cuatro patas, y yo solo

sobre mis dos patas traseras. ¡Quien llegue primero a la piedra será el verdadero héroe!

– No veo gran valor en las piernas rápidas – dijo el erizo –. Mejor subamos a la cima de ese acantilado y saltemos de él. Entonces verás mi valentía, ¡y tu vergüenza!

– ¡Vamos, necio espinoso y nada más que una bestia miserable! – rió el lobo.

Y así subieron a la cima del risco. Al llegar al borde, el lobo vio claramente que ninguna criatura, salvo un pájaro, podría saltar desde tan alto y sobrevivir. Sintió miedo. Sin embargo, pensó: “Si este pequeño animal agazapado se atreve a saltar y sobrevivir, ¿por qué no debería hacerlo yo?”. Se acordó que el erizo saltaría primero. Se enroscó y se lanzó por el acantilado, dando volteretas y rodando hasta que aterrizó sano y salvo abajo, como si un pastor hubiera lanzado una piedra.

Desde el pie del acantilado, gritó al lobo:

– ¡Vamos, Lobo! ¡He demostrado lo que puedo hacer! ¡Veamos tu valentía!

El lobo no pudo hacer otra cosa que saltar. Saltó desde lo alto y se estrelló contra las rocas. El erizo se acercó a su cuerpo destrozado y dijo:

– ¡Ah, Lobo, Lobo!... así son los poderosos: ayer fuiste un héroe entre las bestias, y hoy, ¡ni de aquí ni de allá!

El anciano y la muerte

En cierta casa, no había suficientes brazos para hacer todas las faenas, así que a menudo le tocaba al anciano dueño ir a buscar leña al bosque. Un día, al regresar a casa con una pesada carga de leña, agotado por la edad, el cansancio y quizás incluso el hambre, se detuvo en el camino para descansar. Suspiró por la penuria y dijo: “¿De qué sirve la vida, tan miserable y fatigosa como esta? ¡Bendita sea la Muerte! En verdad, preferiría abrazarla ahora mismo que rejuvenecer”.

Mientras murmuraba para sí, la Muerte, negra, terrible y monstruosa de contemplar, lo oyó y se acercó de inmediato. Lo llamó con voz escalofriante:

– ¡Mira, aquí estoy, anciano! Escuché tu lamento. ¿Qué quieres de mí?

Cuando el anciano contempló su espantoso rostro, se llenó de terror. Inclínó el cuello y respondió:

– Solo te llamé para pedirte ayuda; te ruego que me traigas este haz de leña, porque mi gente hambrienta espera en casa, y no tienen forma de cocinar su cena sin fuego.

– Dime entonces – dijo la Muerte –, ¿volveré por ti una vez que la leña esté preparada?

– ¿Cómo dices? – dijo el anciano, fingiendo sordera –. Tengo los oídos sordos y embotados, no te oigo muy bien. Pero que te vaya bien, y que Dios te acompañe.

La mosca sobre el cuerno del buey

Dos bueyes estaban arando un campo, cuando del aire descendió una mosca y, por puro despecho, se posó en el cuerno de uno de ellos. Allí se posó, esperando el momento en que él le rogara que se marchara. Pero al ver que sus esperanzas eran vanas, de nuevo, por travesura, unció dos mosquitos a un yugo y comenzó a surcar su cuerno, diciendo:

– No me moveré de tu cuerno hasta que me lo supliques. Y una vez que haya arado un cuerno, unciré mis bueyes al otro, para que sepas quién es tu enemigo. Al oír esto, el buey, imperturbable, preguntó mientras seguía arando:

– ¿Quién es ese que está arriba, haciendo ruido y lanzando amenazas?

– ¡Soy yo! – respondió la mosca.

A lo que el buey respondió:

– Pues bien, para serte franco, ni te oí venir, ni sabré cuándo te has ido.

La asamblea de gatos y ratones

Una vez los ratones enviaron una delegación a los gatos, rogándoles que se comprometieran solemnemente a no cazarlos más, según los términos que se acordaran. Cuando la delegación presentó su súplica a los gatos, un viejo gato les habló así:

– Sería mejor que ustedes y nosotros, todos en número, nos reuniéramos en un campo amplio y abierto en un día establecido en común, para sellar allí nuestro pacto.

Entonces respondió el ratón que encabezaba la delegación:

– Los nuestros difícilmente aceptarán tal reunión, pero quizá podamos reunirnos junto a aquel montículo escarpado, y ustedes se queden abajo, en la llanura.

Así hicieron su acuerdo. Y cuando llegó el día, he aquí: todos los gatos y todos los ratones llegaron al lugar convenido: los gatos se agruparon en el prado, los ratones cerca del montículo rocoso. Pero pronto los gatos comenzaron a acercarse al montículo, y el viejo gato, caminando delante de ellos, gritó a los ratones:

– ¡Salgan, queridos ratones, para que podamos vernos cara a cara y hablar como hermanos, para ponernos de acuerdo sobre cómo vivir en paz y armonía de aquí en adelante!

Los ratones comenzaron a asomarse por agujeros y grietas. Sin embargo, un ratón anciano, gris y sabio, apenas asomaba sus

bigotes por una estrecha hendidura. Y cuando vio al mismo viejo gato, con todos los gatos acercándose, gritó en voz alta:

– ¡Hijos, los que son de mi sangre, quédense cerca de sus madres!

El zorro sin cola

Una vez, un lobo y un zorro comenzaron a pelearse por una presa, y la disputa se enconó tanto que llegó a la sangre. En la pelea, el lobo le arrancó la cola al zorro de un mordisco. Viendo que si la pelea se prolongaba, el zorro podría perder la cabeza, cedió y dijo:

– Basta ya de rencor y riña; mejor hagamos las paces y nos unamos como hermanos.

El lobo accedió, y se juraron hermandad, y cada uno siguió su camino.

Al cabo de un rato, se reencontraron en un prado helado, y fue cuando el lobo preguntó a la zorra:

– Dime la verdad, querida hermana, ¿me has echado de menos?

– A decir verdad, respondió la zorra, no mucho. Sin embargo, a menudo pensaba en ti al mirar atrás, y no encontraba rastro.

La hermandad del perro y el lobo

Un lobo y un perro se juraron una vez hermanos de sangre. Entonces el perro le dijo a la loba:

– Vamos, querido hermano, ¿por qué sigues vagando por el bosque con miedo y hambre? Si te lo dieran, ¿no preferirías vivir aquí junto al hogar de mi buen amo, en paz y sin temor, junto a un abrevadero rebosante? Te diré que aquí no hay nada más que hacer que ladrar un poco de vez en cuando, tumbado delante de la casa, y de noche, dar vueltas por el patio.

– ¡Por mi alma, qué sabio consejo! – respondió el lobo –. Y haré caso a tu palabra. Pero hermano, hace tiempo que quería preguntarte: ¿qué es eso que siempre llevas alrededor del cuello?

– ¿Eso? – dijo el perro –. Es un collar de cuero con el que mi amo a veces me ata a un poste, para que no le clave los dientes a algún amigo suyo.

Al oír esto, el lobo dijo:

– Bueno, entonces, si tu amo te ata y te suelta a su antojo, perdóname, hermano, pero debo pensarlo dos veces antes de seguirte.

Los lobos, los zorros y el caballo viejo

Un campesino tenía un caballo tan viejo que apenas podía morder, y parecía estar a punto de morir. Así que el hombre, viendo que ya no tenía sentido quedárselo, lo llevó lejos de casa, a un bosque, y lo abandonó allí.

Los lobos y los zorros pronto se enteraron y fueron a llorarlo. Y al ver al caballo tan cansado y débil que la muerte parecía cercana, se echaron a su alrededor.

Mientras las bestias reunidas lo miraban fijamente, el viejo caballo dijo:

– ¡Váyanse ya, váyanse, no sea que pierdan el tiempo a mi lado! No quiero morir todavía.

Pero las bestias respondieron:

– En verdad, no tenemos ningún gran asunto que hacer en otro lugar, y no nos apetece dejarte tan débil y solo.

La vaca y el buey

Un viejo buey, tan cansado por la edad que ya no podía salir del establo, mugía siempre que oía el mugido de una vaca cerca, llamándola para que fuera con él. Las vacas acudían, pero cada vez con menos frecuencia, y él las regañaba por descuidarlo tanto.

Una vez le dijo a una de ellas:

– ¡No está bien que no me hagas caso, cuando recuerdas bien cómo retozábamos en los prados cuando yo era joven!

Pero la vaca le respondió:

– ¡Ay, mi pobre amigo moteado! Una vez fuiste y ya no eres. Pero ahora tu hijo, Hombros Grandes, cuida el pasto, y su hermano, Espalda Azul, también. Escucha, ¿no los oyes llamarme desde el campo?

El gorrión y los huevos de la serpiente

Una primavera, un gorrión y una gorriona se unieron para construir un nido y criar a sus polluelos, y comenzaron a juntar paja para tejer su casa. Mientras revoloteaba de un lado a otro recogiendo trozos, el gorrión tropezó con un hueco en unos arbustos y encontró dentro un nido ya hecho, con cinco huevos. Encantado, voló alegremente de vuelta con su pareja y le dijo:

– ¡Encontré un nido ya hecho, hecho en un lugar escondido, y ya tiene cinco huevos! No sé a qué ave pertenecen, pero ¿por qué trabajar y desgastarnos, cuando solo necesitamos turnarnos para calentar los huevos y criar a las crías?

Pero la gorriona respondió:

– Mi querido esposo, no quiero tener nada que ver. Sé que esos huevos no son de nuestra especie. Incluso si lo fueran, son el fruto del trabajo de otro: otro padre y madre construyeron ese nido, otra madre puso esos huevos. No permitiré que maldigan a nuestra prole.

Con eso, el gorrión se enfureció y declaró:

– ¡Entonces ya no soy tu esposo!

– ¡Qué bien! – dijo la gorriona, manteniéndose firme. Y con eso, se separaron.

Pronto, cada uno encontró una nueva pareja. El nuevo esposo de la gorriona trabajó con esmero, recogiendo paja hasta que su nido estuvo casi completo. En cuanto al gorrión, convenció a su nueva esposa para que se mudara al nido que había encontrado, y juntos comenzaron a turnarse para cuidar los huevos. ¡Pero he aquí! Un día, mientras el gorrión estaba sentado sobre los huevos, una gran serpiente se deslizó dentro, clavó sus colmillos en su cuello y lo devoró entero. Poco después, la nueva pareja del gorrión regresó del campo, ¿y qué vio? La serpiente enroscada yacía sobre los huevos, y de sus fauces aún colgaba la cola del gorrión.

Echó a volar de inmediato, gritando al gorrión muerto:

– ¡Pecaste y pagaste con tu vida!

El gato y la serpiente

Un gato vio una serpiente en un prado y saltó hacia ella. Pero la serpiente, al ver que no podía llegar a tiempo a su agujero, se enroscó y levantó la cabeza hacia el gato. Entonces el gato preguntó:

– ¿Por qué no te escabulliste adonde querías ir? Y la serpiente respondió:

– ¿Y por qué te detuviste, si ya te habías abalanzado sobre mí?

– Para verte mejor –dijo el gato.

– Bueno –dijo la serpiente –, si me has visto, ¿por qué no regresas por donde viniste, en lugar de seguir mirándome?

– ¡Oh, pero me complace verte! Tan radiante y hermosa, enroscándote y balanceándote como una esbelta doncella ante un jovencito. Y, además, no tengo nada más que hacer.

– Para ser sincera –dijo la serpiente –, no tengo mucho que hacer. Pasé todo el invierno durmiendo en un agujero y ahora salí solo para calentarme al sol. Esperaré aquí hasta que sigas tu camino, y luego me iré adonde sea que me lleve el camino.

Al oír esto, el gato comenzó a retroceder, retrocediendo lentamente, sin apartar la vista de la serpiente. Entonces, veloz como un pestañeo, la serpiente se coló en una grieta y gritó desde dentro:

– ¡Acércate, déjanos darnos un beso!

– Yo no beso a los de tu especie – dijo el gato –, pues ya he metido la nariz en tus agujeros antes. Pero tú sal aquí y jugaremos un rato.

– No, no – respondió la serpiente –. No salgo al prado por gente como tú. He oído muchas historias de mis hermanas. Nadie que se atreviera a cruzar las garras con los gatos vivía para presumir de ello, ¡y quienes jugaban con ellos nunca se quedaban con la cola!

Dos burros en una casa

Un campesino tenía dos burros con cuyo trabajo se ganaba la vida: los cargaba con leña cada día y los llevaba al mercado. Los alimentaba poco, así que solían estar hambrientos. Aguantaron mucho, hasta que un día, junto a su comedero vacío, empezaron a hablar:

– No me sorprende, hermano – dijo uno –, que nuestro amo nos trate como bestias, casi al borde de la muerte. Lo que sí me sorprende es que nunca pregunte: “¿Te cargo otra vez hoy? ¿Puedes soportarlo?”.

– No te sorprendas de él – dijo el otro –, sino de nosotros. Si no sabemos cómo hablarle, al menos sabemos cómo agacharnos bajo la carga y dejar que él la cargue.

– Esa palabra tuya no es sabia, hermano, sino una tontería – respondió el primero –. He servido a este amo un poco más que tú, y lo he intentado. Pero solo he recibido una paliza. Me golpeó con el garrote hasta que me levanté.

El león y la liebre

Un día, un león tenía un hambre terrible y partió a través del páramo árido en busca de comida. La suerte lo llevó a la madriguera de una liebre que, al ver al león, saltó y salió corriendo, y el león, hambriento y enfurecido, lo persiguió.

Casi había alcanzado a la liebre cuando, de repente, un ciervo joven y regordete saltó de un matorral cercano. En ese preciso instante, el león pensó: “Mejor atrapo al ciervo; es grande y gordo. ¿Qué haría con esta liebrequita? No es un bocado. Una vez que me lo haya comido, volveré fácilmente a por ella; sé dónde está su madriguera”.

Así que se lanzó tras el ciervo. Pero el ciervo, veloz y de patas delgadas, ganó terreno rápidamente por el prado; ni siquiera una bala podría haberlo alcanzado, y pronto desapareció en el bosque.

– ¡Ve a buscarlo al bosque ahora! – jadeó el león, jadeando por la persecución –. Será mejor que vuelva con esa liebre. Mejor picar algo que vagar por estas colinas sin comer.

Regresó a la madriguera, pero la liebre se había ido, se había esca-bullido muy lejos.



RELATOS POPULARES MONTENEGRINOS



El hermano bebe la sangre peor que un perro

En un pueblo vivían dos hermanos que, tras la muerte de su padre, recibieron una herencia indivisa. El mayor era hijo de la primera y el menor de la segunda esposa de su padre. Cuando el mayor se casó, y tenía mal carácter, ya no podía mirar a los ojos a su hermano menor ni a su madrastra, sino que los odiaba y les hacía todo tipo de maldades.

El hermano menor soportó la violencia de su hermano durante mucho tiempo, pero un día se hartó cuando atacó a su madre con un garrote y la cegó desde el umbral, y decidió ir al alguacil para quejarse y pedirle que dividiera sus bienes.

– ¡Por favor, alguacil, divídenos antes de que nos matemos, para que una maldición y una aparición sangrienta no permanezcan sobre nosotros!

Tras escucharlo, el alguacil le dijo:

– Vete a casa, aguanta hasta el domingo cuando iré con el sacerdote para que os dividáis.

Y el desafortunado hombre se fue, pero al pasar junto al corral, el perro lobo del alguacil se abalanzó sobre él y empezó a degollarlo en el prado. Al oír esto, el alguacil salió corriendo y apenas lo liberó de las fauces del perro, y luego le preguntó:

- ¡Oh, pobre de ti! ¿Dónde estaban tus manos, una piedra, un palo o algo así, para que te defiendas y no dejes que el perro te degüelle?
- Bueno, alguacil, podría haberme defendido de alguna manera, pero quería probar si tu perro bebe sangre peor que mi hermano. Bueno, ahora veo que tu perro no puede degollar como mi hermano.

¿A cómo está el pollo, Vlah?

Un chico de ciudad se enamoró una vez de una hermosa joven aldeana. La casó y la llevó a la ciudad. Pero, antes de casarse, la envió a la escuela para que se educara y aprendiera los modales y costumbres de la gente noble. Pocos días después de la boda, la llevó a dar un paseo y se detuvieron por casualidad en el mercado donde los campesinos exhibían sus productos. Ella, recién llegada a la aldea, vio a su anciano padre con su sencillo atuendo campesino, encorvado contra el invierno con un abrigo remendado bajo un tronco deshojado, y frente a él dos o tres pares de pollos. Sin embargo, al acercarse, no lo saludó como a su padre, sino que, ahora convertida en dama y conocedora de las costumbres de la ciudad, le dijo:

—¿A cómo está el pollo, Vlah?

Su padre la miró y la reconoció, diciendo:

— ¡Ah, niña! ¿No lo sabes? En una mala hora, te convertiste en dama, y a la novena, ¡olvidaste tu lengua materna! ¡Y fuiste tú quien los vendía el año pasado!

¹ *Vlah* es un término tradicional utilizado por los pueblos eslavos de los Balcanes para referirse a un miembro de una comunidad pastoral o de habla romance. En este cuento, se refiere al padre como representante de su herencia rural y campesina.

La doncella y el señor Jovo

Una doncella fue una vez al mercado con un cubo de leche sobre la cabeza, y hablaba consigo misma mientras caminaba, pensando en cómo ganarse la vida comprando y vendiendo. Y calculó así:

– Cuando llegue al mercado, venderé esta leche y compraré una gallina. La cuidaré hasta que ponga huevos, y de ellos saldrán sus crías. Cuando los pollitos crezcan, venderé la gallina y las crías en el mercado, y con el dinero compraré un cordero. Lo alimentaré hasta que tenga crías, luego venderé la oveja y el cordero, y con la ganancia compraré un ternero. Lo criaré hasta que para, y luego venderé la vaca y el ternero en el mercado, y con ese dinero compraré un vestido rojo, como el de la esposa del sacerdote. Entonces los muchos dirán entre sí: “¡Qué hermosa doncella, con su vestido rojo!”. Y yo me pavonearé y me pavonearé como una pava real. Mientras estaba absorta en sus pensamientos, se encontró con el señor Jovo, quien se quitó la gorra y le dijo:

– ¡Que Dios te ayude, doncella!

Pero ella, olvidando el cubo de leche sobre su cabeza, hizo una reverencia como correspondía, y el cubo cayó ante ella. La leche se derramó al suelo. El señor Jovo le preguntó:

– ¿Qué te ha pasado, doncella?

– ¡Ay de mí! – dijo ella –. ¡Que todo lo que he ganado se lo trague la tierra! Y lo perdonaría todo, pero el vestido rojo, ¡jamás lo olvidaré!

El amo y el jornalero

Había una vez un amo adinerado que buscaba a un hombre para cavar un amplio huerto, y encontró a un pobre hombre que consintió. El hombre exigió que su salario se midiera en monedas pequeñas, que se pesaran con una modesta piedra en la balanza; sin embargo, el amo le exigió que trabajara hasta la puesta del sol.

Y el trabajador cavó y trabajó todo ese día hasta que el sol se ocultó, y luego dejó su pala a un lado, con la intención de descansar. Pero el amo lo interrumpió, diciendo:

– ¡No dejes tu trabajo sin terminar! Si el sol se ha puesto, mira, sale la luna, ¡y son hermanos!

¿Qué podía hacer el pobre hombre? Tomó su pala una vez más y trabajó bajo la luna hasta las primeras luces del alba. Al llegar la mañana, el amo sacó la balanza y comenzó a pesar las monedas, colocando la modesta piedra sobre el platillo. Pero el trabajador levantó una gran piedra, que pesaba muchos okas, y dijo:

– ¡Pon esta piedra también en la balanza, porque es hermana de la piedra más pequeña!

– ¿Qué hermano? – exclamó el amo. – ¿No quedamos en que pesaría tu salario solo con esta piedra más pequeña?

– Sí, quedamos – dijo el amo –, pero también quedamos en que trabajaría bajo el sol, ¡y he aquí! Trabajé igualmente bajo la luna.

Por lo tanto, la piedra más grande debe soportar el peso de su hermana.

Así que comparecieron ante el tribunal, y los jueces declararon: “Como este hombre ha trabajado más que nadie, ¡el amo le pagará un salario más alto que el de cualquier hombre!”

Ella se vengó

Una vez, una mujer le pidió a un tendero que le vendiera algunas mercancías pagando a crédito. El hombre era tacaño y, al oír su petición, la rechazó bruscamente con palabras groseras.

– Muy bien – dijo la mujer –, ¡escucha mi palabra, me vengaré! – y con eso, salió del puesto.

Al cabo de un rato, la misma mujer regresó a la misma tienda. Pidió un pañuelo de seda, y el tendero le ofreció uno para que eligiera. Tras elegirlo y pagarlo, tomó su compra y se paseó por la tienda para mirar los demás artículos. Enseguida entró otra clienta, y el tendero la apartó de su vista. La mujer había estado esperando esta oportunidad, así que metió un cigarrillo encendido en el bordado de seda que acababa de comprar. Cuando la seda empezó a humear, el tendero se alarmó, pero, al ver que no eran sus mercancías las que ardían, sino las de la mujer, gritó:

– ¡Mujer, mira, tu pañuelo está ardiendo, y no haces nada! – Que se queme – respondió ella –, ¡el diablo se lo llevará pronto!

Sorprendido por tal respuesta, el tendero la presionó con preguntas: ¿quién era, a quién tenía en casa, cómo vivía? Ella respondió llorando:

– Tengo un marido que ha andado por un camino tortuoso. Se ha enamorado de otra mujer y no me soporta. Le dio todo lo que

tenía a esa mujer. Luego me envió a comprar este mismo pañuelo para dárselo. ¡Debo obedecerle, tal es mi situación!

Dicho esto entre lágrimas, tomó su pañuelo chamuscado y se fue. Pero en lugar de irse a casa, se acercó a la casa del tendero, se agazapó afuera y comenzó a llorar. La esposa del tendero oyó el llanto, salió y le preguntó qué le pasaba. Cuando la mujer respondió que un dolor le había agarrado el vientre, la señora la tomó de la mano, la condujo adentro y la colocó junto a la chimenea para que se calentara. – ¿Te traigo un vaso de agua? – preguntó la señora.

La mujer asintió, y mientras la señora iba a buscar agua, levantó la alfombra y metió el pañuelo chamuscado debajo. Cuando la señora regresó y la mujer hubo bebido, dijo que se sentía mejor, dio las gracias a su anfitriona y se marchó.

Esa tarde, el tendero llegó a casa y, cansado, se sentó en su sitio de siempre. Observó que la alfombra estaba torcida y la enderezó. Al hacerlo, su mano palpó y sacó el mismo bordado que había vendido. Lo reconoció al instante y se puso pálido como un trapo. De inmediato, se le ocurrió la idea de que el marido de la mujer había ido a ver a su propia esposa. Enfurecido y llorando para que todos los vecinos lo oyeran, echó a su esposa a la calle. A la mañana siguiente, todos sabían que el tendero había echado a su esposa. Ese mismo día, mientras estaba sentado hosco en su tienda, la mujer que había comprado el pañuelo de seda volvió y le pidió más.

– ¡Al diablo contigo, con tu pañuelo y con tu marido! – gritó –. ¡Vete y no vuelvas a cruzar mi umbral!

– Pero, buen hombre – respondió ella –, al menos dime qué pecado he cometido para que me lo pagues así.

Como él no le hacía caso, ella le rogó con terquedad que le diera la seda, y luego le dijo así:

– Si no me vendes otro pañuelo, no tengo adónde ir, porque no me atrevo a volver. Cuando te compré esto ayer, me dolía el estómago en la calle, y, por fortuna, me encontré en casa de una amable mujer que me acogió y me calentó. Allí sentada, olvidé mi pañuelo y ahora no sé qué casa era.

El tendero lo recordó enseguida: había echado a su inocente esposa por nada. Inmediatamente ordenó a sus sirvientes que la llevaran a casa y le trajeran el pañuelo.

Cuando todo estuvo arreglado, la mujer se giró y dijo:

– ¡Mira, ya me he vengado!

El sacerdote y la anciana

Después del servicio, el sacerdote habló a su rebaño:

– En el próximo día santo¹, que todos estén presentes en la iglesia, hombres y mujeres, para que pueda ver si todos en mi parroquia saben hacer correctamente la señal de la cruz.

Y una anciana dijo:

– ¿Voy yo también, padre?

– ¡Ven, abuela! Y si te santiguas, un saco de grano será tuyo – dijo el sacerdote para que todos pudieran oírlo.

La anciana se regocijó enormemente y practicó la señal de la cruz, tanto de día como de noche, hasta que se acercó el día santo y llegó la hora de volver a la iglesia. Esa misma mañana se levantó temprano, tomó a su hijo y le entregó el saco, y luego fue directamente a la iglesia delante de todos, para estar al frente y que el sacerdote la viera primero. Al terminar el servicio, el sacerdote salió a observar cómo sus feligreses hacían la señal de la cruz.

– ¡Yo iré primero! – exclamó la anciana, adelantándose.

¹ El día del santo es una festividad en la Iglesia Ortodoxa que honra a un santo en particular. En la tradición popular, estos días eran ocasiones para asistir a la iglesia, observar rituales y, a veces, para competir o mostrar piedad.

– ¡Muy bien, abuela, ven, enséñame tu cruz!

La anciana se enderezó y, con la mayor gracia posible, juntó tres dedos de su mano derecha e hizo la señal:

– En la frente:

– En el Nombre...

– En el pecho:

– Del Padre...

– A la derecha:

– Y del Espíritu Santo...

– A la izquierda:

– ¡Amén!

– ¿Y dónde está el Hijo, abuela? – preguntó el sacerdote.

– ¡Míralo aquí, lo juro por mi alma! ¡Trajo el saco del grano!

El tocino del señor

Un campesino le debía al señor una carretada de avena y otra de cebada; acordaron que pagaría el día de San Demetrio, o a más tardar el día del Arcángel. Llegó el primer día, y allí estaba el señor para cobrar su deuda, pero el campesino no tenía ni una moneda, ni nada vivo en la casa, salvo un cerdo grande y gordo.

– ¡Dinero para el miércoles! – exclamó el señor.

– ¡No tengo nada, mi señor! – respondió el campesino – ¡por todos los mundos, nada más que este cerdo! Si Dios quiere, para el día del Arcángel, si lo alimento un poco más, este cerdo me dará dos ducados más.

– ¡No espero, ni vendré a pedir mi dinero dos veces! – dijo el señor.

Dicho esto, llevó el cerdo delante de él, y la esposa y los hijos del deudor rompieron a llorar y a lamentarse.

– No lloren – los tranquilizaba el campesino –. El señor se ha llevado al animal vivo, y yo, si Dios quiere, lo traeré muerto a casa.

Cuando supo que el señor había mandado matar al cerdo, el campesino se escabulló una noche hasta su casa y se deslizó bajo el alero hasta el desván. Allí encontró tocino colgado a secar; lo cortó y se lo echó al hombro. Pero el tocino era pesado, y una delgada viga bajo su pie se rompió, y con todo su peso cayó de golpe sobre la cama donde dormía el señor.

El señor se levantó de golpe y, escudriñando la oscuridad con miedo, gritó:

– ¿Quién es este que está en mi casa esta noche?

– ¡No grite! – respondió el campesino –. Soy el diablo cornudo, y les he traído un trozo de tocino como regalo, para que sepa cómo es nuestro tocino. El señor se aterrorizó aún más y empezó a persignarse, gritando:

– ¡No quiero, no quiero tu tocino! ¡Llévatelo de mi casa!

– ¡Ah! – dijo el campesino –. Si no quieres, ¡cálzalo sobre mi espalda!

Así que el señor lo levantó, y el campesino salió por la puerta y regresó a su casa.

Fue a Venecia por una carga de lino

Un hombre de Kotor se había casado por segunda vez y le preguntó a su esposa si sabía hilar. Cuando ella respondió que sí, el marido empezó a comprar fardos de lino veneciano en las tiendas. Pero pronto descubrió que los comerciantes, al revender el lino, se llevaban mucho más de lo debido, y se enfureció, diciéndose a sí mismo: “¡Usureros y gente desalmada! ¡Ya no me esquilmaréis como a una simple cabra! ¡Si hasta ahora he sido un búho insensato, de ahora en adelante seré un halcón y un lobo!” Resuelto, partió hacia Venecia, sin revelar a nadie su propósito, y se embarcó en el primer barco que zarpó de la bahía hacia Venecia.

Al llegar, preguntó dónde podía comprar lino al mejor precio. Y vagando por los mercados venecianos, encontró fardos con un ducado menos que los de los comerciantes a quienes les había comprado en casa; allí sí compró uno.

De regreso a casa, su esposa le preguntó por qué había viajado a Venecia y si había comprado algo allí. Con orgullo respondió:

– ¡Mira qué marido tan sabio y ahorrativo tienes! Y mira también que nuestro vecino Gašpar¹ sabrá que yo también entiendo el oficio del comercio.

¹ *Gašpar*, mayordomo o tesorero local; el nombre es una forma regional de Gaspar, uno de los Reyes Magos bíblicos. Derivado de *ghaz* (“tesoro”) y *bar* (“administrar”), refleja su papel como supervisor y testigo en la historia.

La liebre en el bosque, la cacerola en el fuego¹

La esposa de un campesino pobre había sido despojada de todos sus harapos y no tenía ni una camisa entera; andaba hecha jirones. Su esposo no soportaba verla más, tan pobre y andrajosa, así que le dijo:

– A fe mía, esposa, ya que hemos ahorrado unas monedas, iré al pueblo a comprarte un vestido y algunas otras cosas para vestirte.

La mujer se alegró. Después de despedir a su esposo, cerró la puerta, se despojó de los escasos harapos y los echó al fuego para que ardieran. Allí, desnuda, esperó a su esposo.

A una hora intempestiva, el esposo regresó, llamó a la puerta y gritó:

– ¡Abre, mujer, que ya vengo!

– ¡No puedo, estoy desnuda! Pero si me has comprado ropa, ¡échala por la ventana para que pueda vestirme primero!

– No te compré ropa, porque no encontré nada que me sirviera; ¡compré un ganso!

.....
¹ “La liebre en el bosque, la olla en el fuego” es la traducción literal de un dicho popular que significa que los preparativos están hechos, pero el objetivo principal aún no se ha alcanzado. “El carro delante del caballo” sería una variante inglesa, y “vender la piel del oso antes de cazarlo” una española.

El hombre desafortado huye de la fortuna

Se cuenta que vivió una vez un hombre diligente y honesto, pero todo lo que hacía se convertía en pérdida, nunca en ganancia. Quienes lo conocían lo compadecían y buscaban ayudarlo de alguna manera, pero él siempre les respondía lo mismo:

– ¡Es en vano, buena gente, no hay mejoría para mí cuando Dios no lo quiere! ¡Quien nace bajo una estrella desafortunada, la desgracia lo seguirá desde el pañal hasta la mortaja!

Un hombre rico que lo conocía decidió comprobar si era realmente como el pobre desgraciado afirmaba. Así que lo invitó a cenar con él y, en secreto, le ordenó a su hijo que dejara una bolsa con dinero a la vista en la encrucijada, diciéndole:

– Escóndete al borde del camino y vigila, no sea que otro la encuentre y se lleve el dinero. Pero cuando nuestro invitado pase, que se la lleve.

El hijo obedeció. Después de la comida, el desafortunado dio gracias y se marchó. Al llegar al cruce, se detuvo, sacó su petaca, llenó su pipa, encendió una chispa, dio unas caladas y, sin bajar la vista al suelo, siguió recto por el camino.

El hijo del hombre rico, al ver que el hombre había pasado junto a la bolsa de dinero, gritó:

– ¡*Kum*, oh *kum*¹! ¡Se te cayó la bolsa de dinero al golpear la pipa!
¡Date la vuelta y tómalala!

Pero el pobre le respondió:

– ¡No, hijo mío, no la perdí yo, sino quien es más afortunado que yo! ¡Si la hubiera perdido yo, ten por seguro que nunca la habría recuperado!

.....
¹ *Kum* es un término ritual de parentesco utilizado en las culturas balcánicas. Puede referirse a un padrino, un padrino de boda o un amigo cercano, unido por una promesa sagrada. En este cuento, se utiliza como una forma familiar de dirigirse a los hombres.

Un buen consejo es mejor que el oro

Se cuenta que vivió una vez un hombre diligente y honesto que, tras pasar muchos años sirviendo en el extranjero, solo había ahorrado tres ducados, con los que ahora regresaba a casa. Por el camino entró en una taberna llena de gente, todos hablando excepto uno que guardaba silencio.

– ¿Qué le pasa a este hombre? – preguntó a los demás. – ¿Está enojado o es un tonto?

– Es un sabio – le respondieron. – Cada palabra que pronuncia vale un ducado.

El hombre lo miró en silencio y pensó: “¿Por qué no debería ponerlo a prueba por un solo ducado? Una palabra sabia puede valer más que todo el dinero del mundo”. Y así se dirigió al hombre silencioso, ofreciéndole un ducado:

– Ya que todos dicen que eres sabio, ¡déjame escuchar también lo que me digas!

El sabio se volvió hacia él, tomó el ducado y dijo:

– ¡Cuando te encuentres con un arroyo turbio, no lo cruces!

El hombre pensó: “¡Eso ya lo sabía! ¡Qué tonto soy al haberle dado un ducado!”. Se sentó un rato, observando al hombre silencioso, y luego, reconsiderándolo, quiso ponerlo a prueba una vez más:

– Dime otra cosa.

El sabio aceptó un segundo ducado y respondió:

– ¡Cuando entres en una taberna donde vive un anciano con una joven esposa, no te quedes a pasar la noche allí!

El hombre murmuró: “¡Qué locura es esta!”. Pero no pudo resistirse, y preguntó por tercera vez:

– ¡Habla una vez más!

– ¡Levanta, pero no golpees! – dijo el sabio; y luego se dio la vuelta en silencio.

El hombre lamentó haber gastado todo lo que tenía en esas pocas palabras crípticas, pero los ducados se habían perdido y partió afligido.

Mientras viajaba, llegó a un arroyo sin puente. El agua estaba turbia, el fondo invisible, pero parecía que podría cruzar descalzo. Al empezar a quitárselos, recordó las palabras del sabio y se detuvo. Mientras pensaba qué hacer, un turco se acercó a caballo, seguido de un sirviente que conducía una mula cargada.

– ¿Por qué te sientas aquí, *Vlah*? ¡Cruza el arroyo! –ordenó el turco con severidad.

– Ve primero, no me atrevo a pasar antes que tú –respondió el hombre.

Apenas el turco había entrado en el arroyo, caballo y jinete se hundieron en las aguas turbulentas. El hombre y el sirviente observaron el remolino que se tragó a caballo y jinete; cuando se hizo evidente que no saldrían a la superficie, decidieron repartirse el botín. En el cargamento había bolsas llenas de monedas de oro.

Así continuó el hombre hasta que, al anochecer, llegó a una taberna donde había crecido un gran olmo. Al entrar, vio a una joven y atractiva anfitriona, y poco después a su esposo, un anciano débil. La anfitriona, moviéndose entre los invitados, contoneaba sus caderas y exhibía sus encantos. El hombre recordó la advertencia del sabio y no quiso quedarse allí a pasar la noche, sino que siguió adelante.

Viajó mucho hasta que, cerca del atardecer, llegó a una taberna a un día de camino de su casa. Cansado, decidió pasar la noche allí. Ya desde la puerta reconoció la voz de su esposa, y entonces la vio sentada a una mesa con un joven desconocido. Se sentó en otra mesa desde donde podía observarla sin ser visto. Su esposa trató al joven con cariño e incluso le acarició la cabeza; sintió un nudo en la garganta de celos.

Al caer la noche, los invitados se retiraron a sus habitaciones, y la mujer se acostó con el joven. Todos se durmieron pronto, pero él permaneció despierto, ardiendo de celos y rabia. Finalmente, no pudo soportarlo más, y cuchillo en mano se acercó a ellos, con la intención de atacar. Al inclinarse sobre la cama y levantar el brazo, recordó las palabras del sabio y contuvo la mano, decidido a averiguar la identidad del joven a la mañana siguiente.

Cuando los invitados se reunieron para desayunar, se sentó a esperar a su esposa y al joven. Un viajero recién llegado contó cómo, en la taberna bajo el olmo, un anciano posadero había sido abatido con un hacha, y la culpa había recaído sobre un desafortunado forastero que se alojaba allí. El hombre recordó de nuevo las palabras del sabio. Pronto apareció su esposa con el joven y se sentaron a la misma mesa. Incapaz de aguantar más, se acercó y habló con ella, pero sin revelarse:

– ¿Quién es este apuesto joven?

– ¡Mi hijo! –respondió ella con orgullo.

– ¿Y dónde está tu marido?

– Se ha ido a servir al extranjero, y aún no he tenido noticias tuyas. ¿Qué debo hacer? Vivo con mi hijo, esperando su regreso. Entonces el hombre dejó escapar una lágrima de alegría y se reveló a su esposa e hijo. Más tarde, buscó al sabio cuyas palabras lo habían salvado y le dio gracias, pero no lo encontró por ningún lado. Quienes lo recordaban decían que no era un hombre común, sino un santo.

La esposa desleal

En cierta aldea, vivían dos hermanos jurados, tan unidos como si hubieran nacido del mismo vientre, siempre dispuestos a ayudarse mutuamente. Uno de ellos tenía una esposa que no era leal; cuando su hermano jurado se dio cuenta de todo lo que hacía, le advirtió con ternura que tuviera cuidado, diciéndole que podría arruinarlo. Pero el hombre no le creyó y elogió a su esposa, diciendo que no había nadie mejor en el mundo.

Así continuó un tiempo hasta que quedó claro que las palabras no servían. Entonces el hermano jurado pensó en cómo abrirle los ojos a su amigo y propuso un juicio contra la esposa. Reacio y enojado de que su amigo hablara así de su esposa, el otro consintió. Siguiendo el consejo de su camarada, mató a un lechón, lo enterró detrás de la casa y, todo ensangrentado, entró en la casa y gritó: “¡Esposa, ayúdame a lavarme esta sangre!”. Se quitó la camisa y se la ofreció. Cuando la mujer vio a su marido tan ensangrentado, gritó:

– ¿Qué has hecho? ¡Ay de mí, esta noche y para siempre!

– ¡Calla, esposa! – dijo –. Te conjuro por mi familia que nadie me oiga. Hace poco maté a un hombre y lo enterré detrás de la casa.

Al oír esto, la mujer se sobresaltó como si le hubieran disparado, saltó por la puerta y corrió por el pueblo, gritando a voz en cuello:

– ¡Oh! ¿No hay nadie por ninguna parte? ¡Mi marido ha matado a un hombre!

Al oír esto, la gente corrió e irrumpió en la casa; allí estaba sentado el dueño de la casa, todo ensangrentado. Lo ataron enseguida y lo llevaron a un lugar para que les dijera dónde estaba enterrado el hombre. Cuando cavaron, encontraron al lechón. Los aldeanos reunidos se quedaron atónitos; entonces el hermano jurado habló ante todos:

– Mi hermano jurado hizo esto para probar a su esposa. Todos sabéis cómo es; no lo vería, así que ideé esta prueba para que aprendiera por sí mismo.

Un insulto pagado con bondad

Un hombre de Berane pasaba por un pueblo cercano cuando le sorprendió la lluvia, así que entró en la primera casa que encontró. Dentro, encontró a mucha gente reunida. Ese día, el anfitrión celebraba la fiesta patronal de su familia. El dueño de la casa lo recibió y, tras brindar por todos sus amigos, brindó también por el forastero:

– ¡Buena salud, amigo, que vienes hoy sin invitación!

Un poco más tarde, brindó por segunda vez:

– ¡Buena salud, mi invitado inesperado!

Y una tercera:

– ¡Buena salud, ni pagas ni devuelves!

Así, el anfitrión brindó varias veces, mientras el pobre hombre de Berane se sonrojaba de vergüenza. Cuando cesó la lluvia, continuó su camino.

Poco después, una sequía trajo escasez de grano, que también afectó al pueblo donde vivía el anfitrión. En apuros, ensilló su caballo y cabalgó hacia Berane, con la esperanza de comprar suficiente grano para alimentar a su familia. Buscó todo el día, pero encontró poco grano, y a un precio muy alto. Al anochecer, lo vio el hombre de Berane que había sido su huésped. Al reconocerlo, el de Berane gritó:

– ¿Adónde vas, amigo?

– Vine a comprar grano, pero hay poco, y lo que hay cuesta caro – respondió el hombre, mirándolo fijamente, pero sin reconocerlo.

– Tengo mucho grano – dijo el de Berane – Ven conmigo, nos pondremos de acuerdo fácilmente.

El hombre se alegró y lo acompañó. La familia de su anfitrión lo recibió amablemente, lo sentó a la mesa para compartir la cena y le proporcionó una cama cómoda para pasar la noche, mientras su caballo comía heno y avena. Por la mañana, el hombre de Berane cargó su caballo con cien oka de trigo fino.

– ¿Cuánto te debo, hermano? – preguntó el hombre mientras se disponía a irse.

– Nada en absoluto. ¡Sigue adelante!

– ¿Cómo puede ser nada?

– Te doy esto – dijo el de Berane – por la bienvenida que me diste cuando estaba en tu *slava*¹, cuando me decías que no pagaba ni devolvía.

¹ Fiesta del día del santo correspondiente a la familia.

El campesino y su podadera

Un domingo, un campesino se dirigió a la iglesia, llevando consigo una podadera para, después de la liturgia, cortar unos brotes de avellano para la cerca de cañas. Al meter un pie por la puerta de la iglesia, que era muy estrecha y baja, no pudo pasar el otro. Se esforzó con todas sus fuerzas, pero fue en vano. Asustado y exhausto, gritó:

– ¡Ayúdame, padre, por el amor de Dios!

– ¿Qué te pasa, hombre? ¿Te ha tocado la mala suerte? – llamó el sacerdote desde el altar.

– ¡¿Qué quieres decir, padre?! ¿No ves que los mismos santos me impiden entrar a la iglesia? Esta mañana le robé un saco de patatas a mi *kum*, ¡y ahora su maldición cae sobre mí!

Cuando el sacerdote se acercó, vio que el campesino había clavado su podadera en cruz tras su cinturón, y los dos extremos estaban enganchados a ambos lados del marco de la puerta. El sacerdote colocó la podadera en posición vertical contra su espalda, y el hombre se deslizó dentro.

Aterrorizado, el campesino comenzó a besar todos los íconos que veía, y después de la liturgia, le dio al sacerdote diez para¹ por haberlo liberado de un terrible pecado. Al salir, dijo:

¹ Para es una moneda pequeña de bajo valor en Montenegro, a menudo utilizada en cuentos populares para indicar un pago modesto o ahorro.

– En verdad, Padre, te juro por este mundo y el otro, ¡que nunca en mi vida he visto una iglesia más pequeña ni santos más firmes!

El campesino y el abogado

Una vez, un campesino se dirigió a un pueblo cercano a vender lana y diezmos, y con el dinero pretendía comprar aceite para lámparas, sal y otros artículos de primera necesidad. Tras vender lo que había traído y comprar lo necesario, empezó a deambular para observar el pueblo y notó un flujo constante de gente entrando y saliendo de una casa. Curioso, preguntó a un transeúnte:

– ¿Adónde van? ¿Es una iglesia o un mercado?

– Ninguna de las dos cosas – respondió el desconocido –. Aquí es donde se sienta el abogado.

– ¿Y qué es un abogado?

– Es un hombre como cualquier otro, solo que vende sabiduría por dinero.

Al oír esto, el campesino decidió ver a este sabio con sus propios ojos. Entró y se sentó en la sala de espera.

Una vez que el abogado despidió a todos, solo el campesino permaneció ante la puerta. El abogado preguntó:

– ¿Qué quieres? ¿Tienes alguna disputa con alguien?

– No tengo ninguna.

– ¿Quizás quieras vender o comprar algo?

– Ya lo he hecho.

– ¿Entonces qué quieres de mí?

– Solo deseo verte y preguntarte cuánto cobras por tu sabiduría.

Al ver la sencillez del campesino, el abogado preguntó:

– ¿Cómo te llamas?

– Ćetko.

– ¿Y tu apellido?

– Drekalović.

El abogado tomó su libro de contabilidad, comenzó a escribir algo, arrancó una hoja de papel del libro, la dobló varias veces y se la entregó al campesino, diciendo:

– Aquí tienes un poco de sabiduría; dame una pleta¹ a cambio.

El campesino le entregó una pleta, envolvió la nota en un paño y se la guardó en el pecho.

Al regresar a casa, se sentó a cenar con su esposa. Ella dijo:

– Traigamos el grano de la era. Temo que llueva esta noche.

La familia no estuvo de acuerdo; algunos dijeron que no llovería, otros insistieron en que podían esperar hasta la mañana. Entonces el campesino se levantó y dijo:

– ¡Apártense! ¡Tengo ingenio suficiente para cualquier trabajo!

Llamó al sacerdote y le entregó la nota para que la leyera en voz alta:

¹ *Pleta* es un término arcaico que designa una pequeña suma de dinero, un puñado de monedas o una moneda de plata.

– ¡Díganos, padre, qué dice la sabiduría!

El sacerdote leyó:

– Ćetko Drekalović, lo que se pueda hacer hoy, que no se deje para mañana.

– ¡Ah! – exclamó Ćetko. – ¡Qué diría la sabiduría ociosa! ¡Bendita sea su pleta! ¡Ahora, cada uno a su trabajo!

Ćoso y las hechiceras

Un hombre llegó tarde a casa una noche, y su esposa, que lo esperaba preocupada, lo llamó al verlo en la puerta:

– ¿Dónde has estado tanto tiempo, buen hombre? ¡Es medianoche y tú no puedes volver a casa como los demás!

– ¡Qué la pena él lo conozca mejor que nadie! – respondió.

– ¿A quién te refieres? – preguntó ella.

– ¿A Ćoso, a quién otro?

– ¿A Ćoso? ¿Quién es?

– ¡Al hijo de Ćoso Mišan, el más asqueroso de los asquerosos!

– ¿Qué le ha pasado? – preguntó la esposa mientras él se sentaba junto a la chimenea para calentarse.

– ¡Qué escándalo, que se haya enzarzado con los hermanos Gabelji!¹ – empezó. Bajo esa Viga Negra, al lado este del mercado, los Gabelji extendían sus mantas. Ćoso se acercó, se paró frente a ellos y habló, relatando algunos asuntos importantes. Los Gabelji lo vieron y saltaron a ambos lados, blandiendo sus garrotes para golpearlo, mientras una mujer Gabelji lo agarraba de la manga y no lo soltaba. Una vergüenza tan grande lo invadía por todas partes,

¹ *Gabelji* se refiere a los clanes romaníes (gitanos) itinerantes de la región, que a menudo se dedicaban a diversos oficios o espectáculos.

se oían insultos atroces, y él, vil desgraciado como era, no podía hacer más que agacharse y sufrir. No soportaba verlo arruinado, así que salté y le agarré la mano para apartarlo, gritando: “¡¿Qué, pobre desgraciado?! ¿Has venido aquí a encontrar tu destino?”. Lo atraje, pero la maldita Gabeljka no me soltó, y los demás Gabelji se volvieron cada vez más feroces, azotando y golpeando con sus garrotes, tajando y cortando con una rabia implacable. Aquí, pensé, la desgracia también me ha alcanzado, así que cogí mi pistola y la blandí hacia ellos. Los Gabelji retrocedieron y dejaron ir al desgraciado. Estaba desangrado, pálido como un trapo, sin una gota que manchara una navaja. Le pregunté: “¿Por qué fuiste allí, pobre alma?”, y empezó a excusarse: “¿Cómo, por favor, pudiste preguntar por qué? ¿No me quitaron ese miserable trozo de carne a plena luz del día?”. Entonces le pregunté si su casa había estado abierta, y dijo que sí, que había estado sentado en medio. “¿Cómo entonces te quitaron la comida los Gabelji? ¿Dormías?”, pregunté. Juró que había estado despierto.

– ¿Cómo, por favor, pudieron quitarle la comida entonces? – mi esposa se maravilló con esta historia.

– No te vas a creer lo que pasó; Así me lo contó Čoso, palabra por palabra:

“No puedo decírtelo, porque te burlarás de mí. Aun así, te lo diré. Hace mucho tiempo, como sabes, las mujeres Gabelji pasaron por aquí e hicieron ciertos amuletos y protecciones contra los malos espíritus. Y he aquí que ayer mismo, dos de ellas se reunieron, justo en medio de mi casa. Se ofrecieron a hacerme un favor por un florín, y pensé: ‘¿Por qué no intentarlo?’ Así que pregunté: ‘¿Podrían hacerme crecer un bigote?’. Respondieron: ‘Lo haremos; es el espíritu maligno quien te los quitó sobre la boca. Dame un florín y te crecerán los bigotes más hermosos’. Y, para mi desgracia,

creí que era verdad y di el florín. Entonces una de ellas sacó una sábana y leyó algo, y dijo: ‘¡Estará bien, solo trae una manta y una cúpula para hornear!’. Las fui a buscar, y me hicieron sentar en medio de la casa, me cubrieron completamente con la manta y me pusieron la cúpula de hornear sobre mi cabeza. Entonces el otro comenzó a golpear la cúpula con un palo, cantando:

‘¡Golpea, golpea la sartén, que crezcan poderosos bigotes! ¡Rasga, corta y no te preocupes, mira hacia arriba, no hacia abajo, coloca el mío en el tuyo! No termines ni te arrepientas, aquí cantaré por mucho tiempo. ¡Golpea, golpea la sartén, que crezcan poderosos bigotes!’

Y así me senté, cubierto con la manta y la cúpula sobre mi cabeza, pensando: ‘Estará bien, ya que se toman tantos trabajos. Que el florín les sirva de algo’. Cuando terminaron, el que había golpeado la cúpula dijo: ‘No te descubras hasta que nos hayamos ido, porque si nos vieras, el bigote huiría tras nosotros; así no lo hará, porque no sabrán adónde fuimos’. Así que me quedé una hora más. A mal tiempo, me destapé y me palpé debajo de la nariz: no había rastro de bigote. Miré a mi alrededor, y no había ni carne ni tocino. Er la carne de vaca carne y un poco de tocino que colgaba de las vigas para curarse. Por eso fui allí, a reclamar mi carne, y de no ser por ti casi me habría ido mal. Ahora no sé qué hacer.”

Quando escuché la historia de Ćoso, respondí: “Nada, a cambio: solo si tienes algún huevo, llévaselo para que lo picoteen con ese tocino”.

Los molineros sin agua

En una aldea donde no había molino, los campesinos se vieron obligados a llevar su grano a una aldea lejana para que lo molieran. Cansados al fin, se reunieron un día para deliberar qué hacer. El jefe de la aldea dijo:

– Venid, hermanos, construyamos un molino propio, para no tener que seguir trabajar llevando nuestro grano lejos. Que sea para todos por igual, y que cada uno participe de lo que produzca. Para servir a todos con justicia, lo mejor es que lo ubiquemos en el corazón mismo de la aldea.

Contentos con su consejo, todos los campesinos estuvieron de acuerdo y se pusieron a trabajar con diligencia: trajeron arcilla y piedra, encargaron las muelas superior e inferior, juntaron madera para techar el molino y rápidamente terminaron la construcción sobre una pequeña elevación en el centro de la aldea. Cuando el maestro de obras cobró su sueldo, cada familia trajo una carga de grano, y el jefe dijo:

– ¡Vamos, hijos, en nombre de Dios, abran la compuerta para que fluya el agua! Seré el primero en verter mi grano para que sea molido.

Los campesinos corrieron a abrir la compuerta, pero no salió agua.

– ¡Buen señor, nuestro cacique, no hay ni una gota en la compuerta!
¿De dónde sacaremos el agua?

– ¡Ah, como le falta ingenio a un pobre! – dijo él. – Hermanos, a decir verdad, ¡nunca pensé en el agua!

Dos campesinos en un día de santo

Dos campesinos fueron al pueblo a vender grano. Al llegar, cansados y hambrientos, vieron frente a una taberna mesas repletas de todo tipo de carnes, quesos y otras viandas. Ambos pensaron que el posadero estaba celebrando su santo y comenzaron a saludarlo con buenos deseos para su fiesta, para que siempre le trajera felicidad y alegría. Luego se sentaron ante un cordero asado y comenzaron a comer.

El posadero, creyendo que ambos estaban celebrando algo, les trajo vino. Después de que cada uno hubo bebido dos vasos, les puso una jarra delante. Entonces empezaron a ver quién bebía más. Uno de ellos levantó la jarra y brindó:

– ¡Salud, hermano anfitrión! Que siempre celebres el día de tu santo, y que siempre traiga invitados, voluntarios e involuntarios, a tu honrada casa, dejando abundantes bendiciones. ¡Buena salud y gracias por el honor y tu amabilidad! ¡Quien muestra honor será honrado, si Dios quiere!

Así bebieron y festejaron hasta saciarse, cuando por fin llegó el posadero y les dijo cuánto debían pagar por la comida. Los dos campesinos se miraron, y uno dijo:

– ¡A fe que este anfitrión es extraño! Celebra un banquete y cobra a sus invitados. Quizás sea sordo y no haya oído mi brindis. ¡Vamos, Jovan, brinda tú también y habla más alto que yo!

– ¡No, no! – dijo el posadero, de pie junto a la mesa –. ¡Yo no soy sordo, pero vosotros estáis locos! Hoy no es mi santo. ¡Paguen lo que les dije!

Los campesinos, confundidos, se preguntaban unos a otros:

– ¿Qué hacemos ahora?

– ¡Está mal! ¡Dejémosle los caballos hasta que traigamos el dinero y paguemos esta comida!

Este año no llegará la Navidad

Había un sacerdote en un pueblo, pobre de cultura, que apenas sabía leer y apenas escribía su nombre. No tenía un libro de días festivos, pero cuando comenzaba el ayuno, se metía en el bolsillo tantas habas como días faltaban para el día festivo, y cada mañana tiraba una. Así contaba cuándo caía la fiesta.

Antes del ayuno de Navidad, su esposa, la presbítera, tomó su sotana para remendarla por los codos. Y al encontrar las habas en el bolsillo, sin saber qué significaban, las echó. Cuando el sacerdote se puso la sotana remendada y metió la mano en el bolsillo para contar las habichuelas, no había ni una. Alarmado, gritó:

– ¿Quién ha estropeado mi Navidad?

– ¡Dios te salve! – exclamó la presbítera. – ¿Quién podría estropear la Navidad?

– ¿Pero dónde están las habichuelas de mi bolsillo?

Sin entender su propósito, la esposa fue al almacén, sacó medio puñado del saco y se las dio, diciendo:

– ¡Aquí tienes tus habichuelas!

El sacerdote, seguro de que le había devuelto las mismas habichuelas, continuó como siempre, echando una cada mañana.

Pero unos días antes de Navidad, los aldeanos le preguntaron delante de la iglesia:

– Padre, ¿cuántos días faltan para Navidad?

Metió la mano en el bolsillo para contar las habichuelas, y encontró más de cuarenta. Asombrado, les respondió:

– ¡Me parece que este año no llegará la Navidad!

Dos sacerdotes en un pueblo

En una aldea, había un sacerdote anciano y sencillo. Con el tiempo, la gente se dio cuenta de que prácticamente había abandonado sus deberes, pues ya no bautizaba ni confesaba pecados, e incluso la liturgia dominical la había prácticamente abandonado. Así que los aldeanos se reunieron y escribieron al obispo, diciendo que su sacerdote se había debilitado con los años y ya no podía atenderlos en su necesidad.

El obispo, bondadoso, les envió un sacerdote más joven, erudito y celoso. Sin embargo, cuando llegó a la aldea y quiso asumir el cargo, el anciano no le permitió ni siquiera asomarse a la iglesia, y mucho menos participar de los ingresos de la parroquia. Entonces el joven, profundamente disgustado, reflexionaba día y noche cómo podría corresponder al rencor del anciano. Así, un domingo en particular, al terminar la liturgia y salir el anciano sacerdote de la iglesia, el joven lo recibió en la puerta y le hizo una reverencia, inclinándose ante él y besándole la mano. Así le suplicó al sacerdote mayor:

– Te ruego, Santo Padre, que me concedas un solo cabello de tu nivea y sagrada barba, para que pueda llevarlo sobre mi pecho antes de partir de este lugar.

El anciano, deseando con todas sus fuerzas que el joven se marchara, le permitió arrancarse un cabello. El joven lo besó, lo guardó en su pecho y se fue.

La gente, que había visto y oído el asunto, se conmovió profundamente. El anciano del pueblo salió, hizo una reverencia y le rogó al sacerdote que también le arrancara un cabello. El sacerdote reflexionó un momento y luego consintió. Pero cuando los demás lo vieron, gritaron:

– ¡Por el cielo, Padre, ya que les has dado al joven sacerdote y a nuestro anciano un cabello de tu santa barba, nos concederás lo mismo! ¡Porque somos, al igual que ellos, pueblo de Dios y no hijos del Diablo!

Y entonces se abalanzaron sobre él todos a la vez, cada uno esforzándose por ser el primero, hasta que casi le arrancaron toda la barba de la barbilla.

La mentira y su broma

Dos hombres estaban sentados a la misma mesa en la taberna, bebiendo *rakija*¹ y charlando. El primero dijo:

– ¿Has oído hablar de ese monstruoso tallo de verduras que ha brotado en nuestro pueblo?

– ¿Qué verduras? – respondió el otro. – No, no he oído nada.

– Es una maravilla de Dios, más alta que cualquier roble, más gruesa que cualquier manzano y con más ramas que el abeto más alto. Bajo su sombra, todo el pueblo puede reunirse y descansar a gusto. Todo lo que en el pueblo se alimenta de verduras se nutre de ella, y nadie puede calcular cuánto da, ni siquiera si se hundiera una copa del mar más lejano.

El segundo hombre empezó:

– ¿Y has oído hablar de ese caldero que estamos construyendo en nuestro pueblo?

– ¿Qué caldero?

– ¡Un caldero, hermano, una maravilla entre las maravillas! Dentro habrá más de diez mil okas. De dentro lo fabricarán setenta y siete hojalateros habilidosos, y de fuera noventa y nueve. Y por muy ancho que sea, los herreros no se verán entre sí. Solo nos preguntamos dónde lo colocaremos, porque en el pueblo no se sostendrá.

.....
¹ Nombre que se da al aguardiente en los Balcanes.

- ¡Por Dios, hermano, qué necesidad tenéis de semejante caldero!
- En verdad, si las verduras de nuestro pueblo crecen tan prodigiosas como las vuestras, allí las herviremos.

El rey y la descendencia de Adán

Un rey, acompañado de su séquito, salió una vez a cazar a una región montañosa. Allí se encontró con un anciano que cortaba leña y lloraba. Desconcertado, el rey detuvo su caballo y le preguntó:

- ¿Qué pena te ha sobrevenido, buen anciano, para que llores así?
- Su Alteza, esta misma mañana mi padre me golpeó por una ofensa que le hice a mi abuelo, y no puedo contener las lágrimas.

El rey, asombrado al saber que tanto su padre como su abuelo aún vivían, quiso verlos.

- ¿Me llevarías a tu casa? Te doy mi palabra real de que te reconciliaré con tu padre y tu abuelo.

El anciano se regocijó y condujo al rey y a su séquito a su casa. Cuando llegaron, el rey le pidió al anciano que le mostrara al abuelo y se sentó a la mesa para hablar con él. – Abuelo, ¿cuántos años has vivido?

El abuelo miró de reojo a través de sus largas y grises cejas que le ensombrecían los ojos, y dijo:

- ¡Por mi alma, amigo, de verdad que no lo sé! Pero mira allá, cerca de nuestra casa, al sacerdote, él lo sabrá.

– ¿Cómo puede saberlo el sacerdote, si no está registrado en los libros de la iglesia?

– Aquí no tenemos libros, pero él lo recuerda, porque él me bautizó.

– ¡Bautizado! – exclamó el rey. – ¿Y el sacerdote que te bautizó aún vive?

– ¡Vive, gracias a Dios!

Tras reconciliar al anciano con su abuelo, el rey se apresuró a ver al sacerdote. Al llegar a su casa, encontró la puerta trancada. Llamó, y una doncella apareció en la ventana:

– ¿Qué buscas?

– Quisiera ver al sacerdote.

– Espera un poco, por favor, porque no puede venir. Su madre yace a punto de morir, y él reza por la salvación de su alma.

“¡Qué clase de lugar es este, si Dios es testigo, donde la gente aguanta tantos años!”, pensó el asombrado rey. De regreso a su palacio, proclamó por todo el reino:

¡Quien quiera ver la descendencia de Adán, que viaje a este pueblo!

Un marido entre la familia de su esposa

Un invierno, un joven recién casado partió a visitar a la familia de su esposa, y antes de partir, la familia le aconsejó hablar con cortesía y alegría, bromear con buenos modales, comer con moderación y comportarse con un porte caballeroso. Al llegar a casa de la familia, le dieron una cálida bienvenida. Fue atento, modesto y cortés, eligiendo sus palabras con cuidado. Lo colocaron junto a su suegra, quien se inclinaba a menudo hacia él, preguntándole por su hija, su salud, cómo se encontraba y si vivían en armonía.

Finalmente, se ofreció un festín, abundante y variado, en honor a su digno yerno. Él, ahora con mucha hambre, fue presionado por la suegra, quien no dejaba de llenarle el plato de comida. Sin embargo, recordando el consejo familiar de comer poco, solo tomó dos o tres bocados, conteniéndose y dejando el tenedor. La suegra lo vio e instó a comer más, pero fue en vano; él sonrió y dijo que no podía comer más que eso, ni comería más en casa. Al oírlo, la suegra se ofendió, pues le había preparado un banquete tan rico. Y así, el esposo de su hija permaneció hambriento, contemplando con anhelo las exquisiteces de la mesa.

Las nueras, deseosas de servir a su cuñado, le prepararon una cama, extendieron una manta de lana de cordero suavemente cardada y sobre ella una gran manta de lana para abrigarlo. Sin embargo, él, deseando exhibir el refinamiento en el que había sido educado, les dijo:

– ¡No me cubriré con nada más que este mismo chal!

Lo miraron con asombro, rogándole que se resguardara, no fuera que el fuego del hogar se apagara y la noche fuera fría, pero todas sus súplicas fueron en vano. Así que toda la familia se acostó a descansar, y él permaneció bajo su único chal.

A medianoche, hambriento y con frío, se levantó silenciosamente, para no despertar a la familia, y se dirigió a la cocina a disfrutar de los restos del festín. Pero la fortuna lo abandonó, pues Rundov, el sabueso vigilante, que dormitaba en un rincón, saltó, gruñendo, para atraparlo.

– ¿Qué es esto? ¡Qué gruñes, desgracia! – gritó el suegro.

Asustado, pero incapaz de volver a la cama, el yerno corrió por la puerta, huyendo del enfurecido sabueso. La familia despertó y se levantó para ver qué pasaba, cuando una de las nueras, mirando por la ventana iluminada por la luna, exclamó:

– ¡Miren! Alguien corre por los campos; ¡seguro que es un ladrón!

Los tres ladrones

Un campesino se dirigió una vez al mercado a vender una cabra. Iba a caballo, y la cabra, con un cascabel alrededor del cuello, la sujetó a la cola del caballo. Al pasar por un bosque, tres ladrones lo vieron y, observándolo de cerca, comenzaron a discutir cómo podrían robarle.

El primero dijo:

– ¡Quisiera robarle la cabra, y nunca lo sabrá!

El segundo dijo:

– ¡También le robaría su caballo!

El tercero dijo:

– ¡Eso es poca cosa! ¡Le robaría hasta la ropa que lleva puesta! Así, el primer ladrón esperó a que el campesino pasara, y luego, sigilosamente, saltó al sendero, desató la cabra del caballo, le quitó la campanilla del cuello y la sujetó a la cola del caballo. El campesino escuchó la campanilla y, sin prestar atención, siguió cabalgando, tarareando alegremente. Sin embargo, al llegar a una pronunciada curva del camino, miró a su alrededor y descubrió que la cabra había desaparecido. Volvió a buscarla, escudriñando a un lado y a otro con la esperanza de encontrar tanto a la cabra como al ladrón, cuando apareció el segundo ladrón y dijo:

– ¿Qué buscas, amigo?

– ¡Ay! ¡Algún bribón me ha robado la cabra! ¿Acaso has visto a alguien guiándola por aquí?

– Justo ahora pasó uno, llevando la cabra a la espesura del bosque. ¡Date prisa, y quizá lo alcances!

El campesino desmontó, pues no podía atravesar el bosque, y le dijo al ladrón:

– Si no tienes prisa, ¡cuida mi caballo hasta que recupere la cabra! El ladrón tomó las riendas y el campesino se internó en el bosque. Vagó de un lado a otro, pero no encontró a nadie, y cansado, regresó al camino. ¡Mira! En ese mismo lugar, no quedaba ni caballo ni cabra, y él se sentó en una piedra, desdichado, y se lamentó.

Entonces llegó el tercer ladrón y dijo:

– ¿Qué te pasa, hombre, que lloras así?

– ¡Me han destrozado los ladrones, y por eso lamento! Primero me robaron la cabra, y a quien le confié mi caballo, ¡ahora no tengo ni uno ni otro!

– No llores, porque mañana puedes tener incluso más de una cabra y un caballo. ¡Mira! Yo mismo esta mañana sufrí una desgracia. Encontré una gran pepita de oro en lo alto de las montañas y quería llevármela a casa; sin embargo, al vadear un arroyo, la pepita cayó en un charco profundo y se hundió, y no sé cómo zambullirme. ¡Si hubiera alguien que pudiera, le daría la mitad de la pepita! El campesino, al oír esto, dijo:

– Sé bucear. ¿Dónde está?

El ladrón lo condujo a un arroyo donde había un profundo remolino y dijo:

– Mira, aquí es donde cayó la pepita.

El campesino se despojó de toda su ropa y saltó al estanque. El ladrón se llevó su ropa al bosque. Al salir del agua, al no encontrar nada, el campesino se dio cuenta de que había perdido su ropa, y allí estaba sentado, desnudo y abandonado, gimiendo de nuevo.

Le negaron la entrada

Un ladrón se dispuso a robar, y al anochecer, se topó con una casa. Como no entraba luz por las ventanas, se acercó sigilosamente para mirar dentro. Mientras observaba la habitación en penumbra, donde incluso el fuego de la chimenea ardía débilmente, oyó voces y a la familia reunida alrededor de la mesa, cenando en la oscuridad. Aprovechando la oportunidad, entró de puntillas en la casa, encontró las escaleras en la penumbra y subió lentamente al desván. Allí extendió el saco que había traído y lo llenó de tocino, carne, salchichas y todo tipo de provisiones, hasta que quedó amontonado de punta a punta. Se echó el saco cargado a los hombros, y apenas había dado un paso cuando su pie resbaló en la viga y se desplomó el saco y todo, estrellándose contra la puerta.

– ¡Ja! ¡Buenas noches, buena gente! – gritó, como si acabara de entrar.

Se apartaron de la mesa y respondieron:

– ¡Buena suerte! ¿Quién eres?

– ¡Ay, desgraciado y desdichado soy! ¿Aun así, querrían alojarme? Lo he buscado por todo el pueblo, pero nadie me recibe. La noche es tan oscura que no puedo ver mi mano, y esta miserable limosna, que la gente me da por la gracia de Dios y por el bien de sus almas, me pesa. Les suplico que me ayuden.

– ¡Por Dios que no podemos! –respondió el dueño de la casa. – No tienes con qué cubrirte ni con qué tender tu cama; busca en otro lugar donde pueda encontrarte mejor fortuna.

– ¡Ay, amigo! No puedo vagar por este pueblo y pedir solo un pequeño refugio.

– ¡De ninguna manera! ¡Adiós!

– Que así sea. Solo rezo para que alguien me ayude a levantar este saco, para que pueda ir a buscar mi destino en otro lugar.

Entonces una nuera se levantó de la mesa, lo ayudó a cargar el saco cargado de provisiones, y él se lo echó al hombro y se fue.

Al día siguiente, subió al desván a buscar tocino para la comida, solo para descubrir que no quedaba ni un bocado.

– ¡Ay! ¡Ay! ¡Nos quedamos sin tocino y carne!

La familia se reunió y, al verla, dijo:

– ¡Tú, pobre desgraciada, anoche ayudaste a llevar la carga a ese ladrón!

Un *kum* le roba un lechón a su *kum*

Un campesino fue a ver a su *kum*, su pariente ritual, y le dijo:

– *Kum*, esta mañana maté una cerdita; perdóname, me refería al lechón, y pesa ochenta okas. Pero aquí está el problema: debo dividirlo con mi vecino, pues el año pasado lo compró y me lo dio para que lo criara por la mitad. Pero preferiría compartirlo contigo, *kum*, pero no sé cómo.

El *kum* respondió:

– Nada más fácil. Mañana, ve a ver a tu vecino y dile que alguien robó del gancho el lechón matado.

Así que el campesino regresó a casa y colgó el lechón en un gancho en el patio. Pero esa misma noche, cuando todos se habían dormido, el *kum* entró sigilosamente, sacó el lechón del gancho y se lo llevó. Al amanecer, el campesino se levantó, y al ver que el cerdito se había ido, lanzó un grito y corrió hacia su *kum*, el ladrón:

– ¡*Kum*, me robaron el cerdito en la noche!

– ¡Es cierto, *kum*, es cierto!

– ¿Qué quieres decir con “es cierto”? Si fuera solo mío, que Dios lo perdone, ¡pero debo pagarle a mi vecino su mitad!

– ¡Es cierto, *kum*, es cierto!

- ¿No me oyes, hombre? ¡Me han robado el cerdito! Aconséjame, por Dios, ¿qué debo hacer?
- ¡Es cierto, *kum*, es cierto!
- ¿Por qué solo repites “es cierto, *kum*”?
- De verdad, te estaba escuchando mentir tan elegantemente, y por eso dije: “¡Es cierto, *kum*!”. Díselo también a tu vecino. – No, mi *kum*, por nuestro mismo vínculo, nuestro parentesco de toda la vida, no miento. Te digo la verdad, ¡alguien me robó el lechón anoche! ¿Qué haré ahora? No es mío, ni de mi vecino, ni tuyo.
- ¡De verdad, *kum*, de verdad! Sí, si eres tan astuto como para engañar a tu vecino, tampoco yo reclamaré mi parte.

El juramento verdadero

Dos amigos sinceros e inseparables vivieron juntos en una pequeña finca. Un verano, cuando las uvas de la viña del sacerdote habían madurado, acordaron robar algunas, no por ser ladrones por naturaleza, sino más bien por travesura, para fastidiar al sacerdote, que era un hombre estricto y mezquino. Reflexionaron sobre la mejor manera de hacerlo y decidieron que uno llevaría al otro a cuestras por la viña, mientras el de arriba arrancaría la fruta. Al día siguiente, tras saciarse de las jugosas uvas, no pudieron descansar tranquilos, sino que se quedaron cerca de la tierra del sacerdote, ansiosos por verlo enfurecerse. Cuando el sacerdote, furioso al ver las vides despojadas, las divisó desde lejos, gritó:

– ¿Quién se ha llevado mis uvas?

Sonrieron, y uno respondió:

– ¿Por qué nos lo preguntas, Padre? No nos llevamos nada tuyo.

– No sé si lo hicieron o no – dijo el sacerdote –, ¡pero me parecen muy sospechosos!

– Si dudan de nosotros – dijo uno –, la iglesia está ahí mismo, y juraremos ante Dios mismo que no tocamos sus uvas.

– ¡Ja! ¡Miren sus bocas, moradas por mis viñas! ¡No me jurarán, iremos ante el anciano del pueblo!

Ese día era santo, y después de oficiar la liturgia, el sacerdote corrió a ver al anciano del pueblo, convocándolos también a los dos. Negaron todo lo que pudieron, pero el sacerdote no les creyó.

Entonces uno de los hombres fingió enojo y dijo:

– Si no confía en nosotros, padre, como dijimos, haremos el juramento ante el altar, con Dios como testigo, ¡y lo dejaremos sobre su alma!

– ¡No quiero juramentos! – rugió el sacerdote –. ¡Son culpables, y punto!

– No, no, que juren – dijo el anciano. Y así, con testigos, todos fueron a la iglesia.

Ante los aldeanos reunidos, el primer hombre, el que había cargado a su amigo, tomó la cruz y juró:

– ¡Que Dios me castigue! Si anoche recogí una sola uva en esa viña, ¡que nunca más recoja uvas con mis propias manos!

Luego se volvió hacia el sacerdote:

– ¿Estoy ahora sin pecado, padre?

– Sí que lo estás – dijo el sacerdote.

Entonces el segundo hombre, el que había sido cargado, tomó la cruz y dijo:

– ¡Que Dios y la Santísima Virgen sean mis testigos! Si tan solo pusiera un pie en esa viña, ¡que nunca más tenga viña ni tenga fortuna en esta vida!

El sacerdote se quedó asombrado, pero no tuvo más remedio que admitir que había agraviado a los jóvenes.

– ¡Ah, que todos os sean perdonados – de Dios y de mi propia alma – por haber hecho tan terrible juramento! A fe mía, lamento profundamente haber albergado dudas sobre vosotros. Sabía que diríais la verdad ante la Santa Cruz; pues si hubieseis sido culpable, nunca os habríais atrevido a jurar con tanta ferocidad.

Ćoso y la esposa del cura

Ćoso partió a pie hacia el pueblo, con la esperanza de encontrar trabajo, pero la noche lo sorprendió en el camino. Buscando refugio, como el pueblo ya se había sumido en el sueño, se topó con una iglesia y la casa del cura junto a ella. Llamó a la puerta, y una voz de mujer gritó:

– ¿Quién anda ahí?

– Un viajero, muerto de frío.

– ¿Qué quieres?

– Nada más que un poco de paja bajo mi espalda y un techo sobre mi cabeza hasta la mañana.

– No puedo alojarte, dijo ella. – Mi marido está fuera, haciendo su ronda por la parroquia. Sigue tu camino, y que Dios te acompañe.

Ćoso se quedó pensando adónde iría y qué hacer. Entonces retumbó un trueno y empezó a llover a cántaros. Así que trepó bajo el alero de la casa, acomodándose bajo el techo de paja. Desde allí, podía ver y oír todo lo que ocurría dentro. Observó cómo la mujer se afanaba en la habitación, preparando la comida y atendiendo el fuego, hasta que el calor llegó incluso a él en su escondite. Pronto llamaron a la puerta. Abrió y saltó a los brazos de un hombre, que la llevó a la cama – donde hicieron lo que quisieron – y luego se sentaron a cenar. El olor a carne asada y pan recién hecho llenó

el aire, y el pobre Ćoso, medio muerto de hambre, observaba con avidez desde arriba. Apenas habían comido mucho cuando alguien llamó con fuerza a la puerta.

– ¿Quién llama a mi puerta? – gritó la mujer, saltando alarmada.

– ¡Soy yo! ¡Abre, estoy empapado!

Supo al instante que era su marido, el sacerdote. Presa del pánico, empezó a esconder lo que había preparado: la carne en un rincón, el pan en otro, el vino en un tercero y los huevos que arrojó a las cenizas del hogar. El amante, sin tener adónde ir, se metió debajo de la cama. Luego, fingiendo somnolencia, gritó:

– ¡Espera, déjame ponerme el vestido! ¿Qué te trae por casa? ¡Dijiste que te quedarías a pasar la noche!

– ¡Basta de charla, abre la puerta! – ladró.

Cuando entró y se sentó junto al fuego para calentarse, preguntó:

– Esposa, ¿tienes algo de comer? Me muero de hambre.

– De verdad, no hay nada, pero te cocinaré algo – dijo ella.

Mientras la esposa del sacerdote se ocupaba de la cena en el hogar, Ćoso bajó del tejado, llamó a la puerta y fue recibido para pasar la noche. Ćoso se sentó junto al fuego para calentarse, y el sacerdote, tras preguntarle de dónde venía y adónde se dirigía, dijo:

– Parece que has visto mucho del mundo, forastero. Cuéntanos una historia, ¡algo que valga la pena escuchar! Ćoso pensó un momento y dijo:

– Bueno, te cuento la vez que me encontré con un lobo en las montañas mientras pastoreaba ovejas.

– ¡Anda! – dijo el sacerdote.

– Así fue – dijo Coso –. Un otoño estaba cuidando mi rebaño cuando un lobo se abalanzó sobre mí. No tenía ningún arma, así que agarré una piedra plana, ¡igual que ese pan de allí! – Señaló el estante, y el sacerdote se levantó y encontró el pan.

– ¡Golpeé a la bestia en las costillas y luego agarré una piedra redonda, igual que ese huevo! – Fue y lo desenterró de las cenizas.

– ¡Luego tomé una piedra más pesada, tan grande como esa olla de carne guisada! –El sacerdote trajo la olla. – Y cuando atacué al lobo, ¡salió a borbotones sangre, roja como el vino de aquella botella! – También encontraron el vino. – El lobo se dio la vuelta, enseñó los dientes; ¡sí, igual que aquel que yacía debajo de la cama!

El sacerdote se agachó, miró debajo de la cama y allí yacía un hombre. Lo sacó a rastras y le propinó la paliza de su vida. Lo golpeó hasta saciarse, y luego los echó a él y a su esposa. En cuanto a Coso, el sacerdote no solo lo dejó pasar la noche, sino que lo recibió como a un hermano y compartió con él todo lo que poseía.

El marido tonto y la esposa astuta

Un invierno, una mujer quedó con su amante en ir a la hora en que sabía que su marido estaría fuera, para prepararle *cicvara*¹. Si por casualidad su marido se quedaba en casa, le dijo al amante que mirara por la ventana, y si veía un pañuelo blanco allí, no debía salir a la puerta, sino esconderse en el cobertizo y esperar. El amante llegó a la hora acordada, pero ese día soplaba un fuerte viento del norte y el marido no quería salir de casa.

– ¿Por qué no te vas, querido? ¡Pavle se enfadará si no le pagas hoy!

– ¡No puedo ir con semejante ventisca!

Al ver que no podía echar a su marido, y estando embarazada, la mujer cayó de repente al suelo, agarrándose el vientre y gimiendo:

– ¡Ay, ay de mí! Me duele muchísimo el vientre, ¡temo que voy a abortar!

– ¡Qué dices, pobre alma! –gritó el marido, saltando para levantarla del suelo. Pero ella gimió:

– ¡Si no me traes el tierno corazón de una haya, perderé al niño!

– ¡Que Dios nos ayude, mujer! ¿Dónde voy a encontrar el corazón de la madera de haya en pleno invierno?

¹ *Cicvara* es un plato tradicional de los Balcanes elaborado con harina de maíz, queso y mantequilla.

– ¡Ah, buen hombre, si tuvieras más sentido común, irías a encender una hoguera alrededor de una haya, el duramen brotaría pronto!

Temiendo que todo lo que decía fuera verdad, el pobre tonto tomó su yesquero y fue a encender una hoguera alrededor de una gran haya. Esperó y esperó, pero no encontró nada. Congelado hasta los huesos, finalmente regresó a casa y le dijo a su esposa que su deseo era imposible. Y ella, débilmente, respondió:

– ¡Ah, alabado sea Dios, me he aliviado del dolor ahora!

El pastor del ingenio

Había una vez un hombre pobre que se lanzó al mundo para ganarse la vida. En su primera noche de camino, llegó a una posada, donde la esposa del posadero le frió dos huevos para cenar. A la mañana siguiente, cuando llegó la hora de pagar, tenía suficiente dinero para el alojamiento, pero nada para la comida. Así que le prometió a la mujer que, al regresar de su viaje, le pagaría lo que le debía. Ella vio su abrigo raído y sus mejillas hundidas y pensó: “Dos huevos no son mucho, aunque los hubiera frito para el mismísimo diablo. Siempre será pobre, este desgraciado, así que que se le perdone”.

Pasaron diez años, y el pobre trabajó duro y se enriqueció. Finalmente, decidió volver a casa, comprar un terreno y construirse una casa. De regreso, llegó a la misma posada. Le pagó a la posadera el alojamiento y la cena, y luego dejó dos céntimos más, diciendo:

– No sé si te acuerdas, pero hace diez años te debía una cena, dos huevos fritos, para ser exactos.

La mujer lo observó atentamente. Iba bien vestido, ya no era el mendigo que ella había visto antes.

– Sí, claro, ahora lo recuerdo – dijo por fin. – Pero escúchame, no saldaremos tu deuda sin el juez.

El hombre se sorprendió de tales palabras, pero no tuvo otra opción, así que fueron al tribunal. Al comenzar la audiencia, la esposa del posadero dio un paso al frente, se enderezó y declaró:

– Este hombre comió en mi posada hace diez años dos huevos fritos y se fue sin pagar, aunque juró hacerlo a su regreso. Ahora ha vuelto, y exijo que esos dos huevos se cuenten como dos gallinas, ¡y que se calcule cuántos pollos podrían haber nacido de ellos en diez años!

Los empleados hicieron la cuenta, y la suma ascendió a varios cientos de miles de centavos. El juez asintió solemnemente y dictaminó que el viajero debía traer esa suma al día siguiente.

Aturdido y con el corazón apesadumbrado, el hombre abandonó el tribunal y se adentró en el bosque por un sendero. Mientras caminaba, oyó el sonido de la flauta de un pastor. Pronto se encontró con un rebaño de ovejas y un joven pastor sentado en una roca, jugando. Al ver la tristeza del viajero, el muchacho dijo:

– ¿Por qué estás tan afligido, señor? – preguntó el muchacho.

– Ah – dijo el hombre –, nadie más que Dios mismo podría ayudarme ahora.

– Cuéntame tu problema – dijo el pastor –. Quizás pueda ayudarte todavía.

El hombre desesperado se sentó junto al pastor y le contó todo: cómo diez años antes se había ido al mundo sin nada, y cómo la fortuna le había sonreído. Luego le contó de la cena en la posada y de la sentencia que le obligó a pagar todo lo que había ganado.

– ¿Ves esta pipa mía?

– Sí.

– Si te enseño a ganar tu caso mañana, ¿me mandarás hacer una igual a esta, pero toda de plata?

– Así lo haré – dijo el hombre.

– Bien – dijo el muchacho –. Siéntate aquí conmigo y cuida el rebaño hasta que te ordene ir. Cuando llegue la hora, te diré qué decir ante el juez.

Así que el hombre acompañó al rebaño hasta que fue casi demasiado tarde para llegar al pueblo. Entonces el pastor lo despidió, diciendo:

– Ve ahora y habla como te he enseñado.

Cuando el hombre entró en la sala, todos ya estaban reunidos, y el juez lo miró con el ceño fruncido, reprendiéndolo por llegar tarde. El viajero hizo una profunda reverencia y dijo:

– Disculpe Su Señoría, me retrasé cociendo semillas antes de plantarlas en mi jardín.

Sorprendido, el juez lo miró fijamente y dijo:

– ¿Quién le dijo que las semillas cocidas pueden crecer y dar fruto?

– Pues, Su Señoría, ayer mismo oí una sentencia que dicta que por dos huevos fritos debo pagar cientos de miles de *grosz*, pues en diez años podrían haber criado mil gallinas. Con este cálculo, creo que mi semilla hervida aún podría darme una buena cosecha de maíz.

Ante esto, el juez se echó a reír y declaró que debía pagarle al posadero dos *grosz* por los dos huevos y nada más. Y así fue: el pastor recibió su flauta de plata.

El campesino y el profeta

Un hombre caminaba por un camino cuando se topó con un campesino que se había subido a un haya y estaba serrando la rama en la que estaba sentado. El hombre gritó:

– ¡Amigo, qué haces? ¡Siéntate al otro lado, o tú y la rama caerán al suelo!

– ¡Por mi alma, no me engañarías, así que sigue tu camino! – respondió el campesino.

Apenas el hombre se fue, la rama cedió, y el campesino cayó al suelo, exclamando para sí: “¡Por mi alma, ese hombre es un verdadero profeta!”. Corrió tras él, gritando:

– ¡Tú eres el profeta que todo lo sabe! Te lo ruego, dime, por mi alma, ¿cuándo moriré?

– ¡No hasta que tu asno rebuzne por tercera vez! – respondió el viajero.

El campesino cargó su bestia con leña y se apresuró a volver a casa. Cuando el asno vio una burra en un prado, rebuznó, y el campesino, asustado, le puso un bozal para que no volviera a rebuznar. Sin embargo, lo apretó tanto que el pobre asno apenas pudo respirar, y a los pocos pasos se desplomó y murió. Al ver al asno sin vida, el

campesino desató el arnés, ató los troncos y llevó él mismo la leña a casa, murmurando:

– ¡Mejor llevar la leña así y llorar al asno muerto que verlo rebuznar dos veces más!

De mal en peor

Un padre envió a su hijo insensato al molino a moler grano y le advirtió que tuviera cuidado de que el molinero no se llevara más de lo debido, no más de cinco oka por carga, y que lo recordara bien.

El niño partió con su burro cargado y, para no olvidar las palabras de su padre, las repitió en voz alta por el camino: “Cinco oka por carga, cinco oka por carga...”. Mientras caminaba, se cruzó con un hombre que sembraba trigo. Al oír lo que decía el niño, creyó que estaba maldiciendo y dijo:

– ¡No! ¡Que te alcance el mal, no digas así!

– ¿Cómo, si no? – respondió el niño.

– ¡De uno, que te caigan trescientos!

El niño continuó repitiendo en voz alta lo que había dicho el hombre, y pronto se topó con una procesión fúnebre que avanzaba por el camino detrás de un ataúd. Al oírle decir: “De uno, que te caigan trescientos”, gritaron:

– ¡No! ¡Que el mal te alcance, no digas así!

– ¿Cómo, si no?

– ¡Eso ya pasó, que no vuelva a pasar!

El niño continuó repitiendo estas palabras hasta que se encontró con una procesión nupcial que encabezaba una novia. Cuando le oyeron decir: “Eso ya pasó, que no vuelva a pasar”, gritaron:

– ¡No! ¡Tu lengua está desenfrenada!

– ¿Cómo, si no es así? Dime, por favor, si Dios es testigo.

– ¡Que te dé un hijo el año que viene!

Continuó por el camino, repitiendo esto, hasta que llegó a un hombre que estaba asando una cerda. Cuando el hombre le oyó decir: “¡Que te dé un hijo el año que viene!”, gritó:

– ¡No! ¡Que su madre te dé a luz a ti, miserable!

– Si no es así, ¿cómo debo decir entonces? – preguntó el niño.

– ¡Qué tu barba sea grasienta!

Diciendo esto, se encontró con un hombre que transportaba estiércol a caballo. Cuando el hombre le oyó decir: “Con esto, que tu barba sea grasienta”, tomó una vara y lo golpeó como si fuera un saco.

El niño regresó a casa, golpeado y magullado, y le dijo a su padre, llorando:

– Padre, sabías lo diabólico que es este mundo, así que ¿por qué me enviaste?

CONTENIDO

PREFACIO	5
-----------------------	----------

LEYENDAS POPULARES MONTENEGRINAS

El rey Dukljan	9
Cómo surgió Nikšić	13
Cómo se conquistó Bar	15
Iván-Beg y Stanisav	17
La construcción del Monasterio de Ostrog	19
Cómo llegó San Trifón de Campsada a Kotor	21
Cómo surgió el topo	25
Los manantiales de Lukavica	29
Historia del los amigos de la cueva	31
Campo de Bajo	38
El Duelo en Nehaj	40
Los hijos de Raza Kalimanov	42
Đoko Nikolin y el hada de Komovi	46
El matrimonio del hada de Komovi	48

El cruce del hada	50
El hada de Fundina	53
Novak Debeljević y el hada	55
Los diablos abren un Camino	58
El roble de la madrina	60
La piedra de la doncella	63
Lago Manito	65
Los zduvači de Ceklin	66
El regreso del diablo a la tierra	70
El diablo y San Elías	72
El Abismo de la Bruja	74
La procesión nupcial del diablo	76
El puente de Bukovica	79
El macho cabrío y el oro	81
San Arandio y el pobre	82
La esposa del apóstol Pedro ante las puertas del Cielo	85
Las lluvias de Cetinje	87
Los manantiales de Kotor	88
La maldición de la reina	90

CUENTOS DE HADAS POPULARES MONTENEGRINOS

Baš-Čelik	95
El diablo y la mujer malvada	122
La Chica Pájaro	126
El príncipe Jovan	130
La flauta mágica y la hija del rey	140

FÁBULAS POPULARES MONTENEGRINAS

Pobre de mí, por mi culpa	157
El macho cabrío	158
Cómo el zorro empezó a volar	162
El burro, el perro, el gato y el gallo	165
Las escamas del lobo	169
El lobo que quería ser alcalde	170
El hombre y la tierra	172
El erizo en la casa del zorro	173
¡Por terquedad, el barril se partió!	174
El gato y el hadžiluk	175

El lobo codicioso y el zorro infiel	176
El cordero y los lobos	178
El zorro y los hierros	179
El gallo y la paloma	180
El ermitaño y el oso	181
El zorro, el oso y la luna	182
El zorro y el gallo	184
La traición paga el precio	185
Los ratones colgando una campana al gato	188
El cabrito y el zorro	190
El zorro y el lobo	191
El caballo y el buey antes del juicio del león	192
La loba y su hijo	194
Los dos caballos	196
El cerdo y el gato	198
Los bueyes y las vacas	199
El lobo y el erizo	201
El anciano y la muerte	203
La mosca sobre el cuerno del buey	204

La asamblea de gatos y ratones	205
El zorro sin cola	207
La hermandad del perro y el lobo.....	208
Los lobos, los zorros y el caballo viejo	209
La vaca y el buey.....	210
El gorrión y los huevos de la serpiente	211
El gato y la serpiente	213
Dos burros en una casa	215
El león y la liebre	216

RELATOS POPULARES MONTENEGRINOS

El hermano bebe la sangre peor que un perro	219
¿A cómo está el pollo, Vlah?	221
La doncella y el señor Jovo	222
El amo y el jornalero.....	223
Ella se vengó.....	225
El sacerdote y la anciana	228
El tocino del señor	230
Fue a Venecia por una carga de lino	232

La liebre en el bosque, la cacerola en el fuego	233
El hombre desaforado huye de la fortuna	234
Un buen consejo es mejor que el oro	236
La esposa desleal	240
Un insulto pagado con bondad	242
El campesino y su podadera	244
El campesino y el abogado	246
Ćoso y las hechiceras	249
Los molineros sin agua	252
Dos campesinos en un día de santo	254
Este año no llegará la Navidad	256
Dos sacerdotes en un pueblo	258
La mentira y su broma	260
El rey y la descendencia de Adán	262
Un marido entre la familia de su esposa	264
Los tres ladrones	266
Le negaron la entrada	269
Un <i>kum</i> le roba un lechón a su <i>kum</i>	271
El juramento verdadero	273
Ćoso y la esposa del cura	276

El marido tonto y la esposa astuta.....	279
El pastor del ingenio	281
El campesino y el profeta.....	284
De mal al peor	286

PROSA POPULAR MONTENEGRINA – *Lezendas, cuentos de hadas, fábulas, relatos* / Editorial: Matica crnogorska / Director: Ivan Jovović / Editor: Ivan Ivanović / Traducción al español: Ivana Kovač Barett / Traducción revisada y corregida por: Edward J. Barett / Ilustración: Pauline Kandybovich / Diseño gráfico: Suzana Pajović / Impresión: Grafo Bale, Podgorica / Tirada: 700

CIP – Katalogizacija u publikaciji
Nacionalna biblioteka Crne Gore, Cetinje
ISBN 978-9940-39-110-2
COBISS.CG-ID 36686596